CARLOS GAGINI

[Novelas]

EL ÁRBOL ENFERMO

NOVELA

SEGUNDA EDICION AUMENTADA CON LA NOVELITA

HISTÓRICA

EL ERIZO

Y LA FANTASÍA

LATINO

1922

TREJOS HERMANOS.—EDITORES

SAN JOSÉ, COSTA RICA

En el antepalco, mientras él le ponía sobre los hombros el

BIBLIOTECA NACIONAL
AMERICA CENTRAL
SAN JOSE, COSTA RICA

I

La Finca

Con el cuello airosamente enarcado, las orejas enhiestas y la negra y reluciente piel salpicada de espuma, el fogoso potro hacía resonar el empedrado con su rítmico manoteo y chispear entre la polvareda sus bruñidas herraduras. De las casitas diseminadas a ambos lados del camino salían enjambres de chiquillos desharrapados, caras más sanas que limpias, llenas de curiosidad y desconfianza; y las mujeres, ocupadas en las faenas matinales, se asomaban discretamente al ventanillo de la cocina, atraídas por aquellas pisadas regulares y vigorosas que no podían confundirse con las de los jamelgos campesinos.

No parecía advertir el jinete las miradas de que era objeto: absorto en sus pensamientos, rígido en la silla y con el casco gris calado hasta las cejas, apenas contestaba con un movimiento de cabeza al saludo de la interminable procesión de lecheros que, ya aislados, ya en animados grupos, se dirigían a la ciudad, zarandeándose entre los cuatro tarros de hojalata colgados de la albarda.

La carretera, ascendiendo siempre, pasa en línea recta por el pueblo de Guadalupe, deja atrás

la zona de los cafetales, divide en dos la aldea de San Isidro, y después de subir serpeando por entre sembrados y potreros, se oculta bajo las arboledas y va a morir en las selvas que coronan la cordillera.

A espaldas del viajero se iba ensanchando poco a poco un panorama hermosísimo. Por el norte las sierras de Barba y por el sur las de Aserrí se alargaban como los brazos de unas tenazas cuyo eje fuera el Irazú; en el centro del dilatado valle aparecía la capital como una isla plomiza enmedio de un océano de verdura; en lo alto de las montañas las aldeas con sus casas blanqueadas semejaban montones de conchas adheridas a las rocas; y hacia el occidente, en donde las enormes tenazas no llegaban a cerrarse, las azules colinas de la costa cortaban la raya indecisa del Golfo de Nicoya. Distinguíanse perfectamente en las laderas y cañadas los diversos cultivos, las manchas amarillentas de los cañaverales, los cuadros verdeoscuros de los cafetales, la vistosa alfombra de los potreros, los ríos como hilos de estaño y los rastrojos de color rojizo, listos para la *quema*.

En una mañana como aquélla, el paisaje dorado por el sol naciente no podía ser más encantador; pero ya fuese por estar habituado a él, ya porque sus cavilaciones girasen en torno de asuntos más graves, ni una sola vez volvió el viajero la cabeza para contemplarlo.

Era un joven como de veintiocho años, de tez ligeramente morena, ojos y cabellos negrísimos y facciones enérgicas que habrían dado a su fisonomía cierta expresión de dureza, si no la suavizaran la boca sensitiva y la mirada acariciadora.

De regular estatura, esbelto y fuerte, revelaba en su traje y movimientos esa distinción que sólo se adquiere en los salones; y por sus manos bien cuidadas y sus musculosos brazos podía conjeturarse

que era uno de los hombres que sin desatender la cultura del cuerpo, consagran más tiempo a la del espíritu.

El camino era cada vez más pendiente y solitario y a las piedras había remplazado una gruesa capa de polvo sobre la cual trotaba sin ruído el brioso potro. No daba señales de cansancio el noble animal ni aflojó un momento el paso: de pronto al llegar a lo alto de una loma, torció a la izquierda como quien conoce el terreno, siguiendo un sendero sombreado por dos hileras de naranjos cuyas ramas se doblaban al peso de la fruta.

El viajero levantó entonces la frente, como quien despierta de improviso, y al reconocer el paisaje brillaron sus ojos, se irguió en la silla, se limpió el rostro con el pañuelo y sacudió con el latiguillo el vestido y las polainas de charol. Dos minutos después se detuvo delante de una verja de hierro cuyo cerrojo descorrió sin bajarse del caballo.

A unos cien pasos de allí, en medio de una meseta, se levantaba un elegante y espacioso edificio de ladrillo, de un solo piso, delante del cual se extendía un jardín de más de media hectárea, en cuyo centro se alzaba un higuerón gigantesco.

Ocupaba casi toda la fachada, situada al poniente, una amplia galería de vidrieras corredizas, sostenida por columnas de hierro pintadas de blanco con capiteles dorados, adornada con multitud de canastas de parásitas raras, cajones con pacayas y macetas con helechos, y amueblada con sillones y canapés de junco y mesitas de laca. Sobre la galería una azotea con balaustrada de jaspe permitía admirar en toda su magnificencia el vasto panorama antes descrito, y por el lado opuesto la pelada cumbre del Irazú, calcinada por las erupciones.

Veíanse detrás de la casa otras construcciones más modestas, las cuadras, establos y demás depen-

dencias de la quinta, y más lejos colinas y planicies cubiertas de lozanos pastos.

El joven echó pie a tierra cerca de la escalinata de mármol de la galería y un criado acudió presuroso para llevar el caballo a la cuadra.

—Díle a Fermín que no bañe a *Menelik* hasta que se refresque, dijo el recién llegado. Y luego, viendo cerrada la puerta de la galería, añadió:

—¿No se ha levantado la familia?

—La niña Margarita creo que no, respondió el mozo mientras quitaba el freno al potro; pero doña Virginia está en el comedor. Quiere que le avise?

—Mejor no le digas nada, pues voy a quedarme un rato en el jardín.—Y don Rafael?

—Anda viendo la finca con un extranjero.

—Un extranjero?

—Sí, un señor que llegó a pie hace un rato.

El mozo se alejó con el caballo, y el caballero después de vagar un momento por las enarenadas callejuelas se sentó dentro de una glorieta, sacó del bolsillo una cartera y un lápiz y se dispuso a escribir.

Imposible es imaginar sitio más delicioso que aquel bien cuidado jardín con sus macizos de rosales de todas las variedades imaginables, sus arriates poblados de claveles, azucenas y jazmines, con cenefas de violetas y geranios enmedio de los cuales se erguían de trecho en trecho camélias blancas y rosadas, lirios y nardos de exquisito perfume. No se oía otro ruido que el lejano bramar de las vacas, el chapoteo de los surtidores de dos fuentes rústicas en cuyas puras aguas bullían mil pececillos rojos, y el zumbido de las abejas y moscardones que acudían en bandadas a disfrutar del banquete que allí les brindaba la naturaleza auxiliada por el arte.

El matinal visitante escribía a ratos, luego soltaba el lápiz y movía maquinalmente los labios y

de cuando en cuando dirigía la mirada a las ventanas de la casa, cuyos postigos continuaban cerrados.

De pronto crujió cerca de él la arena y oyó una voz que decía:

—¿Tú aquí tan temprano?

Volvió vivamente la cabeza y se encontró enfrente de dos personas.

Una, la que había hablado, era un hombre como de sesenta años, alto, enjuto, de nariz aguileña y de fisonomía que recordaba la de los antiguos caballeros castellanos: tenía el pelo y el bigote enteramente blancos y vestía largo gabán gris con gorra del mismo color. Su acompañante era un joven de elevada estatura, colorado y robusto, enteramente afeitado, de cabello rubio y grandes ojos azules, ejemplar magnífico de la raza sajona.

El interpelado salió de la glorieta y se apresuró a estrechar cariñosamente la mano del viejo, que volviéndose al extranjero le dijo:

—Mister Ward, tengo el honor de presentarle a uno de nuestros mejores abogados, don Fernando Rodríguez.

—¡Hola! agregó al ver que el joven moreno guardaba la libreta y el lápiz: ¿estabas escribiendo.... haciendo versos talvez?

El señor — continúo, dirigiéndose al sajón — es también uno de los más distinguidos literatos del país y tiene ya escritas varias obras.

Mr. Ward se inclinó nuevamente y dijo con sonrisa indefinible:

—He tenido el placer de leer algunas producciones suyas en los periódicos, así como los merecidos elogios que de ellas hacen los críticos.

Se expresaba en correcto castellano, con ligero acento inglés; pero pronunciaba nuestro idioma como si hubiese residido largo tiempo en los países hispano-americanos.

Sentáronse los tres a la sombra de la glorieta y la conversación versó sobre tópicos vulgares. Pasados algunos minutos se levantó el extranjero y se dispuso a marcharse.

—¡Cómo! ¿no se queda Ud. a almorzar con nosotros? dijo el anciano.

—No es posible, porque tengo asuntos urgentes en la capital.

—Pues entonces—replicó don Rafael—queda Ud. invitado para el domingo. Figúrate—prosiguió, dirigiéndose a Fernando—que Mr. Ward tuvo que dejar el automóvil en una casucha a la mitad del camino, porque no pudo subir la cuesta del río. Aguárdese Ud. un momento para mandar que le ensillen un caballo.

—Gracias, no se moleste Ud. Estoy muy acostumbrado a hacer largas jornadas a pie y para mí es un placer estirar las piernas. Además el *auto* no está lejos.

Mientras el dueño de la quinta iba a acompañar hasta la verja al americano, Fernando, que había reanudado sus paseos por el jardín, se detuvo de repente mirando hacia la casa. La puerta de la galería acababa de abrirse y dos mujeres descendieron por la escalinata, dirigiéndose al paraje en donde se encontraba el joven. La que venía delante era una señorita bellísima, más alta que baja, de cabellos castaños, grandes ojos pardos, velados por largas pestañas, nariz recta y labios sensuales: su andar rápido y gracioso revelaba una nerviosidad extraordinaria y las ondulaciones de su esbelto y bien modelado cuerpo tenían algo de felino. Vestía sencillo traje blanco ceñido por una faja encarnada y su único adorno era un manojito de violetas y un botón de rosa sujetos al pecho por un alfiler de brillantes. Seguíala una señora rayana en los sesenta, delgada, de mirar inteligente, aunque un poco burlón, cuyas

facciones ofrecían asombroso parecido con las de don Rafael.

—Mal portado! dijo la joven tendiendo la mano al recién venido. ¡No habernos avisado que estabas aquí!

—Llegué tan temprano que no creí hallar a ustedes levantadas.

—Mamá te vió desde la ventana del comedor y fué a darme la noticia.

—Yo no vine a saludarte—dijo sonriendo la anciana—porque estabas escribiendo con tal entusiasmo que no quise interrumpirte. ¿Era alguna escena de tu drama?

—No—unas tonterías que se me ocurrieron al ver tan poética la mañana.

—¿Y se puede saber para quién son esos versos? preguntó Margarita.

—El abogado se sonrojó como un colegial, e iba a contestar cuando se presentó don Rafael.

—Ya se fué el *machito!* le dijo doña Virginia.

—El pobre tuvo que marcharse a pie, chapaleando polvo. ¿No le conocías? añadió dirigiéndose a Fernando.

—Apenas de nombre. ¿Esta es la primera vez que viene?

—No, me ha hecho tres visitas en esta semana. Está empeñado en que le venda *La Ceiba*, la finca que tengo en Nicoya. ¿Te acuerdas? Son dos mil hectáreas, con un puerto natural, buenas aguas, clima sano, abundantes maderas y tierras excelentes para cultivos. Mr. Ward ha formado una compañía que se propone sembrar algodón y henequén para montar después una fábrica de tejidos. Tiene un modo de proponer los negocios que encanta: nosotros con un eterno *quien sabe* vamos dando largas a los asuntos; él los presenta claramente y pide respuestas categóricas. ¡Estos *machos* son el mismo demonio!

—Por eso son tan antipáticos—observó con gracia Margarita:—a mí me cargan los hombres que parecen de palo y que hablan sólo de números.

—Pero no los que hablan en verso—replicó maliciosamente doña Virginia.

Esta vez fué Margarita quien se puso encendida como la grana.

—Vamos a tomar una taza de café—dijo don Rafael; el paseo me ha abierto el apetito y además aquí fuera hace mucho frío.

Los jóvenes, conversando a media voz, se dirigieron lentamente a la casa, escoltados de cerca por los viejos. Al llegar a la puerta del comedor, por la cual salía mezclado con el aroma del café el de las tortillas de queso y de los frijoles fritos en mantequilla, dijo don Rafael:

—Hoy es sábado y por consiguiente no te dejo ir hasta mañana. Nada tienes que hacer el domingo en la ciudad, mientras que aquí podrás ayudarme a estudiar la propuesta de Mr. Ward.

El abogado balbuceó algunas excusas, más por fórmula que por otra cosa, pues la mirada que cambió con la bella decía bien a las claras que ni al uno ni a la otra les desagradaba del todo el secuestro.

BIBLIOTECA NACIONAL AMERICA CENTRAL SAN JOSE, COSTA RICA

II

El Árbol

A la tarde, después de cenar, fueron don Rafael y su huésped a fumar un cigarro en el poyo de granito que ceñía como un anillo ceniciento el tronco del frondoso higuerón del jardín.

Alzábase el gigante enmedio de una plazoleta

circular tapizada de césped y limitada en casi toda su circunferencia por un seto bajo de cipreses, que si bien ocultaba el paraje a las miradas de los habitantes de la casa, permitía contemplar en otras direcciones el maravilloso panorama de la meseta central.

El tronco gris blanquizco, estriado como los pilares de las catedrales góticas, formaba abultados repliegues paralelos que subían rectos hasta el nacimiento de las ramas, torciéndose abajo en graciosa curva hasta perderse en el suelo como poderosos tentáculos de un monstruo antediluviano.

Los brazos nervudos y tendidos horizontalmente como los de un atleta al descargar el golpe, manchados a trechos por líquenes y parásitas, sostenían la complicada urdimbre de ramillas y la cúpula de hojas menudas, lustrosas verdeoscuras y rojizas, por cuyos resquicios pugnaban en vano por filtrarse los rayos solares.

En el laberinto de figuras geométricas trazadas por las ramas, saltaban, revoloteaban o reñían con algarabía ensordecedora los pardos y esbeltos *yigüirros*, las *viudas* de pecho plomizo y alas azules, las diminutas *cazadoras*, los *carpinteros* de gorro encarnado y las antipáticas *oropéndolas*, que parecen enjuagarse antes de lanzar su desapacible grito.

Don Rafael había plantado con su propia mano aquel árbol el mismo día que nació Margarita, su hija única. Desde entonces le cuidó con tanta asiduidad y solicitud, que hacía decir a doña Virginia:

—«Mi hermano se figura que el higuerón es hermano gemelo de la muchacha y se enoja conmigo porque me niego a reconocerlo como sobrino».

Raro era el día en que el propietario no pasaba un par de horas a la sombra del coloso y no pocas veces se hacía servir allí mismo la comida. Su cariño por el árbol era tal que no consentía que lo

podasen ni que le hiciesen la menor incisión en el tronco; y un excelente mandador fué despedido porque se atrevió a probar en una de las estrías el filo de su machete.

El magnífico ejemplar de nuestra flora era famoso, no sólo en aquellos contornos, sino también en la capital, y había dado su nombre a la hacienda—*El Higuerón*—en cuyas doscientas hectáreas de pastos se criaban otras tantas vacas de las más puras razas inglesas, suizas y norteamericanas.

Don Rafael Montalvo, hijo de uno de los agricultores más acaudalados del país, había en su juventud seguido los cursos del antiguo colegio de Cartago; pero comprendiendo que no cuadraba a su temperamento aquella *diligencia perezosa* de los estudios que hizo a Hernán Cortés abandonar los suyos, dejó las aulas para dedicarse, no a conquistar tierras con la punta de la espada, sino a fecundarlas con la reja del arado.

Bajo su experta dirección e inmediata vigilancia las fincas adquirieron un valor inmenso y sus productos gozaban de merecida fama en los mercados nacionales y extranjeros.

Casó ya en edad madura con una distinguida señorita de San José, que murió tres años más tarde al dar a luz una preciosa niña, de cuya crianza se encargó doña Virginia, hermana gemela de don Rafael.

No por habitar en el campo la mayor parte del año, dejaba de interesarse don Rafael por lo que ocurría en el resto del mundo: recibía numerosas visitas, particularmente los domingos, estaba suscrito a varias revistas europeas, e iba, al comenzar las lluvias torrenciales de setiembre, a pasar dos meses en la hermosa casa que tenía amueblada en la capital, en donde frecuentaba los teatros y tertulias.

Sus ratos de ocio, que no eran muchos, los

empleaba en leer, o en oir a su hija cantar o tocar el piano.

Su biblioteca, aunque no muy rica, era selecta, y en ella figuraban en primer término los clásicos españoles, en particular los místicos y dramáticos, a quienes don Rafael ponía por encima de todos los escritores del mundo, sin permitir que le nombrasen siquiera a los poetas modernistas, cuya literatura calificaba de inmoral, artificiosa y ridícula; y precisamente por encontrar cierta analogía entre el actual culteranismo y los alambicamientos calderonianos, el autor de *La Vida es Sueño* no gozaba de todas sus simpatías.

Leía y releía, en cambio, a Cervantes, aunque por falta de conocimientos filológicos no siempre lograba penetrar en las reconditeces de sus obras, inagotables minas de sugestivos pensamientos; y sabía de memoria no pocas escenas de las admirables comedias de Ruiz de Alarcón, en cuyos personajes, dechados de magnanimidad e hidalguía, veía sin duda reflejarse la imagen de sus propios sentimientos.

Porque don Rafael Montalvo era el tipo más acabado del antiguo caballero costarricense: poco instruído, pero sagaz y prudente; religioso, pero no fanático; espléndido, pero no manirroto; honrado a carta cabal, intransigente con el ocio, la mentira, el vicio y la deshonestidad; fiel a su palabra, puntual en sus compromisos, patriota sin declamaciones, valiente sin jactancia, cortés sin adulaciones y respetuoso sin servilismo.

Doña Virginia, como todas las hembras de su tiempo, no había recibido más instrucción que los rudimentos de la escuela primaria; mas suplía las deficiencias de su bagaje intelectual con frecuentes [illegible]as, con su ingénita perspicacia, la profundidad [illegible]bservación, la agudeza de su ingenio y sobre

todo con un buen humor que ni la prolongada soltería ni los años habían logrado agriar.

Su ferviente devoción no le impedía ser tolerante con los descreídos ni acompañar a su sobrina—a quien llamaba *hijita*—a bailes y tertulias, en donde mozos y viejos le hacían rueda, atraídos por los donaires de su conversación.

Comentábanse de casa en casa sus bromas y ocurrencias y su llegada animó muchas veces lánguidas reuniones. En una de éstas preguntóle un petimetre:

—¿Qué opina Ud. de la falda-pantalón, doña Virginia?

Y ella respondió al punto:

—Que en una época en que los hombres usan corsé, polvos de arroz y colorete, nada de extraño tiene que las mujeres llevemos los pantalones.

Margarita era una criatura adorable por su belleza, gracia natural e ingenua coquetería: mas si por la línea paterna había heredado algunas de las nobles prendas que caracterizaban a los Montalvos, a la materna debía un temperamento en extremo nervioso que se revelaba en la vivacidad de sus movimientos y en una desigualdad de humor que desorientaba a cuantos la conocían. Algo impulsiva, un poco mudable en sus afectos, pasaba fácilmente de la risa al llanto, se enternecía a veces sin motivo, a veces permanecía impasible ante una escena dolorosa.

En el colegio en donde se educó era célebre por sus travesuras y por el considerable número de novios—estudiantes como ella—a quienes hizo rabiar con su inconstancia.

Su condición veleidosa sólo vino a modificarse algunos años más tarde cuando conoció en un baile a Fernando Rodríguez, cuya gallarda presen[illegible] quisito trato y sólida conversación la ca[illegible]

impresionando agradablente también a doña Virginia, enemiga sistemática de todos los pretendientes de su sobrina.

Fernando, hijo único de una viuda riquísima, hizo en Bélgica sus estudios profesionales; pero el mismo año en que coronó su carrera de abogado tuvo la indecible pena de recibir la noticia de la muerte de su madre.

Más por complacerla que por vocación se había dedicado al foro, pues su naturaleza sensitiva le inclinaba a las artes y en especial a las letras; y como sus cuantiosas rentas le permitían vivir con desahogo, consagraba más tiempo a las musas que a los códigos y su bufete era frecuentado más por los hombres de pluma que por los clientes.

Inteligente, juicioso y buen observador, no consideraba la literatura como mero pasatiempo, sino como profesión seria y digna de los espíritus más elevados, para cuyo ejercicio se requiere sólida preparación técnica y científica.

Fué Margarita la primera mujer que le inspiró una pasión formal; pero reservado y dueño de sí mismo no incurrió en la vulgaridad de exteriorizar sus sentimientos con manifestaciones ridículas, y fué acaso esa circunspección rayana en frialdad la que hizo nacer en la joven una inclinación que no tardó en convertirse en amor.

Obsérvase con más frecuencia la atracción de los caracteres opuestos que la de los semejantes, como si la ley de equilibrio que rige el mundo físico trascendiera también al moral.

No dejaba de inquietar a Fernando el humor caprichoso de su amada, que atribuía al excesivo mimo y libertad con que se había criado; por eso cuando se hizo presentar en la casa insinuó su intención de visitar como simple amigo para tener

ocasión de tratarla de cerca antes de formalizar su petición.

Parecióle a don Rafael muy acertado el proceder del pretendiente, de quien tenía los mejores informes, y a quien no encontraba más tacha que la de ser algo idealista y no pensar en acrecer su ya considerable herencia.

Así y todo, el opulento agricultor no tardó en querer entrañablemente al abogado y en poner en sus manos todos sus asuntos judiciales; y como éste iba a la quinta una vez por semana, el buen viejo aprovechaba la coyuntura para charlar horas enteras sobre sus autores favoritos, a quienes por este motivo detestaba cordialmente Margarita.

Aunque los dos ancianos tenían plena confianza en la corrección de Fernando, los jóvenes casi nunca se veían libres de la compañía de don Rafael y menos aún de las miradas inquisitoriales de doña Virginia, la cual transigía con muchas cosas, pero nunca con la moderna costumbre de dejar solitos a los novios. Cuando su hermano, más liberal que ella, la reprendía por su incesante vigilancia, doña Virginia respondía invariablemente: *Quien quita la ocasión, quita el peligro*; o *entre santa y santo, pared de cal y canto.*

Pocas tardes tan hermosas como la de aquel sábado. La transparencia del aire, no muy común en nuestro clima, permitía distinguir a simple vista el perfil de los edificios de la ciudad lejana y los contornos de los árboles que coronaban las crestas de las cordilleras, destacándose sobre el fondo brillante del cielo como negros jeroglíficos. El sol comenzaba ya a esconderse detrás de los cerros de la costa y su enorme globo rojo parecía flotar en un lago de plomo fundido.

Por encima de la valla de cipreses recorría don Rafael con sus gemelos el majestuoso paisaje; doña

Virginia sentada en un banco rústico hacía calceta; en el poyo que circunvalaba el higuerón los dos jóvenes charlaban en voz baja.

—¿Cómo van los ensayos de tu drama?

—Muy adelantados. Mañana circularán los anuncios del estreno, que será el sábado, dentro de ocho días. ¿Irás a verlo?

—¡Claro está! Iremos todos los de casa, hasta Fermín. Pero díme: cuando vas al escenario te pones a conversar con las cómicas, ¿verdad? Dicen que hay dos muy bonitas.

—Bonitas o feas, sólo hablo con ellas para hacerles alguna observación sobre la interpretación de los papeles.

—Cuando pienso en eso me pongo de un genio!... También me tienes disgustada porque no has querido contarme el argumento de tu obra.

—Si lo supieras anticipadamente, te parecería peor de lo que es al verlo en escena.

Iba a protestar Margarita cuando se acercó su padre, exclamando:

—¡Qué binóculos tan buenos! No puedes haberme hecho regalo mejor, Fernando. Se ve perfectamente el tren de Limón cuando llega a San José y también el tranvía de Guadalupe. ¿A qué no adivinas en qué estaba pensando? En que ambas empresas, como otras muchas del país, están en manos de extranjeros.

—Por desgracia es muy cierto, pero nosotros tenemos la culpa, dijo Fernando: nadie quiere arriesgar una parte de su dinero en empresas de ninguna especie y luego murmuramos porque los forasteros se enriquecen a costa nuestra.

—Eso no reza conmigo, respondió algo amoscado don Rafael, pues te consta que en varias ocasiones he propuesto a mis amigos que formemos compañías para explotar productivos negocios y nadie ha querido secundar mi idea.

—Precisamente lo decía recordando sus fracasados proyectos. ¡Ah! si en el país hubiese siquiera una docena de capitalistas que pensaran como Ud., otra sería la suerte de nuestra patria.

—¡Qué envidia me dan esos *machos* emprendedores que no se asustan por nada y todo lo hallan fácil y hacedero! dijo don Rafael guardando en la funda los gemelos: ahí tienen ustedes a ese endiablado Mr. Ward, que antes de hacerme propuesta por mis terrenos de Nicoya, fué a verlos, los recorrió en todas direcciones, examinó los caminos y el fondeadero y sacó copia del plano. ¿Sabes lo que me dijo esta mañana? «Tengo hechos todos mis cálculos: seis meses después de firmada la escritura, estará construída la línea férrea e instalada la maquinaria, y dentro de un año venderemos las primeras telas».

Qué te parece?

Fernando guardó silencio breve rato y luego dijo gravemente:

—Amo entrañablemente a mi patria y por lo mismo desearía que fuera la más moral, próspera y feliz de las naciones. Para realizar ese ideal es menester empeñarse en corregir los vicios de nuestro carácter con enérgicos remedios. Ya que no puedo aspirar a tanto, me contentaré con denunciar los males, utilizando la literatura como instrumento para llevar mi idea a la conciencia del pueblo; pues, como dice Faguet, «no es patriota el que no muestra con el dedo las llagas de que sufre su patria». Es una tarea ingrata la que me propongo, lo sé; pero sabré realizarla con firmeza, como un deber sagrado. Mi primer drama tiene por argumento uno de nuestros más funestos vicios, el lujo.

—Y qué título le has puesto? dijo don Rafael.

—*Al borde del precipicio.*

Comenzaba ya a cerrar la noche y todos se levantaron para volver a la casa. De camino, don

Rafael que se había quedado atrás con el abogado, le dijo:

—¿Quieres que te dé un consejo? No te metas a redentor. A nadie le agrada que le echen en cara sus defectos, y mucho menos a los *ticos*. Así somos y así seremos siempre.

III

El estreno

La semana que precedió al estreno del drama fué para Fernando una de las más ajetreadas de su vida, pues además de los dos ensayos diarios había que resolver no pocas dificultades de tramoya, decorado e indumentaria, propuestas por el director de escena, los artistas y demás empleados de la compañía. A los repasos eran admitidos por especial favor algunos chicos de la prensa, a quienes el autor había recomendado la mayor discreción, conociendo cuánto perjudican al éxito de una obra teatral los prejuicios divulgados por los críticos y la exposición anticipada de la trama.

¡A buena parte acudía con sus recomendaciones! Cada día registraban los periódicos una o dos gacetillas en las que se daba cuenta del progreso de los ensayos, del lujo con que se iba a montar la obra y hasta del número de localidades encargadas, dando así nuevo pábulo a los comentarios de los corrillos y a la inquietud de Fernando.

—¡Qué bárbaros! decía éste a los periodistas amigos cuando cargaban la mano en los elogios: se va a figurar la gente que mi trabajo es una gran cosa, y el fracaso va ser mayor.

Tentado estuvo a retirar su drama y casi arrepentido de haberlo escrito cuando vió como destrozaban sus pobres versos los cómicos, sin interpretar sus papeles como él deseaba ni caracterizar debidamente los personajes creados por su fantasía.

Por fortuna, el empresario, para quien no pasaba inadvertida la general simpatía de que gozaba el autor y el provecho pecuniario que de ella podía augurarse, se empeñó en sacar con lucimiento la obra e hizo sentir todo el peso de su autoridad a sus subalternos.

Todo salió a pedir de boca en el ensayo general practicado la víspera del estreno, contribuyendo no poco al entusiasmo con que trabajaron los artistas la noticia de haberse agotado ya las localidades que el público arrebataba de las manos de los revendedores, pagando por ellas precios nunca vistos.

Llegó por fin la noche del sábado. Desde las siete se instaló Fernando en el escenario para dar sus últimas instrucciones y vigilar los detalles. Estaba trémulo, febril, como un general en el solemne momento de comenzar la batalla, e iba de un lado a otro contestando a las innumerables preguntas de actores y tramoyistas y asomándose de rato en rato por un agujero del telón de boca para examinar el anfiteatro, que iba llenándose poco a poco.

Desde su observatorio distinguió en las butacas mil caras conocidas y vió los palcos atestados de señoras y señoritas que lucían ricos trajes, deslumbrantes de pedrería. En uno de la segunda fila estaba Margarita en compañía de sus padres y de dos amigas, Luisa y Matilde Valdés, pertenecientes a una de las familias más conspicuas de la capital.

La joven estaba nerviosísima a juzgar por el incesante rasgueo del abanico y los movimientos de su hermosa cabeza que se volvía a cada instante para conversar con sus compañeras. Estaba un poco

retirada del antepecho, como temerosa del público, y casi ofendida por la multitud de gemelos asestados contra ella.

Desde el escenario se percibía un rumor sordo y prolongado como el de un mar invisible que a Fernando se le antojaba el de una multitud amotinada que pedía su cabeza. Dieron las ocho, sonó el tercer campanillazo, los actores ocuparon sus respectivos puestos y el telón subió lentamente.

Fernando, oculto entre bastidores, vió entonces como en un sueño aquellos hijos vaporosos de su fantasía trocarse en seres de carne y hueso que hablaban, gesticulaban y se movían, mientras miles de ojos se clavaban en ellos y miles de almas unidas a la del poeta por el hilo mágico del arte, participaban de sus emociones.

Entróle de improviso un miedo horrible y por poco echa a correr para su casa como el que ha cometido un crimen. ¡Atreverse él a poner de relieve ante aquella selecta concurrencia uno de los vicios sociales más extendidos y funestos! ¿Recibiría pacientemente el público la dura lección envuelta en aquellas escenas trazadas con pincel vigoroso, por las cuales desfilaban las víctimas de la insensata pasión que arruina a los ricos, corrompe a los pobres, pervierte a la juventud y desespera a los padres de familia?

La acción iba desarrollándose con naturalidad y lógica y los espectadores seguían atentos la negra trama del infame que después de seducir a la niña inocente, deslumbrada por el lujo, pone sitio a la esposa honrada y feliz en su pobreza, en cuyo pecho logra al fin despertar la vanidad y el afán de realzar su belleza con galas que su marido no podía ofrecerla.

El final del primer acto fué acogido con un prolongado aplauso, que a Fernando se le figuró.

retirada del antepecho, como temerosa del públic y casi ofendida por la multitud de gemelos asestados contra ella.

Desde el escenario se percibía un rumor sordo y prolongado como el de un mar invisible que a Fernando se le antojaba el de una multitud amotinada que pedía su cabeza. Dieron las ocho, sonó el tercer campanillazo, los actores ocuparon sus respectivos puestos y el telón subió lentamente.

Fernando, oculto entre bastidores, vió entonces como en un sueño aquellos hijos vaporosos de su fantasía trocarse en seres de carne y hueso que hablaban, gesticulaban y se movían, mientras miles de ojos se clavaban en ellos y miles de almas unidas a la del poeta por el hilo mágico del arte, participaban de sus emociones.

Entróle de improviso un miedo horrible y por poco echa a correr para su casa como el que ha cometido un crimen. ¡Atreverse él a poner de relieve ante aquella selecta concurrencia uno de los vicios sociales más extendidos y funestos! ¿Recibiría pacientemente el público la dura lección envuelta en aquellas escenas trazadas con pincel vigoroso, por las cuales desfilaban las víctimas de la insensata pasión que arruina a los ricos, corrompe a los pobres, pervierte a la juventud y desespera a los padres de familia?

La acción iba desarrollándose con naturalidad y lógica y los espectadores seguían atentos la negra trama del infame que después de seducir a la niña inocente, deslumbrada por el lujo, pone sitio a la esposa honrada y feliz en su pobreza, en cuyo pecho logra al fin despertar la vanidad y el afán de realzar su belleza con galas que su marido no podía ofrecerla.

El final del primer acto fué acogido con un prolongado aplauso, que a Fernando se le figuró.

emasiado frío. No atreviéndose a salir durante el entreacto, se contentó con enviar un billete a su novia y se puso a observar por el agujero del telón los corrillos que en el patio discutían acaloradamente.

Las primeras escenas del segundo acto se sucedieron en medio del silencio general, y el novel autor, creyendo irremisiblemente perdida su obra, se encaminó a la puerta de servicio para escapar: pero en aquel momento resonó un estruendo formidable como si el teatro estuviese incendiándose, oyó carreras precipitadas en la escena, y antes de darse cuenta de lo que ocurría, se sintió asido, arrastrado por manos femeninas. «Venga usted pronto, que el público le llama», gritaban las actrices: y Fernando se halló de improviso ante un inmenso gentío que vociferaba y aplaudía frenéticamente.

La pieza estaba salvada. Al bajar el telón invadieron el escenario los amigos del poeta, ansiosos de estrecharle la mano, entre los cuales iba don Rafael.

—¡Bravo! Magnífico! exclamó dándole un fuerte abrazo. La familia te manda mil parabienes, aunque está resentida porque no has ido a saludarla.

—Cuando termine la función acompañaré a ustedes a su casa, pues no me parece prudente salir hasta ver como acaba esto.

—Tienes mucha razón—¡Qué drama y qué versos, amigo! Dignos de Alarcón! Mi hija ha llorado dos o tres veces y a Virginia y a mí se nos pegó un nudo en la garganta.

El anciano continuó haciendo elogios de la obra hasta que sonó el timbre del director de escena.

El público «había entrado ya en calor», como decía el empresario, y las bellas escenas del tercer acto eran interrumpidas a cada instante por nutrido palmoteo. Pero el entusiasmo llegó a su colmo cuando al final la esposa deslumbrada por el lujo vuelve

sobre sus pasos, se detiene al borde del precipicio, resignándose al lado de su marido a la vida de privaciones a que la condena la venganza del despechado tenorio y éste recibe el justo castigo de sus insidias.

Jamás había presenciado nuestro coliseo una ovación semejante: el autor, de la mano de las actrices, fué aclamado hasta el delirio mientras multitud de sombreros y ramilletes volaron al proscenio, a despecho del reglamento del teatro.

Fernando fué llevado en triunfo hasta el *foyer* y a duras penas logró librarse de sus admiradores para dirigirse al palco de don Rafael.

Margarita le recibió de pie, pálida, trémula y sin articular palabra: la muda reconvención de su mirada se borró enseguida para dar paso a una emoción más intensa, a la suprema felicidad de ver a su amado convertido en ídolo del público, ceñido con la aureola de la gloria, de verse ella misma admirada, envidiada, porque a sus pies iba a depositar sus laureles el gran poeta.

Sus manos se estrecharon amorosamente. En el antepalco, mientras él le ponía sobre los hombros el abrigo, le presentó ella sus labios incitantes; y un beso largo y apasionado, el primero que se daban, fué la mejor recompensa del artista.

En el pasillo se encontraron con Mr. Ward que venía a felicitar al poeta, y todos juntos salieron del teatro. Como la noche era espléndida, propuso Margarita que regresaran a pie, alegando que no cabían todos en un sólo carruaje y había que ir a dejar en su casa a las señoritas Valdés; pero lo que en realidad deseaba la picaruela era gozar más tiempo de la compañía de su novio.

Fernando le dió el brazo y bajo el abrigo de pieles se apoderó de la enguantada manecita que conservó en la suya durante todo el trayecto. Detrás

iba el americano con las amigas de Margarita y cerraban la marcha don Rafael y su hermana.

Los grupos estacionados en las esquinas saludaban con frases cariñosas al afortunado poeta, y la gentil pareja recogia al pasar retazos de conversaciones que giraban sobre el mismo tema, el éxito colosal del drama. Margarita no se habría cambiado aquella noche por una emperatriz, ni se había mostrado nunca tan enamorada y expansiva.

—Oye, dijo; el martes dan otra vez tu drama; pero si vas al escenario me enojo. ¿Crees que no ví como te apretaban la mano aquellas malvadas cómicas cuando te sacaron a la escena?

Fernando se rió de la observación y prometió no volver a poner los pies entre bastidores y hasta no escribir más dramas para no darle otro disgusto.

¡Se sentía tan dichoso! Más que por su triunfo, era feliz por la pasión que por primera vez veía brotar de los ojos de su amada y por aquel beso cuya dulzura saboreaba aún su boca. Bajo una apariencia reservada y fria alimentaba Fernando una alma ardiente, fogosa, capaz de los más vehementes transportes. Cuando se prendó de Margarita le asaltó el temor de no encontrar en ella un temperamento bastante apasionado; pero aquella noche se desvanecieron sus dudas y se convenció de que su elección no podía haber sido más acertada.

¡Qué corto les pareció el trayecto, no obstante el rodeo que hubieron de hacer para dejar en su casa a las señoritas Valdés! Al llegar a la suya dijo don Rafael a Fernando:

—Mañana muy temprano nos iremos a la finca, pues quiero que celebremos allá tu triunfo con un almuerzo en familia. Espero que Ud. nos hará también el honor de acompañarnos, añadió dirigiéndose a Mr. Ward.

Aceptaron ambos caballeros la invitación y el

extranjero al despedirse ofreció a Fernando un asiento en su automóvil.

—Mil gracias, contestó sonriendo el abogado; pero no puedo aceptar su bondadoso ofrecimiento, porque tengo más probalidad de llegar en mi potro *Menelik*.

Largo fué el adiós de los novios y lo habría sido más, si doña Virginia no le hubiera puesto término con una de sus salidas de costumbre.

—Niños, este cuarto acto del drama está resultando más largo que los otros y ya es tiempo de bajar el telón.

IV

Palique

A las nueve de la mañana ya estaba la familia en *El Higueron* y al punto se enfrascó doña Virginia en los preparativos del banquete, mientras Margarita iba a sentarse libro en mano en una poltrona de la galería; mas no parecía atender poco ni mucho a la lectura, pues sus miradas viajaban continuamente desde las páginas hasta la calle de naranjos que sombreaban la entrada de la quinta.

Sobre la mesita cercana había colocado los gemelos que de cuando en cuando apuntaba hacia el pueblo de San Isidro, cuya polvorienta carretera se dibujaba a trechos sobre la verdura como una raya trazada con ocre amarillo.

Poco después de las diez apareció en la cuesta del río un punto negro que subía rápidamente. El pecho de Margarita palpitó con violencia y antes de empuñar el anteojo, el corazón le dijo que era *él*.

La joven cerró el libro, entró un instante en

su cuarto para dar la última mano a su tocado y fué luego a recostarse en el antepecho de la galería. Montado en su soberbio potro llegó Fernando al pie de la escalinata, adonde fué a recibirle don Rafael, quien de su despacho podía vigilar no sólo la galería sino también el jardín y el callejón de la entrada.

Margarita esquivaba la mirada de su novio y al darle la mano se puso encendida, recordando la escena del antepalco. Don Rafael se retiró un momento para terminar una carta urgente, y los dos jóvenes, sentándose en mecedoras de junco al extremo del corredor, se entregaron al etérno diálogo de los enamorados, a ese delicioso coloquio a media voz en que las palabras no dicen nada y los ojos se lo hablan todo.

—Creí que te vendrías esta mañana con nosotros, dijo ella; pero no volviste a acordarte de mí.

—Fué imposible: a las cinco llegaron los amigos con una serenata y tuve que atenderlos hasta las siete. Mañana por la noche me banquetearán en el Hotel Wáshington.

—¿Qué dicen del estreno los periódicos?

—Aquí los traigo. ¡Vieras qué crónicas tan largas y qué elogios tan exagerados! Te aseguro que hoy me dió vergüenza salir a la calle.

Margarita hojeó con ansia los diarios y a medida que leía se coloreaba de satisfacción su rostro, pensando que de aquel inaudito triunfo le cabía a ella la mejor parte, pues el artista mimado del público era suyo, exclusivamente *suyo*.

Sentía a la vez ganas de reír y de llorar, como si le durase aún la embriaguez de la noche anterior, y por fin brotó de sus labios la pasión sincera, avasalladora, como la había soñado Fernando.

—Oye, decía: nunca pensé llegar a querer como te quiero. Anoche no dormí pensando que acaso te habrías ido a cenar con las cómicas. Quisiera tenerte

a mi lado siempre, siempre, que no miraras a nadie más que a mí, que sólo conmigo hablaras... A veces tengo celos hasta de tus versos, porque me parece que me roban tu cariño.

Él la escuchaba embelesado como si oyese una música divina, y cuando pudo hablar dió rienda suelta a su pasión en frases no menos vehementes. Para él, sin padres ni hermanos, su Margarita lo era todo: la esperanza que alienta, la ilusión que embellece la vida, su ideal, su Dios. Jamás, aunque ella lo olvidase, podría amar a otra mujer, porque los corazones como el suyo cuando los consume la pasión nunca renacen de sus cenizas como el fénix.

Un ruido desapacible y prolongado vino de pronto a interrumpir el idilio. Era Mr. Ward que llegaba en su automóvil, exclamando radiante de placer:

—Por fin conseguí llegar hasta aquí con mi coche. Si no hubiera subido la cuesta, habría traído una cuadrilla de peones para allanar el camino.

Los novios se miraron con la expresión resignada del que se ve obligado a soportar a un importuno; mas su contrariedad fué breve, pues don Rafael se llevó a su despacho al extranjero para mostrarle los planos de ciertas obras que iba a ejecutar en la finca.

Aquel mozo rubio, de facciones napoleónicas, inteligente, instruído y de pocas palabras, con su clara visión de los negocios y sus exactas apreciaciones se había captado la estimación y el cariño del jefe de la casa, el cual si bien departía complacido con Fernando sobre temas de su literatura favorita, no dejaba de reconocer la superioridad del americano en punto de ciencias, de negocios y de números, diciendo para sus adentros: «Lástima que en el mundo no haya nada perfecto y que estos dos jóvenes no formaran más que uno»!

A las doce se sentaron a la mesa, decorada

con exquisito gusto y servida regiamente. Don Rafael había echado la casa por la ventana como era su costumbre cuando se trataba de obsequiar a personas de su cariño. Las dos horas pasadas en el comedor fueron deliciosas, tanto por la variedad de ricos manjares y selectos vinos, como por el derroche de buen humor que hicieron todos y en particular doña Virginia.

Terminado el almuerzo fueron los hombres a fumar al jardín, en tanto que las dos mujeres recibían en el salón la visita de unas amigas que veraneaban en una finca vecina.

Tomando el fresco y fumando excelentes habanos don Rafael y sus huéspedes se pusieron a hojear los diarios y a comentar los artículos.

—La prensa—dijo Mr. Ward dirigiéndose a Fernando—no ha dado importancia al alcance moral del drama, sino al aspecto literario. El público que anoche aplaudió la obra no aprovechará la lección que Ud. quiso darle. En la función del martes veremos el mismo despliegue de lujo, la misma vana e inmoral ostentación de quienes no vacilan en llegar hasta el delito con tal de no parecer pobres.

—Convencido estoy—replicó el poeta—de que el teatro es impotente para extirpar los vicios de una sociedad, pues él mismo no es otra cosa que el reflejo de las costumbres de la época; pero también estoy seguro de que al denunciarlos llama la atención de las personas sensatas y patriotas y las incita a corregirlos.

—El empeño de Fernando—observó gravemente don Rafael—no puede ser más noble y bien intencionado; pero todo el que se mete a desfacer entuertos, como Don Quijote, no cosecha más que disgustos.

—De sobra lo comprendo, replicó el abogado, y eso lejos de desalentarme, me sirve de estímulo.

Durante los años que estuve ausente de mi patria se acrecentó mi amor por ella y no me consideraría digno hijo suyo si no contribuyese a su felicidad por todos los medios que estén a mi alcance.

—La verdad es—dijo después de una pausa don Rafael—que el pueblo costarricense ha perdido muchas de sus antiguas virtudes: antes había más respeto a la propiedad ajena, se confiaban a los arrieros sumas considerables que llegaban a su destino sin faltar un centavo, y los vagos eran mirados como criminales; en cambio ahora es un problema encontrar un peón honrado, los robos y asesinatos se multiplican de manera alarmante, los desocupados pululan por las calles mientras los campos permanecen incultos, la miseria es general, el número de ebrios y mujeres perdidas es espantoso.

—Hace apenas dos años que resido en Costa Rica—repuso Mr. Ward—pero he vivido también en otras repúblicas del istmo y puedo asegurar que mis observaciones concuerdan con las de don Rafael. Los que nunca han salido de su país no advierten sus defectos ni ridiculeces tan bien como los extranjeros, del mismo modo que los viajeros de un tren no pueden apreciar el movimiento de éste si no se asoman a las ventanillas.

—Alto ahí—replicó vivamente el señor Montalvo: nosotros conocemos y confesamos nuestros vicios, que no son tantos ni tan grandes como los de otras naciones. Los que tenemos nos han venido de afuera con lo que llaman el progreso, que maldita la falta que nos hacía para vivir felices, como vivíamos hace medio siglo: y a pesar de todo, sostengo que nuestro país puede contarse todavía entre los más morales y laboriosos del mundo.

En aquel momento vino un criado a avisar a don Rafael que un desconocido deseaba hablarle, y los dos jóvenes quedaron solos.

—Me alegro—dijo el yanqui—de poder hablar de estos asuntos con persona tan ilustrada como usted, sin alarmar el *chauvinismo* del señor Montalvo. En mi país gastamos una franqueza algo ruda, que emplearé ahora si usted me lo permite.

—¿Y por qué no?

—Pues bien, el mal es más grave de lo que usted mismo se figura. He recorrido buena parte del país, visitando haciendas, fábricas, oficinas y colegios: he leído en la Biblioteca Nacional las colecciones de revistas y en los archivos los documentos históricos; he residido en los campos y en las ciudades y puedo vanagloriarme de conocer esta república mejor que muchos, que la mayor parte de sus habitantes. ¿Se admira usted? añadió sonriendo al ver que Fernando le miraba abriendo desmesuradamente los ojos.

No vaya usted a tomarme por detective o espía, no: obro por cuenta propia. Estas comarcas inexplotadas brindan ancho campo a las iniciativas de mi raza y están llamadas a ser con el tiempo el asiento de vastas empresas industriales. ¿Qué tiene de extraño, pues, que las americanos nos preocupemos de conocer a fondo el teatro de nuestros futuros negocios?

Hablaba el yanqui en inglés, idioma que Fernando conocía perfectamente, y se expresaba con desusado calor como si el champaña le hubiese desatado la lengua.

—Este pueblo—prosiguió—está minado por el alcohol. Los del Norte tenemos fama de bebedores: pues bien, comparando las estadísticas y tomando en cuenta la enorme cantidad de licor clandestino que se consume aquí, aseguro a Ud. que en su país se bebe, en proporción, cuatro veces más que en el mío. Estuve en las fiestas de la capital el año pasado y no pude soportar el olor a aguardiente que

su cuarto para dar la última mano a su tocado y fué luego a recostarse en el antepecho de la galería. Montado en su soberbio potro llegó Fernando al pie de la escalinata, adonde fué a recibirle don Rafael, quien de su despacho podía vigilar no sólo la galería sino también el jardín y el callejón de la entrada.

Margarita esquivaba la mirada de su novio y al darle la mano se puso encendida, recordando la escena del antepalco. Don Rafael se retiró un momento para terminar una carta urgente, y los dos jóvenes, sentándose en mecedoras de junco al extremo del corredor, se entregaron al eterno diálogo de los enamorados, a ese delicioso coloquio a media voz en que las palabras no dicen nada y los ojos se lo hablan todo.

—Creí que te vendrías esta mañana con nosotros, dijo ella; pero no volviste a acordarte de mí.

—Fué imposible: a las cinco llegaron los amigos con una serenata y tuve que atenderlos hasta las siete. Mañana por la noche me banquetearán en el Hotel Wáshington.

—¿Qué dicen del estreno los periódicos?

—Aquí los traigo. ¡Vieras qué crónicas tan largas y qué elogios tan exagerados! Te aseguro que hoy me dió vergüenza salir a la calle.

Margarita hojeó con ansia los diarios y a medida que leía se coloreaba de satisfacción su rostro, pensando que de aquel inaudito triunfo le cabía a ella la mejor parte, pues el artista mimado del público era suyo, exclusivamente *suyo*.

Sentía a la vez ganas de reir y de llorar, como si le durase aún la embriaguez de la noche anterior, y por fin brotó de sus labios la pasión sincera, avasalladora, como la había soñado Fernando.

—Oye, decía: nunca pensé llegar a querer como te quiero. Anoche no dormí pensando que acaso te habrías ido a cenar con las cómicas. Quisiera tenerte

a mi lado siempre, siempre, que no miraras a nadie más que a mí, que sólo conmigo hablaras... A veces tengo celos hasta de tus versos, porque me parece que me roban tu cariño.

Él la escuchaba embelesado como si oyese una música divina, y cuando pudo hablar dió rienda suelta a su pasión en frases no menos vehementes. Para él, sin padres ni hermanos, su Margarita lo era todo: la esperanza que alienta, la ilusión que embellece la vida, su ideal, su Dios. Jamás, aunque ella lo olvidase, podría amar a otra mujer, porque los corazones como el suyo cuando los consume la pasión nunca renacen de sus cenizas como el fénix.

Un ruído desapacible y prolongado vino de pronto a interrumpir el idilio. Era Mr. Ward que llegaba en su automóvil, exclamando radiante de placer:

—Por fin conseguí llegar hasta aquí con mi coche. Si no hubiera subido la cuesta, habría traído una cuadrilla de peones para allanar el camino.

Los novios se miraron con la expresión resignada del que se ve obligado a soportar a un importuno; mas su contrariedad fué breve, pues don Rafael se llevó a su despacho al extranjero para mostrarle los planos de ciertas obras que iba a ejecutar en la finca.

Aquel mozo rubio, de facciones napoleónicas, inteligente, instruído y de pocas palabras, con su clara visión de los negocios y sus exactas apreciaciones se había captado la estimación y el cariño del jefe de la casa, el cual si bien departía complacido con Fernando sobre temas de su literatura favorita, no dejaba de reconocer la superioridad del americano en punto de ciencias, de negocios y de números, diciendo para sus adentros: «Lástima que en el mundo no haya nada perfecto y que estos dos jóvenes no formaran más que uno»!

A las doce se sentaron a la mesa, decorada

con exquisito gusto y servida regiamente. Don Rafael había echado la casa por la ventana como era su costumbre cuando se trataba de obsequiar a personas de su cariño. Las dos horas pasadas en el comedor fueron deliciosas, tanto por la variedad de ricos manjares y selectos vinos, como por el derroche de buen humor que hicieron todos y en particular doña Virginia.

Terminado el almuerzo fueron los hombres a fumar al jardín, en tanto que las dos mujeres recibían en el salón la visita de unas amigas que veraneaban en una finca vecina.

Tomando el fresco y fumando excelentes habanos don Rafael y sus huéspedes se pusieron a hojear los diarios y a comentar los artículos.

—La prensa—dijo Mr. Ward dirigiéndose a Fernando—no ha dado importancia al alcance moral del drama, sino al aspecto literario. El público que anoche aplaudió la obra no aprovechará la lección que Ud. quiso darle. En la función del martes veremos el mismo despliegue de lujo, la misma vana e inmoral ostentación de quienes no vacilan en llegar hasta el delito con tal de no parecer pobres.

—Convencido estoy—replicó el poeta—de que el teatro es impotente para extirpar los vicios de una sociedad, pues él mismo no es otra cosa que el reflejo de las costumbres de la época; pero también estoy seguro de que al denunciarlos llama la atención de las personas sensatas y patriotas y las incita a corregirlos.

—El empeño de Fernando—observó gravemente don Rafael—no puede ser más noble y bien intencionado; pero todo el que se mete a desfacer entuertos, como Don Quijote, no cosecha más que disgustos.

—De sobra lo comprendo, replicó el abogado, y eso lejos de desalentarme, me sirve de estímulo.

Durante los años que estuve ausente de mi patria se acrecentó mi amor por ella y no me consideraría digno hijo suyo si no contribuyese a su felicidad por todos los medios que estén a mi alcance.

—La verdad es—dijo después de una pausa don Rafael—que el pueblo costarricense ha perdido muchas de sus antiguas virtudes: antes había más respeto a la propiedad ajena, se confiaban a los arrieros sumas considerables que llegaban a su destino sin faltar un centavo, y los vagos eran mirados como criminales; en cambio ahora es un problema encontrar un peón honrado, los robos y asesinatos se multiplican de manera alarmante, los desocupados pululan por las calles mientras los campos permanecen incultos, la miseria es general, el número de ebrios y mujeres perdidas es espantoso.

—Hace apenas dos años que resido en Costa Rica—repuso Mr. Ward—pero he vivido también en otras repúblicas del istmo y puedo asegurar que mis observaciones concuerdan con las de don Rafael. Los que nunca han salido de su país no advierten sus defectos ni ridiculeces tan bien como los extranjeros, del mismo modo que los viajeros de un tren no pueden apreciar el movimiento de éste si no se asoman a las ventanillas.

—Alto ahí—replicó vivamente el señor Montalvo: nosotros conocemos y confesamos nuestros vicios, que no son tantos ni tan grandes como los de otras naciones. Los que tenemos nos han venido de afuera con lo que llaman el progreso, que maldita la falta que nos hacía para vivir felices, como vivíamos hace medio siglo: y a pesar de todo, sostengo que nuestro país puede contarse todavía entre los más morales y laboriosos del mundo.

En aquel momento vino un criado a avisar a don Rafael que un desconocido deseaba hablarle, y los dos jóvenes quedaron solos.

despedian las calles; fuí un domingo a buscar jornaleros a una aldea y todos los vecinos estaban ebrios en la plaza; todas las diversiones campestres acaban a machetazos; los hijos degenerados...

—Pero repare Ud.—le interrumpió incomodado Fernando—que la culpa no es del pueblo, sino de los gobiernos que no se deciden a suprimir la Fábrica Nacional de Licores.

—¿Y por qué no protestan las municipalidades, los periodistas, los maestros y demás patriotas obligados a velar por el bien público?

—Yo he escrito varios artículos en ese sentido—respondió Fernando; pero desengáñese Ud.: nada se conseguirá mientras el pueblo no se dé cuenta del peligro.

—El pueblo, el pueblo! exclamó con desdén Mr. Ward. Los pueblos no adelantan sino por el impulso que les viene de arriba, de la clase directora, de las personas ilustradas. Los pueblos son inconscientes como los niños, tan inconscientes como este árbol—continuó el yanqui, golpeando con su ancha mano el higuerón—que necesita de los cuidados del agricultor para no perecer devorado por los parásitos.

Y a propósito—dijo levantándose de pronto—mire usted esto.

Fernando se aproximó al tronco y en el lugar que el americano señalaba con el dedo vió una grieta angosta y larga que en el fondo de una estría rayaba de negro la plomiza corteza.

—Este árbol—dijo Mr. Ward.—comienza a dañarse; y si no se le cura a tiempo, por esta herida penetrará la muerte. Se lo indiqué el otro día a don Rafael y se puso furioso, pues no tolera que le pongan defectos a su «hijo». Y pensar que con un poco de alquitrán!.. ¿Comprende usted?... Alquitrán!.. añadió sonriendo irónicamente.

El cielo se encapotó repentinamente y el viento

alazán y con una magnífica escopeta de dos cañones a la espalda.

La lectura del artículo levantó una ola de indignación entre los presentes. Don Rafael prorrumpió en acres invectivas contra los envidiosos, Margarita lloraba de rabia, y hasta doña Virginia, perdiendo su acostumbrada ecuanimidad, lanzó aceradas pullas contra el cobarde anonimista. La excelente señora quería a Fernando como a un hijo, y de los numerosos pretendientes de su sobrina sólo él había sabido conquistarse sus simpatías desde el principio.

Cuando se restableció el silencio, dijo Mr. Ward a Fernando:

—Eso era de esperarse, y no quise anunciárselo a Ud. antes por no amargar su triunfo con mi pesimismo. En otros países se estimula y ayuda al que con su propio esfuerzo lucha por elevarse del nivel común; mientras que aquí...

—No siga Ud.—saltó don Rafael sin poder contenerse: ¿cómo va Ud. a juzgarnos a todos por la mezquindad de uno solo? Los costarricenses sabemos apreciar al que vale y nos enorgullecemos de los triunfos de un compatriota.

Abrió el yanqui la boca para replicar; pero sin duda lo que iba a decir le pareció inoportuno o demasiado fuerte, pues en lugar de palabras brotó de sus labios una enigmática sonrisa.

Durante la cena expuso don Rafael el plan de la cacería del día siguiente: saldrían en la madrugada para los terrenos montañosos que poseía más arriba de Rancho Redondo, en las inmediaciones del Irazú, en los cuales abundaba la caza de pelo y pluma, sobre todo venados y saínos, y aún leones y tigres. Llevarían como baquiano a Fermín el mandador, dueño de un par de perros que según él eran *nonis* para coger tepezcuintes y cabros de monte.

Las señoras acompañarían a los cazadores has-

ta un paraje descampado endonde se quedarían al cuidado del jefe de la familia, cuya edad no era la más a propósito para andar por las fragosidades de la selva.

Antes de retirarse a su habitación pudo Fernando charlar un buen rato con su adorada en un extremo de la galería; pero estaba de Dios que aquel día aciago no había de terminar sin una nueva desazón, motivada por una frase inocente de Margarita.

—¿No has reparado—dijo de pronto—qué mirada tan penetrante tiene Mr. Ward? Cuando me mira me pongo colorada como una tonta y me figuro que registra mis más escondidos pensamientos.

—No me había fijado en eso—respondió friamente Fernando, poniéndose serio y apartando de ella los ojos por largo rato.

—¿Qué tienes? preguntó Margarita al observar el repentino cambio de su novio.

—Nada—repuso él con sequedad.

Tan inusitada dureza fué una puñalada para la joven. Llena de turbación y ansiedad le interrogó repetidas veces, le dirigió palabras cariñosas y por fin, al ver el mutismo de Fernando, se puso a llorar silenciosamente. A la vista de aquellas lágrimas comprendió el mozo la ridiculez de sus celos, le pidió perdón, y aprovechando un momento en que les volvió la espalda doña Virginia para cerrar una vidriera, recogió con sus labios una gota de llanto que resbalaba por la aterciopelada mejilla de su amada.

Antes de amanecer salió de la quinta la cabalgata en este orden: a la cabeza don Rafael con el mandador, precedidos de los perros y de una mula cargada con las provisiones; luego Mr. Ward en su alazán y doña Virginia muy derecha sobre su mansa yegua rosilla; detrás Fernando en su *Menelik* y

Margarita sobre un potro blanco de grande alzada, cuya fogosidad era motivo de inquietudes para don Rafael, quien obligó a su hija a marchar a la cola de la comitiva por temor de que el animal se desbocase.

Margarita iba alegre y decidora como un escolar en vacaciones.

El frío penetrante de aquellas alturas sonrosaba su rostro y bajo el ala del sombrero de fieltro lanzaban vivos destellos sus grandes ojos pardos.

—¿Quieres que demos un susto a papá? Pasemos adelante a todo galope... Mira a mamá coqueteando con Mr. Ward. ¿Te pones serio otra vez? Pues me callo.

Fernando la escuchaba sonriendo y contemplaba embelesado sus lindas facciones, su busto lleno y airoso y su breve pie que asomaba bajo los pliegues de su falda de paño azul. De cuando en cuando ponía la mano en el cuello del potro blanco como para refrenarlo, pero en vez de sujetar la rienda oprimía con disimulo la manecita que la empuñaba.

—¡Te van a ver! decía ella azorada.

El sol naciente iba disipando uno tras uno los jirones de niebla que flotaban sobre el valle, y a poco la meseta central apareció en toda la plenitud de su magnificencia ante los asombrados ojos de los excursionistas.

Con exclamaciones de alegría nombraba Margarita los pueblos que iban surgiendo en las estribaciones de las cordilleras como evocados por la luz de la mañana, y a cada paso se detenían los jinetes para admirar el paisaje cuyo horizonte se iba ensanchando a medida que subían, hasta que lo perdieron de vista al internarse, en una sola fila, por un angosto sendero de la selva.

Después de una hora de penosa marcha se detuvieron en un claro cubierto de yerba a la sazón

blanqueada por la escarcha, cerca del cual corría un riachuelo de aguas limpísimas. Don Rafael bajó de su montura, diciendo:

—Aquí almorzaremos cuando vuelvan ustedes de cazar.

Como la montaña es muy espesa, es preciso dejar los caballos. No tengan cuidado. Fermín conoce bien estos lugares y no hay peligro de extraviarse. Yo me quedaré con las mujeres.

El mandador ató los caballos a los árboles, descargó la mula y echándose al hombro su vieja escopeta de pistón y llamando con un silbido a los perros, se internó en la espesura, abriendo paso con el machete a los dos cazadores que le seguían. Don Rafael y su familia les hicieron mil recomendaciones; luego el anciano fatigado por tres horas de camino, fué a tenderse a la orilla del arroyo, mientras tía y sobrina sacaban de las canastas y alforjas paquetes y más paquetes que iban depositando sobre la yerba.

No había transcurrido media hora cuando oyeron ladridos lejanos y poco después dos disparos.

—Ya encontraron algo—exclamó gozoso don Rafael.

Pasó otra media hora y se repitieron los ladridos, seguidos de una débil detonación; luego por largo rato ni cazadores ni perros volvieron a dar señales de vida.

—¿Les habrá pasado algo? preguntó inquieta Margarita.

—Debe de ser que vienen ya de vuelta y que no traen las manos vacías, dijo don Rafael.

En efecto, a poco resonaron muy cerca los machetazos de Fermín en dirección opuesta a la que habían seguido al internarse, y diez minutos después aparecieron los cazadores lanzando gritos de alegría. El americano traía al hombro un gordo tepezcuinte

y Fermín venía cargado con un cabro de monte que Fernando y él habían tirado.

Opúsose don Rafael a que se desollasen las reses como quería el mandador y le ordenó que las atase sobre la mula para llevarlas como trofeo a la finca.

El almuerzo fué delicioso y entre los delicados fiambres extraídos de las cestas merecieron especiales elogios unos tamales de pollo preparados por las hábiles manos de doña Virginia.

Apurado el café que Margarita había calentado en una cocinilla de alcohol, los dos enamorados fueron a sentarse en uno de los pedrejones que formaban el lecho del arroyo mientras los demás excursionistas formaban grupo aparte, arrodajados sobre la yerba.

Unos graznidos estridentes atrajeron de improviso la atención de todos y especialmente de Fermín, ocupado en aquel momento en acomodar sobre la mula las piezas cobradas.

—¿Qué suena? dijo Margarita.

—Son las *pajuilas*—dijo el campesino—y están ahí no más.

—¿Has de creer que no conozco las *pajuilas*, aunque he vivido tanto tiempo en el campo? dijo Margarita a su novio.

—Pues voy a traerte una, respondió éste levantándose y empuñando su escopeta.

—¡Qué locura! No te dejo ir.

—Es cuestión de diez minutos. Vamos, Fermín.

Y Fermín, que no deseaba otra cosa, ató los perros para que no espantasen las pavas, se echó al hombro su viejo chopo que no habría trocado por la valiosa arma de Mr. Ward, y se metió por la trocha, seguido de Fernando.

Margarita permaneció en su sitio sin tomar parte en la conversación general, pues comprendiendo

que a Fernando le disgustaba que cruzara palabras o miradas con el extranjero, estaba resuelta a no ocasionar a su amado el más leve disgusto.

Era poco más de medio día y el frío arreciaba por momentos, pues la densa neblina que envolvía la montaña no dejaba pasar los rayos solares.

Los caballos con el freno colgado del arzón daban bocados a la yerba que tenían a su alcance. A su lado los dos perros dormían profundamente.

Refería Mr. Ward algunas de sus aventuras cinegéticas en Colombia, que todos, inclusive Margarita, escuchaban con interés, cuando vino a distraerlos un ligero ruido que salía de la maleza a pocos pasos de distancia. Al volverse vieron ante ellos un animal extraño, semejante a un marranillo, el cual se detuvo sorprendido y luego echó a correr con tan mala suerte que quedó enredado en unos bejucos.

—¡Un danto, un dantito cachorro! gritó alborozado don Rafael.

Mr. Ward se levantó de un salto y corrió a apoderarse de la curiosa bestiecilla que forcejaba inútilmente por escapar; pero ésta al sentirse cogida lanzó una especie de silbido al cual respondió un estruendo formidable como el de una tromba que se aproxima: oyóse el estallido de las ramas secas, el crujir de arbustos tronchados y de bejucos que volaban en pedazos; y del bosque salió como un huracán una danta enorme, con los ojos encarnizados y dando furiosos resoplidos.

Este herbívoro, de ordinario tan tímido, es temible cuando defiende su cría; y con la misma facilidad con que se abre camino con su musculoso pecho al través de las más intrincadas selvas, derriba y pisotea al cazador que trata de quitarle sus cachorros.

Margarita, loca de terror, corrió a abrazarse a doña Virginia; don Rafael se puso delante de ellas

para protegerlas con su cuerpo, y Mr. Ward, sin tiempo para coger su escopeta, se llevó rápidamente la mano a la cintura.

La bestia se arrojó sobre él como un rayo; pero el yanqui, esquivando la embestida, le disparó en el cráneo dos balazos con su pistola automática. La danta dió un salto enorme, se paró tambaleándose y cayó pesadamente casi a los pies de don Rafael, mientras el dantito, libre al fin de sus prisiones, se perdía en las profundidades del bosque.

Doña Virginia, pálida pero serena, acudió a socorrer a su sobrina, que se había desmayado; y mientras el señor Montalvo iba a sacar de las alforjas una botella de coñac, Mr. Ward guardó tranquilamente la pistola, llenó un vaso en la cristalina fuente y fué a dárselo a Margarita en el preciso momento en que resonaban a lo lejos dos disparos casi simultáneos.

Un cuarto de hora más tarde, tranquilizada ya la joven, celebraron todos con risas el susto y se pusieron a examinar el extraño animal; y en esta actitud los encontraron todavía Fernando y el mandador, que volvían con sendas pavas.

Detúvose sorprendido el abogado al ver la escena y más aún al advertir señales de llanto en los ojos de su amada; pero don Rafael le puso en breves palabras al corriente de lo sucedido, no sin ponderar la sangre fría del americano y la firmeza de su pulso.

Habrían deseado los cazadores trasladar a la finca el cadáver de la danta; pero habiendo objetado Fermín que la mula no podía ya con tanta carga, acordaron que él se quedase desollando el monstruoso tapir, mientras los demás regresaban a la hacienda.

Llegados a la casa se empeñó don Rafael en

que sus huéspedes tomasen una taza de té antes de volver a la ciudad.

Aceptaron ambos y al levantarse de la mesa dijo Mr. Ward:

—Don Rafael, el jueves 11 de abril habrá en la Sabana un *match* de *foot-ball* entre el *team* josefino y el de Limón, del cual soy capitán. En nombre de mis amigos invito a ustedes a la fiesta y solicito el honor de que esta señorita distribuya las medallas con que la Legación de mi país obsequiará a los vencedores.

Antes que Margarita despegara los labios, su padre se apresuró a contestar:

—Agradezco y acepto desde luego la invitación, así como el inmerecido honor que se hace a mi hija.

Margarita hizo un movimiento de protesta, mirando interrogativamente a su novio; como estaba a su lado, le dijo en voz baja:

—Yo no voy.

—¿Por qué no? dijo él en el mismo tono.

Ella volvió a mirarle fijamente como para adivinar su pensamiento, y al darle la mano para despedirse repitió:

—¿De veras quieres que vaya?

—Está claro: así podré pasar otro día al lado tuyo.

Luego que los dos jóvenes hubieron partido, Margarita permaneció de pie en la galería, contemplando pensativa a los dos apuestos jinetes que entre nubes de polvo bajaban por la cuesta que conduce al pueblo de San Isidro.

BIBLIOTECA NACIONAL
AMERICA CENTRAL
SAN JOSE, COSTA RICA

da fingían un reguero de flores; y un cordón viviente, formado casi en su totalidad de chiquillos, ceñía el campo acotado con banderillas costarricenses y norteamericanas.

A las nueve en punto llegaron don Rafael y su familia en el automóvil que Mr. Ward puso galantemente a su disposición.

La reina de la fiesta estaba deslumbradora: su cuello escultural, ceñido con un cintillo de brillantes, y sus torneados brazos surgían del escotado traje de terciopelo azul como blancos lirios.

Sus ojos más brillantes aún bajo el velo, buscaron ansiosos a Fernando; pero el abogado no llegó hasta el preciso momento en que el silbato anunció el comienzo del juego, y después de saludar a los numerosos amigos que le rodearon, fué a sentarse al lado de Margarita.

Sonó otra vez el silbato, y de las tiendas levantadas en los extremos del campo salieron en formación los jugadores, con banda azul los americanos, y roja los costarricenses.

Constituían los primeros un conjunto magnífico de atletas, mientras que en los segundos se advertía gran disparidad de estaturas, de complexión y aun de color. Mr. Ward, sobre todo, fué objeto de admiración entre los espectadores; en efecto, era preciso remontarse a la estatuaria clásica para encontrar en un modelo humano tan admirable consorcio de vigor y de belleza, tanta elegancia y naturalidad en las actitudes y movimientos

Cada jugador se colocó en su puesto y comenzó la partida.

Desde el primer momento pudo apreciarse la superioridad de los extranjeros por su unidad de acción, su incomparable destreza y su resistencia.

Mr. Ward llevaba tras sí todas las miradas: era la primera vez que jugaba en la capital y por lo

mismo el bando contrario se azoró un tanto al conocer que tenía que habérselas con un adversario formidable.

No duró mucho el primer encuentro: el capitán del *team* americano, empujando delante de sí la pelota y esquivando hábilmente a los que se la disputaban, de un vigoroso puntapié la hizo pasar por el *goal*, entre las estruendosas aclamaciones del público.

En el segundo encuentro desplegaron los rojos toda su pericia y energía; pero fueron vencidos de nuevo y cupo a Mr. Ward el honor de hacer dos *goals* seguidos.

Imposible es describir la animación y entusiasmo de la muchedumbre. Margarita se había puesto de pie, como la mayor parte de los espectadores, y seguía palpitante y con las mejillas encendidas todas las peripecias de la lucha, sin reparar en la expresión severa y desdeñosa del semblante de Fernando.

Combatieron heroicamente los nacionales en el tercer encuentro, aunque con tan mala fortuna como en los anteriores. Aquel demonio de yanqui era invencible: siempre ágil, fuerte, sin dar la menor señal de cansancio, era capaz él solo de hacer frente a todo el bando enemigo. Dispuesto a no dejarse arrebatar por sus compañeros los laureles conquistados, realizó verdaderos prodigios y por cuarta vez hizo llegar la pelota a la meta con la precisión de una granada lanzada por un mortero.

Enmedio de aplausos ensordecedores y frenéticos hurras invadió la multitud el campo de la liza y el vencedor fué llevado en triunfo hasta el palco de la presidencia para recibir el premio.

Al colocarle en el pecho la medalla de oro, tenía Margarita la mano trémula, el rostro algo pálido y los ojos bajos; detalles que no pasaron inadvertidos por Fernando, que la espiaba disimuladamente.

Condecorados ya sus compañeros, dijo Mr. Ward a don Rafael:

—Espero que ustedes y el señor Rodríguez, me dispensarán el honor de pasar un rato en mi casa. El auto está listo.

No hubo más remedio que aceptar, y luego que el yanqui hubo cambiado de traje partieron todos para la suntuosa mansión que había adquirido hacía poco en el Barrio de Otoya.

De camino dijo don Rafael:

—¿No les parece a ustedes curioso que en celebración de la derrota de los americanos el 11 de Abril del 56, hoy los costarricenses se hayan dejado derrotar por ellos?

—Es muy justo—replicó sonriendo Mr. Ward—que después de medio siglo tomemos nosotros el desquite.

—Con una ligera diferencia—observó la maliciosa doña Virginia; que ustedes han derrotado a los *ticos* con balas de cuero, y ellos a ustedes con balas de plomo.

Profunda impresión causó a los invitados la opulenta residencia del americano, decorada con el lujo sólido de los sajones, que consiste en hermanar la belleza con la utilidad, sin recargar las habitaciones con esos objetos, más estorbosos que necesarios, con que la gente cursi pretende hacer alarde de elegancia y de riqueza.

No menos sólido y suntuoso fué el banquete, servido por expertos criados extranjeros y amenizado por una orquesta invisible.

A los postres se suscitó una acalorada discusión sobre las causas determinantes de la derrota sufrida por el *team* josefino, y don Rafael, lastimado en su patriotismo, se esforzó en demostrar que la victoria de los contrarios se debía exclusivamente a su mayor práctica y más cuidadoso adiestramiento.

—Es verdad—repuso gravemente Mr. Ward; sólo que esa preparación data de muy atrás, puesto que es la tradición de la raza.—Consciente de su misión, mi pueblo se ha educado siempre para la vida activa, para luchar con la naturaleza, vencerla y arrancarle los tesoros que ha de aprovechar después la humanidad entera: por eso se preocupa de formar jóvenes sanos, fuertes, intrépidos y emprendedores, al paso que otras razas, inficionadas aún del espíritu oriental difundido en Europa por los árabes, viven en las regiones del ensueño, del misticismo y de la poesía, condenándose fatalmente al suicidio.

Fernando, sintiéndose aludido, replicó con viveza:

—Sin negar que esa educación práctica es el fundamento de la prosperidad de los Estados Unidos, también hay que confesar que es demasiado *terre à terre*, como dicen los franceses, pues olvida que el alma no vive sólo de pan, que necesita satisfacer sus anhelos en más altas regiones.

—¿Y quién dice — arguyó Mr. Word sin poder reprimir un movimiento de impaciencia — que nosotros desdeñamos eso que llama Ud. cultura superior, y que no rendimos culto a las artes? Sólo que nosotros principiamos por el principio: descuajamos los bosques y habitamos en chozas mientras produce el terreno; cuando obtenemos ganancias suficientes, construímos la casa; cuando ya podemos llamarnos ricos, nos rodeamos de comodidades; y finalmente, cuando ya no necesitamos consagrar al trabajo todo nuestro tiempo, distraemos algunas horas para solazarnos con las artes, es decir, con el juego del espíritu. En cambio, en varios países hispanoamericanos que he recorrido y cuyas riquezas naturales son prodigiosas, la juventud rehuye todo lo que supone esfuerzo, mira con repugnancia la agricultura y la industria, y disipa sus mejores años en ocios

literarios, en hacer versos, artículos y discursos, como si el ejército cada vez más numeroso de poetastros y declamadores pudiera contribuir a la prosperidad de la república. Mientras no se aparte a la juventud de la senda de los pasatiempos agradables pero estériles, para llevarla por el áspero camino del trabajo, es inútil pensar en el progreso.

—Supongo que nuestro país le merece un concepto menos desfavorable—dijo don Rafael algo incomodado.

—Le ruego que no tome a mal lo que voy a decir. Aquí no se ha pensado tampoco en reaccionar contra esa educación inadecuada, como reaccionó Alemania al comprender que a pesar de sus filósofos y poetas se iba quedando rezagada; como reaccionó el Japón, adaptándose a la cultura europea a fin de no perecer aplastado.

Visité no ha mucho algunos colegios de esta república y en ninguno ví un modelo de aeroplano, de submarino ni de otras muchas máquinas modernas que nadie debe ignorar; ningún alumno conocía el manganeso ni sus aplicaciones, no obstante que no pasa día sin que se denuncien vetas de dicho mineral; y no recuerdo en cuál de esos establecimientos pasaban los jóvenes todo el año discutiendo la metafísica de Egipto y de Grecia, pero ignoraban los nombres de los grandes químicos, biólogos y astrónomos modernos. Si yo fuera costarricense y periodista, combatiría sin descanso tales absurdos; como extranjero me contento con señalarlos en privado, porque creo que la mayor prueba de cariño que se pueda dar a un amigo o a un país consiste en decirles la verdad. Por eso aplaudo la obra del señor (*por Fernando*), uno de los pocos que no temen propinar medicinas amargas al público, porque saben que con ellas se recobra la salud».

Hablaba el yanqui con desusado calor, como si

le durase todavía la excitación de la lucha y la embriaguez del triunfo.

Escuchábale Fernando con profunda atención, don Rafael visiblemente mortificado, con lo ojos bajos Margarita, y doña Virginia con su eterna sonrisa indefinible.

Comprendiendo el anfitrión que acaso había ido demasiado lejos, se apresuró a paliar su censura con estas palabras:

—Quien ha escrito *Al borde del abismo*, sabrá pintar de mano maestra otros vicios sociales y entonces se pensará seriamente en corregirlos, para bien de esta simpática república. Propongo que tomemos en honor del poeta otra copa de champaña».

Ya en la calle dijo don Rafael a Fernando:

—Cuando vaya a verme el *machito*, voy a darme una agarrada con él para demostrarle que está muy equivocado. ¿Qué te parecen las barbaridades que ha dicho?

Fernando inclinó tristemente la cabeza y murmuró:

—Ha dicho la verdad.

VII

Política

Por aquellos días el horizonte se presentaba—según la consagrada expresión de la prensa—cargado de nubarrones que presagiaban espantosa tormenta. Nada apasiona más a los pueblos de sangre latina que la política, no tanto la que tiene por norte grandes ideales y vitales intereses, como la de campanario, la personalista, ese tejemaneje de

los que buscan en el triunfo de tal o cuál facción su propio medro, la tajada suculenta o por lo menos los mendrugos del banquete.

Las elecciones debían efectuarse en la tercera semana de Abril; pero hacía tres meses que el país estaba en efervescencia, atizada de cònfinuo por la propaganda de los partidos y los frecuentes choques que ocurrían entre uno y otro bando.

El candidato oficial, distinguido jurisconsulto, iba a habérselas con un adversario formidable, también abogado (pues los hombres de toga tienen entre nosotros por derecho divino el monopolio de la administración pública) bajo cuya bandera se había agrupado la mayoría del pueblo y para cuya derrota necesitaba el Gobierno poner en juego todas las artimañas, enjuagues y arbitrariedades usuales en parecidas ocasiones.

En las filas de la oposición militaba Fernando y con él lo más granado de la juventud josefina; y según malas lenguas, esta circunstancia no fué extraña al ruidoso éxito obtenido por su primer ensayo dramático.

Su nombre figuraba entre los redactores de *El Heraldo*—órgano del Partido Progresista—y sus bien meditados y mejor escritos artículos hicieron más en pro de la causa que todos los discursos patrioteros de propagandistas mercenarios.

Era su bufete el cuartel general de los corifeos de la oposición, con lo cual dicho se está que el expedienteo y demás trajines del foro se habían dejado casi por completo en manos de los pasantes que se arrimaban a tan frondoso árbol.

No por eso descuidaba sus visitas semanales a la finca; mas por una feliz coincidencia dispuso don Rafael pasar una corta temporada en la capital para dirigir en persona las reparaciones que proyectaba hacer en su casa solariega, situada en el Barrio de

Amón, proporcionando así al joven la ocasión de ver diariamente a su amada.

Margarita parecía más enamorada que nunca. Temerosa de disgustar a su novio, cuyo carácter celoso se había puesto en evidencia en repetidas ocasiones, salía muy poco, no asistía a los espectáculos y apenas ventaneaba. Mostrábase seria y reservada con los visitantes, particularmente con Mr. Ward, cuya asiduidad desagradaba tanto a Fernando. La presencia del extranjero producía en ella una impresión indefinible, mezcla de cortedad y de temor. Ante aquellos ojos de acero, fríos y escrutadores, que, como ella decía, parecían registrarle hasta el fondo de la conciencia, se sentía cohibida como un delincuente en presencia del juez o como un escolar en la de un maestro severo e inflexible.

Indignábase consigo misma por su falta de entereza y se prometía no dejarse intimidar por las miradas del yanqui en la próxima visita; pero al hallarse enfrente de él desvanecíanse sus propósitos y se sentía acometida de aquella inexplicable turbación. Diríase que su naturaleza débil, voluble y en exceso sensitiva se encontraba bajo la poderosa sugestión de aquel hombre inteligente, audaz y hermoso, para quien no existían obstáculos ni peligros. ¿Había reparado Fernando en tan singular fenómeno? Es imposible que tales cosas pasen inadvertidas para un enamorado; bien a las claras lo demostraban los ridículos celos con que martirizaba a Margarita, cuya actitud interpretaba como indicio de secreta simpatía, quizá de amor, imaginando que la famosa victoria del americano en la Sabana era cómplice en el cambio radical operado en los sentimientos de la impresionable niña.

Esta idea le sacaba de quicio. ¿Sería posible que su adorada y la sociedad entera estimasen en más el triunfo obtenido en un campo de *foot-ball*

que el ganado en las lides del arte? ¿No era evidente signo de barbarie el dar la preeminencia a la fuerza bruta sobre el talento, al músculo sobre el cerebro, a la materia sobre el espíritu?

En sus coloquios con Margarita no desperdiciaba la oportunidad de hacer finas alusiones a lo que él juzgaba pueril pasatiempo, indigno de hombres serios, y al poco sincero entusiasmo con que nuestra juventud adoptaba juegos exóticos, sólo por seguir la moda.

Compartía con él esta opinión el señor Montalvo, parangonando esos deportes inventados para solaz de escolares con la diversión nacional por excelencia —las corridas de toros— en las que campean el arrojo y el desprecio de la muerte, cualidades características de la raza hispana.

Dejábale hablar Fernando sin contradecirle, pues si bien era enemigo de esta sanguinaria diversión, en el fondo de su alma se alegraba de ver que el desdén de don Rafael por el *foot-ball* contribuiría a desvanecer la aureola que desde aquel funesto *match* se había formado en torno del campeón norteamericano.

Entretanto la agitación política había llegado a su colmo, como una caldera sometida a su presión máxima, y todo hacía presentir la aplastante derrota del candidato oficial. En vano el Gobierno apeló al inagotable arsenal de sus recursos para salirse con la suya; llegaron las elecciones de primer grado, y sin que valiesen cohechos, triquiñuelas ni amenazas, fueron favorecidas por una lujosa mayoría las papeletas de la oposición, lo que entre otras cosas significaba para Fernando una diputación segura y un ministerio en ciernes.

Alejado siempre de la política por temperamento y por sistema, don Rafael se esforzó vanamente en calmar el ardor de su joven amigo y en apartarle

de una senda empedrada de sinsabores y peligros. Margarita por su parte movió con el mismo fin y con idéntico mal resultado todos los resortes del corazón y del ingenio y hasta se mostró resentida al ver la ineficacia de sus ruegos. Fernando estaba dispuesto a correr la misma suerte que sus copartidarios y era ya demasiado tarde para retroceder sin mengua de su reputación y de sus compromisos.

Para ganar la partida no le quedó al Gobierno otro camino que dar de mano a los escrúpulos y echarse por el atajo.

Una noche, dos días después del escrutinio, hallándose Fernando en casa de su amada, llegó un vecino con la noticia de que las garantías individuales habían sido suspendidas y que el candidato triunfante así como algunos miembros prominentes de su partido habían sido reducidos a prisión. El portador de la nueva—viejo comerciante que jamás tomaba parte en las contiendas electorales,—había visto por sus propios ojos los cuarteles coronados de soldados y ametralladoras y los piquetes de policía que recorrían las calles practicando arrestos y registros.

Los informes del vecino produjeron gran consternación en los presentes y todas las miradas se dirigieron a Fernando. Este sin inmutarse se puso en pie y se dispuso a partir.

—A dónde vas? preguntó Margarita densamente pálida.

—Sería imprudente salir ahora — objetó doña Virginia: de seguro te andan buscando ya y es mejor que te escondas aquí.

—No, dijo don Rafael, porque de fijo vendrán a registrar esta casa; mejor sería que te fueras ahora mismo a la finca y que permanecieras allá hasta que pase la borrasca. Mira, casualmente tengo un caballo en la herrería de Guadalupe: sales por detrás

de la casa, tomas el camino de San Francisco y en la herrería montas sin que nadie se entere.

—Gracias; en estos momentos no debo esconderme ni ausentarme. Mi puesto está al lado de mis amigos, a quienes habría acompañado en el triunfo y a quienes debo acompañar en la adversidad.

No hay que asustarse, añadió plácidamente al observar la angustia de Margarita: todo se reducirá a un encierro de ocho días mientras se practican entre bayonetas las elecciones de segundo grado. El pueblo aceptará sin chistar el nuevo orden de cosas, como lo ha hecho siempre; cuando el Gobierno se convenza de lo ridículo de ese lujo de precauciones contra gente tan pacífica como nosotros, nos pondrá en libertad, y... santas pascuas.

A los nuevos argumentos con que intentaron disuadirle respondió invariablemente Fernando con la misma negativa; y al salir al corredor, que estaba casi oscuras por haberse quemado la lamparilla eléctrica de la entrada, dijo en voz baja a Margarita, mientras don Rafael salía hasta la acera para inspeccionar la calle:

—Si dispone la suerte que estemos separados por mucho tiempo, ¿pensarás en mí todos los días?

—A todas horas, en todos los instantes — respondió ella.

Entonces él la estrechó apasionadamente contra su pecho, la besó en los ojos y en la boca y se alejó ahogado por la emoción. Don Rafael permaneció en la puerta de la calle hasta que le vió doblar la esquina. Las calles estaban desiertas y las casas herméticamente cerradas; pero ya cerca de la suya dió Fernando de manos a boca con una cuadrilla de polizontes armados hasta los dientes, quienes le condujeron al cuartel y de allí, bien custodiado, a la estación del Atlántico.

Cuando al siguiente día fué del dominio público

el escandaloso proceder del Gobierno, ya los presos habían sido embarcados en el puerto de Limón con rumbo a los Estados Unidos, sin permitirles hablar con nadie y ni siquiera escribir a sus familias.

Irritado don Rafael por la culpable indiferencia con que sus conciudadanos habían presenciado tan flagrante violación del derecho, resolvió regresar a la finca a fines de la semana, no sólo para no «tragar más bilis»—como él decía— sino principalmente para ver si el aire del campo conseguía reanimar el abatido espíritu de Margarita y devolverle la salud, seriamente quebrantada por la pena.

VIII

De lejos

«Negro adorado: Dicen que el corazón nunca se equivoca, y debe ser verdad, porque el mío presintió la última vez que nos vimos que íbamos a estar separados por mucho tiempo. Ah! si la tierra siente ¡qué inmensa debe ser su pena cuando el sol se oculta! Ella tiene el consuelo de pensar que volverá a recibir sus rayos al día siguiente; pero yo no sé cuándo volverá el sol mío para acabar con mi ansiedad y mi tristeza. Mientras estabas aquí, me pasaba la semana entera contando los días que faltaban para el domingo; imagínate qué crueles, qué eternos me parecerán ahora los minutos sin la esperanza de verte! Estamos en *El Higuerón*, porque el médico creyó que en el campo me restablecería, sin comprender que aquí me moriré más pronto, porque en cada lugar de la finca hay un recuerdo tuyo; y al verme sola, donde acostumbrábamos estar

juntos, me pongo a llorar sin remedio. Papá me regaña a veces, procura distraerme con paseos y hasta se ha empeñado en llevarme a bailes y reuniones; mamá Virginia, por el contrario, me consuela hablándome de ti y asegurándome que tu destierro no será muy largo. ¡Cuánto te quiere la viejita! Yo en lugar de ponerme celosa, la quiero más, sólo por eso. ¡Qué tonta soy! Has de creer que muchas noches me despierto sobresaltada, imaginando que me has cambiado por una de esas horribles *machas* de Nueva York?

¡Son tan coquetas y confianzudas! Si ya me olvidaste, no me lo digas, porque haré algo terrible que te serviría de remordimiento toda tu vida. ¡Vieras qué fea estoy! Más que de costumbre; pero tú tienes la culpa. ¿Quién te mandó meterte en enredos de política en vez de estar siempre a mi lado? Escríbeme dos cartas diarias para recibir un paquete en cada correo. Yo te mandaré en las mías todo mi amor, toda mi alma; y si te portas bien, uno... ¿cómo lo diré?... *uno* de los muchos que me diste en el corredor. Tuya—Margarita»

Encerrado en una de las lujosas habitaciones del Hotel Astoria, en el cual estaban alojados también sus tres compañeros de destierro, leyó y releyó Fernando la anterior epístola cuyas líneas rebosantes de pasión resonaban en su alma como una música dulcísima. Con la carta de Margarita recibió también una muy extensa de don Rafael y otra de doña Virginia.

Participábale el primero que ya había cerrado el trato de los terrenos de Nicoya con Mr. Ward, por la suma de setenta mil *dollars* al contado; le comunicaba de manera confidencial que varios amigos influyentes hacían gestiones para obtener la amnistía de los desterrados, y se mostraba indignadísimo con algunas cabecillas de la oposición que con in-

creíble cinismo habían aceptado importantes puestos en el nuevo Gobierno.

Doña Virginia después de algunas bromas alusivas a la situación política, le refería por menudo la vida que la familia hacía en *El Higuerón* y las casi diarias visitas de Mr. Ward, convertido en el *factotum* de don Rafael, a quien tenía medio loco con la instalación de una planta eléctrica en la finca para montar una fábrica de quesos iguales o superiores a los extranjeros y una lechería modelo en que todas las operaciones, inclusive la del ordeño, se harían por medio de máquinas.

No le hizo mucha gracia a Fernando la intrusión del yanqui, como se vió por el mal humor que se apoderó de él todo el día.

En tal disposición de ánimo se encontraba aún cuando el criado le anunció la visita de dos caballeros cuyos nombres impresos en elegantes tarjetas le eran perfectamente desconocidos:

«Henry Wood, *manager of the Otawa Bank*»

«John Sweet, *President of the C. A. Mining Co.*»

Aquellos caballeros le explicaron el motivo de su venida, diciéndole que ese mismo día habían recibido sendas cartas de su común amigo Thomas Ward en las cuales les recomendaba que averiguaran en el Consulado de Costa Rica el paradero de don Fernando Rodríguez para ponerse a su disposición, allanarle cualquier dificultad que se le presentase, relacionarle en Nueva York y tratar de hacerle agradable su estada en la metrópoli.

No obstante la instintiva antipatía que le inspiraba Mr. Ward, no pudo menos Fernando que agradecer profundamente tan delicada atención y así se lo manifestó en una carta que le escribió al siguiente día; pero en las que dirigió a la familia Moltalvo no mencionó siquiera el asunto.

Casi nunca tomaba parte en las excursiones y viajatas con que el candidato y los otros dos expatriados distraían sus ocios; pero sus nuevos conocidos le sacaron de su retraimiento y le llevaron de ceca en meca por todos los rincones de la gran ciudad.

Nueva York no le agradaba. Sin dejar de reconocer su prodigioso movimiento comercial, la grandiosidad de sus edificios, la perfección de los servicios públicos y sus admirables condiciones urbanas, echaba de menos en ella las reliquias históricas, esas páginas de piedra que en las ciudades europeas dejaron escritas los pasados siglos: y más que todo advertía la ausencia de algo indefinible que había respirado en el ambiente de París, de Roma, de Madrid y de Bruselas, algo que se exhala de las cosas, de las personas, de su lenguaje, y que no es otra cosa que el espíritu de la raza.

Con sus bloques de casas dispuestas geométricamente como los escaques de un tablero de ajedrez, Nueva York le parecía una gran fábrica desprovista de atractivos para un soñador como él; las mujeres le causaban la impresión de hombres disfrazados, y los hombres la de guarismos ambulantes. Llevaba sus prejuicios hasta afirmar que allí todas las conversaciones versaban sobre números, cotizaciones de bolsa y operaciones de banca y que las visitas no tenían otro objeto que el de realizar algún negocio o enterarse de los precios del mercado.

Lo único que mitigaba su mal humor y su nostalgia era la esperanza de que viniese de un momento a otro el permiso de regresar a la patria; pero había pasado Mayo y Junio se acercaba ya a su término sin que el Gobierno se decidiese a publicar el decreto de amnistía. Había una razón poderosa para no darlo y Fernando se enteró de ella por

cartas enviadas sigilosamente por algunos de sus amigos; era que si bien el estado mayor de la oposición había claudicado, pasándose al enemigo con armas y bagajes, el pueblo—más altivo y menos pervertido—seguía protestando aunque sin fruto contra el brutal golpe de estado, no obstante las medidas represivas que se dictaron. Por consiguiente, en tales condiciones la presencia de los cabecillas desterrados podía convertirse en la chispa que produce el incendio.

A menudo recibía Fernando cartas de su amada y más de tarde en tarde algunas de los padres de ésta; pero gradualmente las primeras iban siendo menos frecuentes y largas, y a Fernando se le antojaban cada vez más frías, como escritas por mera fórmula.

Contóle Margarita que varias amigas—aconsejadas sin duda por don Rafael—iban todos los domingos a la finca, en donde con el propósito de distraerla improvisaban bailes y conciertos en los cuales se había visto obligada a tomar parte. Refirióle también que Mr. Ward iba a obsequiar el 4 de Julio a la sociedad con una suntuosa fiesta a la cual ella no pensaba asistir.

Por conducto de doña Virginia supo Fernando que la *Weaving Co.*, de la cual era fundador Mr. Ward, había comenzado ya los trabajos agrícolas en los terrenos de Nicoya comprados a don Rafael y que se prometía ver funcionando los telares antes de un año.

En Agosto ocurrió un hecho insólito que produjo una ansiedad indescriptible en el ánimo de Fernando, y fué que en todo el mes no volvió a recibir carta alguna de su novia ni de sus padres. ¿Habría ocurrido alguna desgracia en la familia? No era creíble, porque se habrían apresurado a comunicárselo. ¿Interceptaría el Gobierno la correspon-

dencia? Tampoco, porque los emigrados recibían cartas de sus amigos.

A fuerza de cavilar ocurriósele a Fernando una explicación verosimil, que le llenó de alegría. ¿No sería que por consejo de los médicos había resuelto don Rafael hacer con su familia un viaje a los Estados Unidos, sin avisárselo para darle una sorpresa?

¡Ay! cuán poco duró la ilusión que reanimó su espíritu! El 15 de Setiembre, encontró en el vestíbulo del hotel al candidato, quien todo alborozado y con grandes aspavientos le mostró el cablegrama en que el Gobierno de Costa Rica le anunciaba la publicación del decreto de amnistía. Pero dos días después, cuando estaba haciendo Fernando sus preparativos de viaje, recibió una carta de doña Virginia y al leerla quedó anonadado, como herido por un rayo. Decía así:

> «Fernando, amigo mío: He vacilado mucho antes de escribirte, pero el cariño que te profeso me obliga a hacerlo. Dicen que el 15 de Setiembre permitirá el Gobierno que regresen ustedes. Cuando llegues a Limón avísame por telégrafo para ir a encontrarte a San José; entonces sabrás qué desgracia tan horrible ha caído sobre nosotros. ¡Cuánto mejor sería que no volvieras! Yo soy vieja, estoy enferma y no resistiré este golpe; pero tú eres joven, animoso, y Dios te dará resignación. Él tenga piedad de nosotros»!

IX

Expansionismo yanqui

Para convertirse en el héroe del dia y ver su nombre de boca en boca entre signos de admiración, le basta en San José a cualquier extranjero vestir con elegancia, armar algún escándalo y, sobre todo, gastar a bolsillo abierto; la prensa entonces le consagra diarias gacetillas, una nube de lechuginos solicita su amistad, las familias más aristocráticas se lo disputan en las reuniones, y si por añadidura es joven y no mal parecido, no faltan dos o tres señoritas que le sonrían amablemente y se esponjen de satisfacción al merecerle una mirada.

Resulta no pocas veces que el mimado forastero es un famoso criminal o un caballero de industria que el día menos pensado se ausenta del país después de hacer una de las suyas; pero los repetidos chascos no curan de su manía extranjeril a los josefinos, ni de su injusto menosprecio por las cosas y personas de la tierra.

No hubo nunca en la capital un personaje más popular y admirado que Thomas Ward desde el día en que conquistó el campeonato de *foot-ball* en la Sabana. Pronto fué del dominio público que era soltero y riquísimo; que había comprado el mejor *chalet* del Barrio de Otoya y alhajádolo con lujo oriental, que iba a inaugurar grandes empresas con el fin de hacer afluir al país verdaderos ríos de oro, y por último, que este precioso metal se escurría por entre sus dedos como si fuera líquido.

No se necesitaba tanto para trastornar el juicio a la sociedad capitalina, y ya al simpático *machito* le faltaba tiempo para corresponder a las invitaciones,

asistir a las fiestas que le dedicaban, recibir las visitas y espantar la nube de solicitantes y pedigüeños que le asediaban, atraídos unos por la esperanza de obtener plazas en las futuras fábricas, los más por la de recoger una dorada migaja de las muchas que se desprendían de aquella bolsa siempre abierta.

Hasta el Ministro de Hacienda—con quien había celebrado dos o tres entrevistas para el arreglo de un empréstito — contribuyó a extender la fama del americano, ponderando su inteligencia, su pericia en los negocios y más que todo la forma expedita que empleaba para resolverlos.

El renombre de *Thómas*, como le llamaban familiarmente las bellas señoritas josefinas, se extendió por todos los rincones de la república, y arribó naturalmente hasta *El Higuerón* por boca de las amigas que iban allí cada domingo, más por el aliciente de pasar un día de campo en la preciosa quinta, que por distraer a Margarita, como cándidamente se imaginaba don Rafael. Hablaban del americano con tal entusiasmo, que ésta experimentó el placer de la vanidad satisfecha cuando les hizo saber que Mr. Ward era uno de los íntimos de la casa y solía pasar allí días enteros. La noticia tuvo como consecuencia inmediata el que menudeasen las visitas y se organizasen en *El Higuerón* bailes semanales y conciertos endonde pudo el héroe lucir nuevas y sorprendentes habilidades, pues no sólo sobresalía en las danzas de su país, a la sazón de moda en todas las repúblicas que más protestan de la influencia yanqui, sino que por añadidura poseía agradable y bien cultivada voz de baritono.

Con la señorita Montalvo era obsequioso y solícito, sin hacerse jamás pesado o impertinente; pronto a satisfacer sus menores caprichos, procedía siempre con tal discreción y delicadeza, que la antojadiza niña no podía menos de aceptar conmovida sus fi-

nezas. De este modo, respirando insensiblemente la atmósfera de admiración que circundaba al popular *machito*, acabó por sentir hacia él sincero cariño.

A fin de celebrar dignamente el 4 de Julio, aniversario de la independencia de su patria, dispuso Mr. Ward dar un gran baile en su casa de habitación, endonde estaban las oficinas del consulado, ya que no era posible celebrarlo en la Legación por un luto reciente del señor Ministro.

¡Ah! si Fernando hubiera podido presenciar los preparativos que para esa fiesta hacía la flamante aristocracia josefina, se habría convencido de la inutilidad de su campaña y de que la tan decantada acción moralizadora del teatro no pasa de ser una invención de los retóricos. Los almacenes y tiendas de trapos no se vaciaban ni un instante y los dependientes no se daban punto de reposo mostrando a las exigentes parroquianas las sedas de moda, las cintas, encajes y demás arrequives con que la indumentaria realza la belleza o atenúa la fealdad.

¡Qué de apuros, sacrificios y aún sonrojos suponen los preparativos de un baile de tantas campanillas! Empleado hubo que para comprarse el traje de etiqueta vendió por adelantado los sueldos de un semestre; y padre de familia que hipotecó su casa para que sus hijas fuesen tan bien puestas como las más ricas herederas.

La fiesta prometía ser de las más sonadas, cuanto más que todo el mundo oficial había sido invitado a ella, pues Mr. Ward se había encargado interinamente del consulado de los Estados Unidos.

Su residencia, la más espaciosa y elegante del Barrio Otoya, estaba situada en el centro de un gran cuadro de césped afelpado como una alfombra, alrededor del cual se extendían hasta la bronceada verja exterior, las policromas plantas del jardín, todas de

poca altura a fin de que se pudiese apreciar desde la calle la belleza arquitectónica del conjunto.

Detrás del edificio se dilataba a manera de telón de fondo una arboleda con callejuelas de mosaico guarnecidas de bancos de estuco y de cenadores rústicos.

La noche del 4 de Julio los transeuntes se detenían asombrados delante de la opulenta mansión, resplandeciente como un montón de piedras preciosas heridas por los rayos solares. Sobre el pórtico de granito rosado mil bombillas eléctricas de colores imitaban las banderas enlazadas de Costa Rica y los Estados Unidos; de la casa irradiaban hacia la verja largos cordones de faroles chinescos de extraña forma, y la arboleda con sus fanales de color celeste parecía un paisaje arrancado del mundo del ensueño.

En el piso bajo de la casa estaban los comedores arreglados con suprema elegancia; y en el principal, el amplio salón de baile, las salitas de juego, las colecciones de arte y de antigüedades indígenas, todo dispuesto con ese orden, buen gusto y magnificencia, que son producto de la cultura asociada con la riqueza.

Mr. Ward había ido expresamente a invitar a don Rafael y su familia; pero el anciano y su hermana estaban con influenza y además eran poco amigos de los bailes de etiqueta, que en opinión de ambos se habían inventado más para lucir los trajes que para divertirse.

Fueron, sin embargo, tantas las instancias del extranjero, que el señor Montalvo consintió en que su hija asistiera a la fiesta en compañía de las señoritas Valdés, las mismas que estuvieron con ella en el palco la noche del estreno. La joven resistió débilmente al principio; mas a su edad no es fácil vencer tentaciones de esta especie, máxime cuando las aviva la secreta vanidad de verse obsequiada en

público por el hombre de moda a quien las más bellas tendían inútilmente el anzuelo de sus miradas.

Cuando del brazo del americano hizo Margarita su entrada en el salón de baile, fué acogida con un murmullo de admiración por toda la concurrencia. Estaba realmente encantadora con su traje blanco, de corte perfecto y sobriamente adornado, y no lucía más joyas que una horquilla de brillantes que sujetaba su opulenta cabellera. Su belleza, realzada por la sencillez, se llevó tras sí todas las miradas; pero cuando la orquesta tocó el primer vals después de los himnos de las dos naciones amigas, los murmullos se convirtieron en alabanzas y los presentes se decían que jamás habían visto pareja más gallarda ni que bailase mejor.

No parecía darse cuenta Mr. Ward de lo que pasaba en torno suyo; no así Margarita, quien se sentía envidiada por el elemento femenino y admirada por el masculino, cuyas lisonjas recogía al pasar.

Al volver a su asiento llovieron sobre ella los piropos, y una solterona que estaba a su lado exclamó:

—¡Jesús! Qué pareja tan perfecta! Como nacidos el uno para el otro! Yo me estaría toda la noche viéndolos bailar juntos.

Margarita bajó los ojos ruborizada, mientras el yanqui le pedía permiso para adjudicarse los mejores números de su *carnet*.

Varias veces volvieron a bailar juntos antes de la cena y a cada nuevo baile creció la admiración de los concurrentes, muchos de los cuales prefirieron hacerles rueda y dejarles espacio suficiente para lucir su gentileza.

Margarita experimentaba una embriaguez inexplicable y se deslizaba sobre la mullida alfombra con los ojos entornados, palpitante y febril bajo la

presión de aquel brazo robusto que parecía arrastrarla vertiginosamente al través del espacio. Las palabras del extranjero acariciaban sus oídos intimidándola, como si su voluntad se desmoronase poco a poco bajo la sugestión de su voz dulcemente imperativa.

En el tocador sus amigas la colmaron de parabienes acaso no muy sinceros, y Luisa Valdés le dió aparte algunas bromas sobre su nueva conquista, sin hacer caso de las protestas de Margarita.

Tan evidente era, a juicio de Luisa, el súbito enamoramiento del americano, que Alicia Martínez, rubia hermosísima que según los decires callejeros bebía los vientos por él, se había retirado del baile pretextando una indisposición.

En el comedor había dispuesta una mesa aparte para el anfitrión, el Ministro de Hacienda, Margarita y la familia Valdés. Durante la cena comentó discretamente el Ministro la gran noticia del día, el protectorado norteamericano en Nicaragua, que la prensa daba como hecho consumado.

—En la América Latina—dijo Mr. Ward—se cree que mi país está ávido de conquistas. Nada menos cierto: queremos estar en buenas relaciones con estas repúblicas, pero no podemos permanecer indiferentes, cuando se destrozan en luchas intestinas provocadas por la ambición o la codicia, o cuando en ellas no hay garantías para nacionales ni extranjeros.

—De manera—dijo Luisa Valdés—que si a los costarricenses se les ocurre meterse en revoluciones ¿correrán la misma suerte de sus vecinos?

—No puedo asegurarlo como cónsul interino—dijo sonriendo Mr. Ward; pero si de mí dependiese, declararía en tal caso, no el protectorado, sino la anexión.

—Usted!

—Sí, para poder llamarme costarricense sin dejar de ser americano.

Luisa dirigió una significativa mirada a Margarita y luego levantándose dijo:

—Mientras concluyan de cenar los demás ¿por qué no damos un paseo por la arboleda? Aquello está divino.

La proposición fué aceptada, y la traviesa muchacha encabezó el desfile, acompañada de su novio, que se había acercado a saludarla.

Además de los grandes fanales azules colocados de trecho en trecho en la arboleda, centenares de lamparillas del mismo color escondidas como luciérnagas entre el follaje, esparcían una claridad tan suave, tan etérea, que aquel paraje convidaba más a hablar de poéticos ensueños que de cosas terrenales.

Sentóse el yanqui con Margarita en un banco y ambos conversaron con el tono confidencial de dos personas que después de verse con indiferencia, al tratarse por primera vez se sienten atraídas por mutua y poderosa simpatía. Sin duda la excitación del baile, la belleza del lugar y más que todo los elogios de la concurrencia habían estrechado la distancia que separaba aquellos dos corazones. Habló él de sus viajes, de sus luchas, de su vida sin afectos, pues no tenía más parientes que dos hermanos casados que residían uno en San Francisco y otro en el Canadá. Escuchábale ella embelesada y una profunda ternura iba invadiendo su espíritu a medida que se desarrollaba ante sus ojos el cuadro de aquella existencia al parecer tan feliz y en el fondo tan solitaria y melancólica.

—Triste es la vida sin cariño, decía Mr. Ward; pero mil veces más doloroso es tener delante de sí la felicidad sin poder alcanzarla, vivir sin estrechar

una mano amante, morir sin que nadie vierta una lágrima por nosotros.

—Oh! no diga Ud. eso — exclamó Margarita sin poder contenerse.

—Oiga Ud., Margarita—repuso él con voz queda, pero vibrante de emoción. Yo nunca supe lo que es amor hasta que vine a Costa Rica; pero ese amor mío es tan imposible, tan sin esperanza, que estoy resuelto a irme lejos, muy lejos, a algún lugar mortífero endonde termine más pronto mi desventura. ¿Verdad que debo irme?... Verdad?

Desde el salón llegaban hasta ellos los acordes de una música voluptuosa. El americano miró fijamente a su compañera y su mano colocada sobre el respaldo del banco se acercó hasta tocar la de ésta, de la cual se apoderó suavemente sin encontrar resistencia.

—Irse! Y por qué? — murmuró ella inclinando la frente.

—¡Y Ud. me pregunta por qué!.... Ud.!

Margarita retiró bruscamente la mano. Luisa Valdés, del brazo de su novio y seguida de otras parejas, se aproximó exclamando:

—Señores, la orquesta toca a bailar. ¡Ah! Mr. Ward! esta arboleda es un encanto, un trastorno, es el paraíso! ¿Verdad que no dan ganas de irse de aquí?—y al decir esto hizo un guiño malicioso a su amiga.

A las tres de la madrugada terminó la fiesta, y Mr. Ward condujo en su automóvil a la familia Valdés y a Margarita hasta su casa. Sentado al lado de ésta, casi no despegó los labios en el camino; pero sus ojos clavados obstinadamente en el rostro de su compañera veían de cuando en cuando—en la semioscuridad del carruaje—relampaguear otros ojos que enseguida se entornaban tímidamente, a la vez que

sentía estrecharse contra su cuerpo otro cuerpo tibio y adorable.

Al levantarse al día siguiente tenía Margarita los párpados enrojecidos como si hubiera llorado toda la noche.

BIBLIOTECA NACIONAL AMERICA CENTRAL SAN JOSE, COSTA RICA

X

Al pie del Arbol

Por más que cavilaba doña Virginia, aguzando el ingenio que Dios le diera, no acertaba a explicarse la mudanza operada en su sobrina en los días que siguieron al de la regia fiesta en el consulado americano. Margarita, de ordinario tan melancólica y huraña desde el destierro de su novio, se sentaba ahora al piano con más frecuencia, paseaba por la finca a pie o a caballo y gustaba de las visitas que antes la importunaban. Lo más raro era que a veces después de un rato de expansión, se ponía triste de repente, como el que aturdiéndose en los placeres para olvidar una falta, siente después más vivo el aguijón del remordimiento.

Otro síntoma que traía alarmada a la buena señora era que la joven no pasaba como antes largas horas hablando con ella del ausente ni mostraba el mismo desasosiego cuando tardaba la correspondencia.

¿Había ocurrido, pues, algún «cambio de frente» o era que la prolongada separación había amortiguado el antiguo afecto?

Conociendo a su sobrina mejor que nadie, sabía que era inútil empeñarse en sacarle palabra a menos que ella se resolviera a espontanearse, llevada de su temperamento arrebatado y voluble. Lo más

prudente era observarla cuando estuviese en presencia de extraños o sonsacar algo a las amigas que acudían allí los domingos.

Por desgracia, antes de poder ejecutar su plan de espionaje, una seria bronquitis la obligó a tomar cama. El tiempo se había tornado desapacible y húmedo; incesantes jirones de niebla impelidos por el viento envolvían la casa o se tendían por los potreros, colgando de la hierba millones de gotitas finísimas; el ganado suelto venía voluntariamente a refugiarse en los establos, y los peones tiritaban de frío.

A Mr. Ward no se le volvió a ver en *El Higuerón* hasta cinco días después del baile, lo que contrarió grandemente a don Rafael, por cuanto el americano le había prometido dirigir la instalación de una planta eléctrica para el alumbrado y otros menesteres de la finca, aprovechando una catarata que había en las inmediaciones.

Al fin llegó a caballo, envuelto en su impermeable, manifestando que el motivo principal de su visita era enterarse de la salud de doña Virginia, cuya enfermedad había sabido por conducto del criado que fué a buscar las medicinas; y luego el arreglo de ciertas dificultades que le habían presentado en el Registro de la Propiedad para inscribir la escritura de los terrenos comprados al señor Montalvo. Traía además, los planos y presupuestos de la planta eléctrica, noticia que don Rafael recibió con verdadero júbilo.

—Pues ahora — dijo el anciano — no se me va Ud. hasta que deje en camino los trabajos. No valen pretextos; pasará Ud. unos días muy aburrido, pero hay que hacer algún sacrificio por los amigos.

En aquel momento se presentó Margarita, que venía del cuarto de doña Virginia.

Si su padre no hubiera estado tan absorto en el examen de los planos que el yanqui acababa de en-

tregarle, no habría dejado de fijarse en la extraordinaria turbación con que los dos jóvenes se saludaron. Sentáronse los tres en la galería y después de un rato de conversación dijo don Rafael a Margarita:

—Dile al criado que arregle un cuarto para Mr. Ward, pues vá a quedarse con nosotros unos días.

—No se moleste Ud.—dijo éste dirigiéndose a la joven, que le miró sorprendida; tengo mucho que hacer en San José y debo regresar hoy mismo.

—Con ese tiempo! Imposible. Por lo menos se quedará Ud. hasta mañana, aunque se fastidie.

—Fastidiarme yo en esta casa! ¿Cómo puede Ud., pensarlo, don Rafael? Pero....

—Pues entonces no hay pero que valga.

Mr. Ward volvió a mirar a Margarita, y ésta sin decir palabra fué a cumplir la orden de su padre.

A mediodía pasó el americano casi una hora haciendo compañía a doña Virginia y distrayéndola con graciosas anécdotas; y luego le preparó con sus propias manos y la hizo tomar un *grog* que en su tierra se consideraba infalible para las afecciones de las vías respiratorias.

Habiéndose despejado el cielo al caer la tarde, fueron los dos hombres a charlar un rato en el jardín y allí salió a relucir la cuestión del protectorado norteamericano en Nicaragua, del cual se había enterado don Rafael por los periódicos. Fácil es imaginar la acritud con que el anciano censuraría la intervención de la Gran República, si se tiene en cuenta el acendrado patriotismo, o *chauvinismo* como le llamaba Mr. Ward, con que rechazaba cuanto fuese en detrimento de la integridad o de la buena reputación de las naciones de sangre española.

Era aquella la *agarrada* que había prometido a Fernando al salir de la comida con que los obsequió Mr. Ward el día de su triunfo en la Sabana; pero

con gran sorpresa suya, el yanqui desaprobó la política imperialista de su gobierno.

—Mi carácter oficial, que por fortuna no ha de durar mucho—replicó sonriendo—me veda publicar mis opiniones; pero aquí en el seno de la amistad declaro que mi país comete un grave error al imponer por la fuerza su tutela a estas repúblicas, porque las hiere en sus sentimientos más íntimos y siembra la desconfianza en el resto de América. ¡Cuánto más cuerdo sería ayudarlas a mejorar sus condiciones políticas, morales y económicas, dándoles así motivo para estimarnos, no para aborrecernos!

—Lo mejer es—replicó don Rafael—que nos dejen arreglar solitos nuestros asuntos: que más sabe el loco en su casa...

—Y no han disfrutado ustedes un siglo de vida independiente—unos cuantos años menos que nosotros—y acaso han podido arreglar sus asuntos? Por el contrario, desde allá hemos podido contemplar con tristeza incesantes convulsiones, frecuentes violaciones de la ley, guerras civiles....

—Una cosa son los ambiciosos políticos—le interrumpió don Rafael—esa plaga fatal de Centro América, y otra los pueblos inocentes y laboriosos a quienes explotan y corrompen.

—Cierto; pero si los ciudadanos instruídos, es decir, lo que yo llamo verdadero pueblo, sacudiendo su egoísmo y apatía pidiera estrecha cuenta a los transgresores, estoy seguro de que cesarían los abusos, porque hasta los falderillos se hacen respetar cuando enseñan los dientes. Desengáñese Ud., don Rafael: la mayor parte de las antiguas colonias españolas no estaban preparadas para la vida republicana cuando se emanciparon, ni desde entonces se han preocupado de educarse prácticamente en la libertad ni en el ejercicio de sus derechos.

Tres años hace que estudio a este pueblo, co-

mo acostumbro hacerlo endondequiera que resido, y he tenido la paciencia de leerme casi todas las colecciones de periódicos nacionales. Pues bien, en *La Gaceta* hay muchas páginas que yo arrancaría si fuera costarricense. Por ejemplo: hubo una época en que se ponían y quitaban presidentes con la misma facilidad con que se releva un centinela: y a cada nuevo mandatario, nuevo chaparrón de serviles felicitaciones. Las municipalidades malgastaban sus escasos fondos en banquetes para los gobernantes y hasta los niños de las escuelas iban a recitarles poesías que avergüenzan.

—Pero ¿no ve Ud. que lo hacían obligados por las autoridades, bajo una dictadura militar? Ahora no ocurre lo mismo.

—Quizás no. De todos modos, el cuadro no es más consolador, como dije a Ud. el otro día. El pueblo entregado desenfrenadamente a la bebida: el campesino abandonando poco a poco sus hábitos de trabajo y solicitando plazas en la policía o en los cuarteles; la república convertida en una inmensa oficina.... Hasta el instinto de conservación está a punto de perderse.... Verá Ud., añadió Mr. Ward al ver que don Rafael hacía un movimiento de protesta: un médico compatriota mío, consagrado aquí a combatir la anquilostomiasis, pide al Gobierno, en un informe publicado en el *Diario Oficial*, que dicte una ley para obligar al pueblo a curarse, porque centenares de enfermos se niegan a ello!

—Bueno—exclamó ya fuera de sí el señor Montalvo: y ¿con qué derecho pretenden los extraños imponernos su voluntad y corregir nuestros defectos?

—Nos guía sólo el deber de humanidad. No creo ni deseo que mi país intente absorber a los latinos; pero el día que se le antojara hacerlo, no hallaría grandes obstáculos, porque ellos mismos le han allanado el camino.

¿Por ventura no han adoptado ustedes con entusiasmo los trajes, las costumbres, los bailes y hasta los juegos de los Estados Unidos? Los jóvenes van allá a hacer sus estudios profesionales; las señoritas imitan el andar algo hombruno y la despreocupación de mis paisanas; la cuarta plana de los diarios se publica en inglés y este idioma se cultiva en los colegios más que la lengua materna. No somos nosotros quienes queremos hacerlos yanquis; son ustedes los que se empeñan en dejar de ser costarricenses.

La discusión iba a agriarse aún más cuando vino a interrumpirla oportunamente la presencia de Margarita, que venía a recordar a su padre que los peones le aguardaban en la casa para recibir el jornal de la semana. El anciano se alejó cabizbajo y casi lloroso, y los dos jóvenes quedaron solos.

Margarita de pie, turbada y con los ojos fijos en el suelo, no hacía sin embargo, ademán de retirarse. Mr. Ward la dijo dulcemente:

—¿No se sienta Ud.?

Ella obedeció sin mirarle y por un instante interrumpieron el silencio solamente los pitidos y aleteos de los mil pajarillos que en las ramas del higuerón aprovechaban la postrera claridad del crepúsculo.

Luego el americano se aproximó a la joven e inclinando hacia ella la cabeza como para obligarla a levantar hacia él las pupilas, murmuró:

—Margarita, la noche del baile, la más feliz de mi vida, dije a Ud. que pensaba marcharme para siempre y Ud. me preguntó: «por qué»? Ahora que conoce Ud. el motivo, le ruego que conteste a mi pregunta: ¿debo irme?

Ella continuaba con los ojos bajos, sonrojada, y su hermoso pecho palpitaba violentamente bajo la blusa de seda azul.

—¿Debo irme? repitió él con vehemencia.

—No—murmuró ella con voz apenas perceptible.

—Margarita!—exclamó Mr. Ward con el rostro radiante: piense Ud. lo que esa palabra significa para Ud.... para mí! Repítalo: ¿debo irme?

—No, dijo ella cubriéndose la cara con las manos. El se apoderó de ellas y las retiró con suavidad, acercándose aún más; pero Margarita se puso de pie y mirándole con expresión suplicante, dijo:

—Entremos ya, que es de noche.

———

Pocos días permaneció Mr. Ward en *El Higuerón*, suficientes, sin embargo, para dejar caminando los trabajos de la planta eléctrica, como deseaba el propietario.

El mal tiempo había continuado: llovía a torrentes, sobre todo después de mediodía, y ni una sola tarde pudo ir don Rafael a solazarse al pie del árbol favorito: antes bien, ya fuese por efecto de la humedad, ya por achaque natural de los años, comenzó a quejarse de dolores reumáticos en la pierna y en el brazo derechos. Por esto y porque doña Virginia continuaba mal de la bronquitis, el médico aconsejó a la familia que se trasladase a la capital, endonde a la sazón era menos riguroso el clima y endonde los enfermos tendrían más a mano los auxilios de la ciencia.

Resistióse al principio don Rafael; pero como Mr. Ward le prometió ir a caballo por las mañanas para vigilar las obras emprendidas y como la productiva lechería podía quedar al cuidado del integérrimo Fermín, el señor Montalvo se resignó a seguir la prescripción del facultativo y una mañana se metió con su familia en un cómodo carretón de resortes, único vehículo posible en aquellos barrizales, y seis horas más tarde se apeaba algo maltrecho en su espaciosa casa de la capital.

El cambio fué beneficioso para los enfermos, si

bien el uno habituado a la vida activa del campo se aburría entre cuatro paredes, y la otra echaba de menos sus flores, sus gallinas y su pajarera.

En cuanto a Margarita, una nueva transformación se había operado en su carácter: habíase vuelto más reservada y ya no se entregaba a los extremos de alegría o de tristeza que tanto preocuparon a doña Virginia.

A menudo salía sola o acompañada de sus amigas y parecía haber cobrado profunda aversión a la lectura; además, nunca se la veía escribir, y a una observación de doña Virginia sobre el olvido en que tenía a Fernando, contestó con sequedad:

—Cómo quiere Ud. que conteste cartas que no recibo?

No una, sino tres habían llegado a sus manos últimamente; pero la extraña criatura se había guardado bien de contárselo a nadie.

Desde el primer momento las sospechas de la tía recayeron en el americano. Para que Margarita cambiase de ese modo era preciso que un nuevo amor hubiese borrado en su corazón las huellas del antiguo; ahora bien, ningún mozo, con excepción de Mr. Ward, frecuentaba la casa; ninguno paseaba la calle.... El yanqui venía a menudo, pero pasaba casi todo el rato conversando con don Rafael, sin dirigir a Margarita más que algunas frases; y por más que doña Virginia extremó su vigilancia no pudo descubrir indicio alguno que confirmara sus recelos. Dos o tres veces le pareció que Mr. Ward cruzaba con su sobrina ciertas miradas de inteligencia, y aún en una ocasión se figuró ver que la deslizaba algo en la mano al despedirse; pero era tan perfecta la serenidad de la joven y tan marcada la indiferencia con que recibía al extranjero, que la suspicaz tía se convenció al cabo de que la culpa de todo la tenían aquellas cartas de Nueva York que no llegaban nunca.

XI

Sub umbra

A medida que transcurrían los días, iba en aumento la estimación de don Rafael por Thomas Ward, estimación que se convirtió muy pronto en admiración y gratitud sinceras.

Aquel mozo inteligente y enérgico, que todo lo sabía, que a todo se atrevía, que acometía arriesgadas empresas más para poner en ejercicio su incansable actividad que por aumentar sus ya muy considerables rentas, acabó por ser el hombre indispensable de la casa. Gracias a él se habían casi triplicado los productos de la hacienda, como si por ella hubiese pasado un soplo vivificante: los higiénicos establos construídos bajo su dirección habían disminuído las enfermedades del ganado, los jornaleros trabajaban con más tesón y hasta el bueno de Fermín obedecía con más prontitud sus órdenes que las del amo.

Lo más extraordinario era que a Mr. Ward le sobraba tiempo para todo: sin descuidar la instalación de la planta eléctrica ni las demás mejoras que se había ofrecido a ejecutar en la finca, atendía a sus asuntos particulares y fué dos veces a Nicoya, en tren y vapor expresos, a disponer la roza y siembra de los terrenos comprados al señor Montalvo.

La familia entera se hallaba bajo la poderosa sugestión del forastero: hasta doña Virginia, que al principio no hacía muy buenas migas con él, capituló al fin vencida por la afabilidad y llaneza de su trato, no menos que por el recuerdo de las aten-

ciones que de él recibió durante su enfermedad en la finca.

No vaya a suponerse por esto que don Rafael y su hermana habían echado en olvido a Fernando: a menudo hablaban de él con cariño y habían recibido con júbilo la noticia de que el Gobierno pensaba decretar general amnistía para los reos políticos el 15 de Setiembre.

A decir verdad, don Rafael nunca había creído en la formalidad del noviazgo de su hija con Fernando Rodríguez, tanto porque conocía el carácter veleidoso de ella, como porque la circunspección y aparente frialdad del joven abogado parecían mantenerse en el límite que separa a la amistad del amor verdadero. No le habría desagradado aquella unión y a ojos cerrados habría consentido en ella, caso de formalizarse; pero allá en su fuero interno no se sentía muy dispuesto a apoyar esa candidatura en caso de que se presentara un competidor de la talla de aquel hombre ideal que manejaba sus negocios con tanta pericia.

Por eso, aunque algo se le traslucía de las mudanzas de Margarita, no les atribuyó importancia alguna ni tampoco a las observaciónes recogidas por doña Virginia.

Preocupóse, sí, a fines de Agosto cuando su hermana le hizo notar que la salud de la joven desmejoraba visiblemente, pues estaba sin apetito, descolorida y melancólica, casi siempre encerrada en su cuarto. La única persona con quien se mostraba expansiva era con Luisa Valdés, su amiga íntima, que venía casi siempre por las tardes para llevarla a su casa, situada en el Barrio de Otoya.

Pertenecía Luisa a una de las familias más encopetadas de la capital, y se había criado con excesiva libertad y mimo. No era bella ni con mucho tan juiciosa como su hermana Emilia; pero suplía sus

escasos atractivos físicos con cierta desenvoltura en las acciones, despreocupación en el trato y malicia en el decir, que si bien le atraían numerosos cortejantes, también daban motivo para que los petimetres de la capital se contasen al oído cosas poco lisonjeras para una señorita.

De saberlas don Rafael y su prudente hermana habrían puesto término a las cotidianas visitas de Margarita a la casa de su amiga; pero como ambos tenían en la más alta estima a la familia Valdés y como, por otra parte, Margarita regresaba antes de las diez de la noche, acompañada de Luisa y de un hermano de ésta, colegial de dieciséis años, no había razón para prohibirle lo que por entonces era su único entretenimiento.

Nunca iba por las noches Mr. Ward: sus visitas eran a mediodía, de regreso de *El Higuerón*, y tenían por objeto el dar cuenta a don Rafael de la marcha de los trabajos; pero rara vez se quedaba a comer, disculpándose con sus múltiples quehaceres.

Fuera casualidad, fuera por la displicencia que advertían en el lenguaje y maneras de Margarita, es lo cierto que sus amigas comenzaron a desertar de la casa, con grande extrañeza de doña Virginia. Para ésta era indudable que había misterio y gordo; pero mientras más se devanaba los sesos, menos atinaba con una solución satisfactoria del enigma. Que su sobrina había dejado de amar a Fernando, si es que realmente le amó alguna vez, no podía ser más evidente. Y si era así ¿de quién se había prendado? Sus cavilaciones después de dar mil vueltas por los escondrijos del cerebro, volvían obstinadamente a su punto de partida, a su primitiva sospecha, a aquel forastero que los tenía a todos como hipnotizados. Engolfábase entonces en un mar de confusiones, pues nada autorizaba para creer que hubiese secreta inteligencia entre su sobrina y Mr. Ward. A fuerza de

darle vueltas al problema llegó a la conclusión de que la clave del misterio no podía estar sino en las visitas nocturnas a la casa de Luisa Valdés.

En un dos por tres se trazó la viejecita su plan de campaña. A la noche siguiente iría con un pretexto cualquiera a buscar a Margarita y de este modo podría averiguar si las dos amigas estaban solas o en compañía de algún galán. Proponíase, además, atisbar en lo sucesivo el regreso de su sobrina, pues como Luisa y su hermanito se despedían de ella en la puerta, no era inverosímil que viniese escoltándolas alguien de más edad y menos inocencia que el colegial.

Entraba también en el programa de doña Virginia emplear una estratagema para dilucidar otro punto no menos trascendental, cual era la clase de sentimientos que mediaban entre Margarita y Mr. Ward.

Para salir de dudas haría de manera que los dos jóvenes quedasen un momento solos en la sala y entonces los espiaría por una ventana de la habitación contigua, cuyos postigos estaban siempre entornados. Si la indiferencia con que se trataban en público era refinada hipocresía, al encontrarse a solas y sin recelo de ser vigilados se quitarían sin duda la careta.

Fué preciso, sin embargo, aplazar la ejecución de esta segunda parte del programa, porque el americano partió repentinamente para su finca de Nicoya y no volvería hasta fines de la semana.

También la primera parte quedó sin efecto, pues durante varias noches practicó Luisa sus estudios de piano y de bandurria en casa de Margarita, alegando que en la suya no se lo permitían, porque un vecino estaba enfermo de cuidado.

Precisamente en esas noches ocurrió un hecho insólito que aumentó las perplejidades e inquietudes

de doña Virginia; y fué que como el dormitorio de su *hijita* estaba separado del suyo apenas por una delgada pared de cemento armado, una madrugada percibió sollozos ahogados que no podían provenir sino de su sobrina. Alarmada dió unos golpecitos diciendo: «Qué tienes, Margarita?» Pero no habiendo obtenido respuesta, supuso que la joven era víctima de una pesadilla.

Como los sollozos se repitieron dos noches después, por la mañana interrogó doña Virginia a la joven, cuyos ojos enrojecidos desvanecían toda duda.

—No es nada, mamá—contestó ella con turbación: a veces estoy nerviosa.... siempre he sido así.

—¿Por qué no me cuentas tus penas?

—Te repito que nada tengo, respondió con cierta brusquedad Margarita, encerrándose en su cuarto, mientras su tía la miraba sorprendida por ser aquella la primera vez que la oía hablar en semejante tono.

En la primera visita que hizo Mr. Ward al volver de su excursión anunció a la familia su próximo viaje a California, adonde iba a contratar la maquinaria para la explotación de *La Ceiba* y a ver a su hermano mayor, que era uno de los principales accionistas de la *Weawing Company*.

La ocasión era favorable a los designios de doña Virginia, quien con gran disimulo y atención observó el efecto que la noticia producía en Margarita; pero todo el andamiaje de sus cavilaciones se derrumbó al ver la perfecta indiferencia con que la acogió aquélla.

La partida estaba fijada para el 5 de Setiembre y Mr. Ward saldría a las doce de la noche en tren expreso para tomar el vapor que zarpaba de Puntarenas en la madrugada.

La víspera a mediodía fué a despedirse de la familia y llegó en el momento en que don Rafael se disponía a montar a caballo para ir a la finca, pues

había venido un mozo a avisarle que Fermín el mandador había sido estropeado gravemente por un toro.

La visita del americano fué en extremo corta, excusándose de no volver al día siguiente porque aún no había terminado los preparativos de viaje.

Don Rafael durmió esa noche en *El Higuerón* y por la mañana envió un propio para avisar a la familia que probablemente no llegaría esa tarde, tanto porque el mandador seguía muy mal, como porque estaba lloviendo torrencialmente sin trazas de escampar.

Era el 5 de Setiembre. Muy temprano vino Luisa Valdés a rogar a su amiga que fuese con ella a las tiendas. Después de almuerzo se metió Margarita en su cuarto, y doña Virginia, que estaba leyendo en el suyo, la oyó abrir y cerrar varias veces las gavetas de su cómoda. En la comida no probó bocado y pasó la tarde hojeando los álbumes de la sala. Se acostó a las ocho y media, pretextando un fuerte dolor de cabeza, y lo mismo hizo su tía después de asegurarse de que todas las puertas estaban debidamente atrancadas.

No temía la buena señora quedarse sola con su sobrina, tanto porque en la casa dormían dos antiguos y fieles criados, como porque en el mismo barrio habitaba el Ministro de Gobernación, y por consiguiente, había uno o dos polizontes en cada esquina.

Una vaga aprensión, sin embargo, le quitó el sueño y a cada instante se incorporaba sobresaltada, aunque ni en la habitación de Margarita ni en el resto de la casa se percibía el más leve ruído.

Como a las once resonó en la calle la sirena de un automóvil que se alejó rápidamente y luego el sordo rumor de otro que pareció detenerse a corta distancia de la casa. Casi enseguida oyó doña Virginia crujir ligeramente el entarimado del cuarto

contiguo, como si alguien anduviera cautelosamente. Aplicó el oído, conteniendo la respiración, y escuchó el rechinar de un pestillo que se descorre muy despacio.

Un horrible presentimiento la asaltó entonces, y sin abrigarse ni encender la luz se dirigió a tientas a la puerta y la entreabrió con precaución sin asomar la cabeza al zaguán, que estaba débilmente alumbrado por una lamparilla eléctrica.

Hacía apenas unos cuantos segundos que se encontraba en acecho, cuando vió proyectarse una sombra delante del umbral, y antes que el terror la permitiera lanzar un grito, pasó casi rozando su cara una mujer envuelta en un abrigo de pieles, con el rostro cubierto con espeso velo.

Doña Virginia abrió de golpe la puerta y dijo con voz terrible:

—¿Adónde vas, Margarita?

La joven se volvió rápidamente, lanzando un grito agudísimo que resonó en toda la casa y dejando caer una valijita que sujetaba en la mano izquierda.

—¿Adónde vas, desgraciada? repitió doña Virginia.

Y al ver que vacilaba como si fuera a desplomarse, corrió hacia ella con los brazos tendidos, en los cuales cayó Margarita, llorando y riendo a un mismo tiempo, presa de espantosas convulsiones histéricas.

Doña Virginia la llevó casi en peso hasta su lecho y la propinó algunos cordiales; pero la joven enloquecida pugnaba por levantarse, gritando:

—Mamá, déjame matarme! Soy muy mala, soy una perdida! Déjame irme:... que nadie me vuelva a ver nunca!

Con una fuerza increíble a su edad, doña Virginia la sujetó por las muñecas, procurando a la vez calmarla con palabras cariñosas.

Al fin pasó la crisis, y Margarita deshecha en llanto reclinó la cabeza en el pecho de su tía, besándola en la cara y en las manos.

Allí, en el modesto aposento de la anciana, en la penumbra de una lámpara velada por una pantalla verde, enmedio del augusto silencio de la noche, escuchó doña Virginia, llorando acongojada, la confesión completa de la tenebrosa trama: la obra de seducción iniciada la noche del baile y continuada sin tregua en *El Higuerón*: la sugestión ejercida por el extranjero, mejor dicho por aquella aureola de gloria con que un público necio había rodeado su figura; el innoble papel de Luisa, causante principal de su caída; las furtivas visitas que ambas hacían a la suntuosa mansión del yanqui, en la cual también Luisa se veía todas las noches con su amante; y por último, la fuga proyectada como desesperado recurso para librarse de la pública vergüeza, yendo a ocultar su deshonra entre gentes desconocidas.

Doña Virginia escuchaba silenciosa, paralizada por el dolor, con el corazón destrozado, aturdida por la revelación como si el universo se hubiese desplomado sobre su cabeza, mientras de sus ojos se desprendían dos ríos de lágrimas que mojaban la destrenzada cabellera de la desgraciada.

Tan trastornada estaba que no se le ocurrió prevenir—de una manera discreta y sin comprometer a Margarita—a la familia de Luisa para que mandara detener en el puerto a la fugitiva y a su raptor.

Una hora antes de amanecer se repitió la crisis con tanta fuerza que doña Virginia tuvo que apelar a la morfina para dominar la tremenda excitación de la enferma.

Dichosamente el servicio dormía en el otro extremo de la casa, sin lo cual no habría dejado de enterarse de que algo anormal estaba pasando ni de hacer los comentarios consiguientes.

A las seis despachó doña Virginia un criado para *El Higuerón*, con una carta dirigida a don Rafael, y encerrándose luego en su habitación se puso a rezar de rodillas a la cabecera de la joven aletargada.

BIBLIOTECA NACIONAL
AMERICA CENTRAL
SAN JOSE, COSTA RICA

XII

El regreso

¡Con cuánta impaciencia aguardaba Fernando la salida del barco que había de dejarle en las lejanas playas de la patria!

¡Cómo maldecía el infernal ciclón que azotaba hacía dos días la costa oriental de los Estados Unidos, impidiendo a los vapores hacerse a la mar! En tal estado de ánimo le había puesto la enigmática carta de doña Virginia, que habría sido capaz de hacer el viaje en una canoa y de arrostrar mil veces la muerte antes que vivir en aquella incertidumbre.

¿Qué sombra fatídica iba a salirle al paso al desembarcar en su tierra? ¿Qué pavorosa nueva iban a escuchar sus oídos? Su espíritu fluctuaba entre dos ideas igualmente siniestras, de las cuales una—la muerte de Margarita—tomaba cada vez más cuerpo y se le aparecía a ratos como la única explicación verosímil; pues la otra idea, la de que ella hubiese dejado de amarle, le parecía tan absurda como si alterándose sin causa las leyes de la mecánica celeste, se apartasen de sus órbitas los astros.

Al fin el cielo se compadeció de su zozobra, permitiendo que amainase el temporal y que Fernando y sus tres compañeros pudiesen abandonar aquella tierra tan diferente de la suya y tan poco

simpática para ellos, en la cual habían encontrado, sin embargo, la hospitalidad y la libertad que la suya les negara.

Corrían los primeros días de Octubre y el océano se agitaba y hervía sacudido por el vendaval; pero al llegar a la altura de las Antillas el vapor encontró el mar más sereno y sólo por las tardes se desataban pasajeros chubascos.

¡Qué larga pareció la travesía a Fernando y cuán lenta la marcha del buque! Tendido en una silla de lona pasaba las horas muertas contemplando el cabrilleo de las olas, cuyo incesante vaivén le recordaba el mar de cabezas que contempló desde el escenario la noche del estreno y aquel aleteo de millares de manos que le aplaudían frenéticas.

Casi siempre el curso natural de sus pensamientos le llevaba a reflexionar sobre su actual situación y la de su patria. ¿A qué consagraría ahora las energías de su cerebro? Continuaría la comenzada campaña de higienización moral, exhibiendo en las tablas o en el libro los vicios nacionales? El desenlace de la trági— comedia política en la que había sido a la vez actor y espectador, había enfriado su entusiasmo patriótico y trocado sus ilusiones en profundo desencanto. Acababa de ver a las eminencias del bando oposicionista doblar humildemente la rodilla ante el nuevo ídolo impuesto por las bayonetas; sabía que el pueblo había aceptado ya el amo que quisieron darle y que a los más alborotadores se les había tapado la boca con algunos mendrugos del presupuesto. Comprendía, no obstante, que no faltaban ciudadanos íntegros, viriles y conscientes de su deber; pero ¿cómo emprender la obra regeneradora con un grupo reducido e impotente?

«¡Estamos perdidos, irremisiblemente perdidos»! se decía con amargura Fernando; y sin querer recordó el cuadro sombrío trazado por Mr. Ward, aquel

pueblo enfermo que se negaba a curarse y que no consentía siquiera que le hablasen de sus males; pensó entonces también en aquel otro enfermo, el hermoso higuerón, tan sano en apariencia, cuyo mal se obstinaba en no ver el obcecado dueño.

Al desembarcar en puerto Limón, la resolución de Fernando era irrevocable: se casaría con Margarita, reduciría a metálico toda su fortuna e iría a radicarse en Europa, con firme propósito de no volver a su patria hasta que fuese digna del nombre de república y capaz de amparar a sus hijos con el escudo de la ley.

Recordando las instrucciones de doña Virginia se apresuró a ponerle un telegrama y enseguida tomó el tren para la capital, adonde llegó a las nueve de la noche. En la estación encontraron los emigrados tres o cuatro amigos que habían acudido a recibirlos, desafiando las iras ministeriales, y a un considerable grupo de copartidarios pertenecientes a la clase obrera, vigilado por otro grupo no menos considerable de policía montada.

La primera pregunta que dirigió Fernando a sus conocidos fué para pedirles noticias de la familia Montalvo; pero en vez de las dolorosas nuevas que esperaba, oyó con sorpresa que salvo la enfermedad de don Rafael y ligeras indisposiciones de su hermana, nada anormal había ocurrido en *El Higuerón*.

De paso le refirieron los amigos el escándalo social motivado por la escapatoria de Luisa Valdés, y no dejó de chocarle que los fugitivos hubiesen tomado pasaje a bordo del mismo barco en que viajaba Mr. Ward. ¿Había complicidad de parte del americano? Fué mera coincidencia?

No pudo Fernando conciliar el sueño esa noche, menos por el traqueteo de la jornada que por el deseo de que amaneciese pronto para disipar de una vez la incertidumbre que le estaba matando.

Se levantó muy temprano y desde las ocho comenzó a asomarse a la puerta en espera del mensajero de doña Virginia; ya se disponía a ir a la casa, cuando llegó Fermín a caballo a avisarle que la señora le estaba aguardando.

Alegróse cordialmente el honrado mandador al ver de regreso al abogado, a quien tenía mucho cariño, y le estrechó la mano con esa encantadora familiaridad que gastan nuestros labriegos.

A las preguntas de Fernando contestó compungido y lanzando un suspiro:

—¡Ah! señor! Ya va *pa* un mes que están allá y *dende* que volvieron está la niña Margarita muy tristona y no hay Dios posible que quiera salir del cuarto.—*Pa* alivio de males le dió un ataque a don *Rafel*, otro día de *llegao*, y ya no puede *meniar* la pierna derecha ni tiene *aición* en el brazo del mismo *lao*.

Sin pérdida de tiempo encaminóse Fernando al Barrio de Amón, mientras Fermín se alejaba en dirección opuesta para ir al mercado a hacer sus compras.

Aunque todas las ventanas de la casa estaban herméticamente cerradas, la puerta del zaguán se hallaba entreabierta.

Fernando entró después de oprimir el botón de la campanilla eléctrica, y al detenerse en la puerta de la sala vió en un rincón a doña Virginia con los codos apoyados en las rodillas y el pañuelo en los ojos. Corrió el joven a saludarla cariñosamente y ella le tendió los brazos sin articular palabra y llorando amargamente.

—Pero ¿qué es lo que pasa, por Dios? gritó Fernando lleno de mortal zozobra. ¿Por qué me ocultan todos la verdad?

—Hable Ud. por lo que más quiera! ¿Ha muerto Margarita? Verdad?

—Mejor que hubiera sido así—murmuró doña Virginia con voz entrecortada por los sollozos.

Fernando se quedó petrificado, sintió como si un témpano de hielo descendiese desde su cabeza hasta los pies, miró alelado a la anciana, y adivinando con rápida intuición lo sucedido, se llevó las manos a las sienes y se dejó caer en una silla.

Doña Virginia se acercó a él y poniéndole una mano sobre el hombro, dijo tristemente:

¡Pobre amigo! Más valiera que no hubieras vuelto! Pero tenías que saberlo y te escribí para que oyeras de mi propia boca la verdad.... Era mi deber.... Rafael y yo no podremos resistir este espantoso golpe.... Pero tú eres joven.... puedes olvidar.... y perdonarla.

Con la garganta oprimida por la pena se sentó al lado de Fernando que continuaba inmóvil, abismado en su dolor, y comenzó lentamente el relato de la lúgubre historia. No le ocultó nada: la insidiosa conducta del extranjero, la no menos infame de Luisa, las terribles revelaciones de Margarita y por último la trágica escena de la llegada de don Rafael al día siguiente de la frustrada fuga.

—¡Pobre hermano mío! No es posible imaginarse su desesperación! Quería matarla y suicidarse después.... Cuánto me costó evitar nuevas desgracias y convencerlo de que debíamos irnos ese mismo día para la finca! Yo me fuí en coche con esa desgraciada.... El se fué a la noche solo. Al día siguiente le dió un ataque y quedó paralítico; pero no la perdona ni quiere verla más. La infeliz no sale de su cuarto.... Ay! por qué no se acordará Dios de nosotros?

Escuchábala Fernando con los ojos bajos y una palidez cadavérica difundida por todo el rostro. Cuando terminó el relato, dijo con ira reconcentrada:

—El miserable partió!

—Sí, y no volverá. ¿No has visto el anuncio que puso en los periódicos? Piensa radicarse en Nueva York y un hermano suyo que vive en California vendrá a hacerse cargo de la administración de la empresa.

Fernando se levantó de repente y dijo con voz resuelta:

—Doña Virginia, la acompañaré a Ud. a la hacienda. Necesito hablar hoy mismo con don Rafael.

—Hablar con él! Imposible. No querrá: se moriría de vergüenza. ¡Vieras cómo lloraba anoche cuando le enseñé tu telegrama!

—Si Ud. no quiere que la acompañe, iré solo—insistió Fernando.

Al ver la firme resolución del joven, cedió doña Virginia y media hora después iban a caballo, camino de la finca, seguidos de Fermín que no cesaba de repetir gozoso:

—Hora si es verdá que se va a alentar el patrón y se van a alegrar toditos los de la casa con sólo verlo a usté, don Fernando!

¡Cuán monótono y triste le parecía ahora a Fernando el camino que en otro tiempo recorriera ufano, con el corazón repleto de amor y de ilusiones! Qué eco tan fúnebre, qué malestar tan insoportable despertaba en su alma el repiqueteo de los cascos de su potro en el empedrado, aquel alegre redoble que antes parecía ir pregonando su dicha!

Igualmente pensativa y silenciosa iba doña Virginia y apenas despegó los labios para ordenar a Fermín que se adelantase para prevenir a don Rafael.

El mandador encontró al amo tomando el sol en su banco favorito; pero el pobre anciano no quiso recibir allí la visita y mandó a los criados que le trasladasen a su habitación.

Dolorosa fué la entrevista: los dos hombres per-

manecieron largo rato abrazados; y era tan profunda la desesperación de don Rafael, que Fernando sintió por primera vez humedecérsele los ojos.

Cuando logró dominar su emoción, dijo con voz solemne:

—Don Rafael, todavía es tiempo de evitar que trascienda al público lo sucedido y de salvar el honor de todos. Yo me encargo de eso y lo conseguiré, se lo juro.

El señor Montalvo movió tristemente la cabeza y murmuró:

—¡Manchar mis canas! Deshonrar a un pobre viejo impedido! Ah! ¿Por qué no me daría Dios un hijo varón?

—A falta de un hijo — replicó Fernando — tiene Ud. un amigo que sabrá cumplir con su deber.

Luego llevando aparte a doña Virginia le dijo en voz baja:

—Antes de irme desearía hablar dos palabras con *ella*.

—Con ella! Imposible! Sería una crueldad de tu parte.

—Pues bien, entonces hágame el favor de repetirle lo que acabo de ofrecer a don Rafael. Dígale que la perdono todo el daño que me ha hecho y que lejos de guardarle rencor por haber arruinado mi vida, haré que muy pronto pueda levantar la frente sin avergonzarse y vivir feliz al lado del hombre a quien ama.

—¿Qué piensas hacer? Adónde vas? preguntó inquieta doña Virginia al ver que el joven hacía ademán de marcharse.

—Muy lejos—replicó Fernando y salió de la casa sin volver la vista hacia atrás, como si temiera arrepentirse de la resolución tomada.

XIII

Frente a frente

Así que hubo acabado de comer, pasó Thomas Ward a su despacho para leer la correspondencia. Cuando se arrellanó en el diván de cuero de Rusia que estaba al lado del lujoso escritorio de caoba, reflejaba su semblante no sólo esa beatitud particular del gastrónomo satisfecho, sino también la del hombre de negocios que al terminar el día puede añadir a su *haber* algunos miles de *dollars*.

Después de encender un habano comenzó a romper sobres y a leer cartas, arrojando algunas a la canasta y guardando las demás en la papelera.

Aunque la habitación estaba en el interior del edificio, llegaba hasta allí como un trueno sordo y continuo el rodar de automóviles, ómnibus y vehículos de toda especie, por ser aquella calle 14ª. una de las más trajinadas de Nueva York.

De pronto el yanqui tomó del montón una carta cuyo sobre examinó con atención, como tratando de reconocer la letra. El pliego ostentaba el membrete del *Hotel Astoria* y contenía apenas cuatro líneas que Mr. Ward leyó y releyó sin poder ocultar su sorpresa. Luego dobló el papel, se lo guardó en el bolsillo y dirigiendo una mirada a la péndola de bronce que adornaba la chimenea, dijo entre dientes: «¡Las ocho ya!» Y se quedó meditabundo, poniendo el oído a los mil rumores que venían desde la calle. Habían transcurrido escasamente diez minutos cuando escuchó el ruido de un automóvil que se detuvo a la puerta, y poco después entró un criado con una tarjeta, diciendo:

—Ese caballero espera en la antesala. ¿Le hago pasar al salón?

—No, respondió Mr. Ward: condúcele hasta aquí y cuida de que nadie venga a interrumpirnos.

Luego, abandonando el diván y sentándose en la silla giratoria del escritorio, entreabrió una gaveta en cuyo fondo brilló un objeto metálico, y esperó con los ojos fijos en la puerta. En ella acababa de aparecer la arrogante figura de Fernando Rodríguez.

El abogado vestía enteramente de negro y su expresión era poco tranquilizadora. El americano se levantó y dijo cortesmente:

—Sírvase usted entrar y tomar asiento. Acabo de leer su carta y si la hubiera recibido más temprano, habría ido a buscarle a su hotel.

Sin corresponder a la amable invitación ni saludar siquiera, Fernando permaneció de pie en el umbral, mirando sin pestañear a su interlocutor, y dijo secamente:

—Desembarqué hace pocas horas y mañana a medio día partiré otra vez para mi patria. No tengo tiempo que perder. Usted debe sospechar a lo que vengo.

—A juzgar por su carta, desea usted arreglar un asunto íntimo que concierne únicamente a cierta persona y a mí. ¿No es eso?

—Se equivoca usted: yo tengo para con esa *persona* el triple deber de caballero, compatriota y amigo, y en tal concepto vengo solamente a decir a usted lo siguiente: o repara usted su infamia casándose con esa persona, o mañana temprano se bate Ud. a muerte conmigo.

—Ante todo — repuso imperturbable el americano—quiero saber si Ud. está dispuesto a discutir serenamente el punto y a oír mis explicaciones: si no es así, me parece inútil prolongar esta entrevista.

—Cualquier explicación es ociosa en el caso

presente y Ud. no tiene más que elegir uno de los dos caminos que le he propuesto. ¿Por cuál se decide Ud.?

—Por ninguno — contestó con acento resuelto Mr. Ward.

—¡Cómo!—exclamó estupefacto Fernando.

—Ruego a Ud. que me preste atención por un instante, sin perjuicio de proceder después como le plazca. Cometí una falta, es cierto; pero estoy tan lejos de ser un santo como de merecer el calificativo de infame. Procedí con una irreflexión de que me arrepiento, como habrían procedido en parecidas circunstancias la mayor parte de los hombres de mi edad. No me acuso de traición, de engaño ni deslealtad: ni con Ud., porque no habiendo pedido Ud. la mano de esa señorita, nadie podía impedirme pretenderla; ni con ella, porque jamás le dí palabra de casamiento ni ella me la exigió; ni con su familia, porque no me introduje en la casa con pérfidas intenciones, y si a veces pasaba algunos días allá, era cediendo a sus instancias.

—Por lo mismo que esa honorable familia le brindaba su confianza, estaba Ud. obligado a ser más caballero.

—También Ud.—dijo fríamente Mr. Ward—visitaba como yo en calidad de simple amigo; y sin embargo ¿está Ud. seguro de que nunca abusó de la confianza de la familia ni se permitió con esa señorita ciertas libertades que sólo pueden tolerarse en vísperas de la boda?

Fernando se sonrojó y el furioso mentís que iba a lanzar expiró en sus labios, ahogado por aquel espíritu justiciero que siempre había gobernado sus palabras y acciones. No obstante la rabia y la indignación que sentía, no se atrevió a protestar, porque su conciencia le presentó en tropel, como fan-

tasmas acusadores, la escena del antepalco, las ocurridas en la quinta y la despedida en el corredor la víspera del destierro.

Como guardó silencio, el yanqui prosiguió:

—Puesto que ella estaba libre, me atreví en un baile a declararle mis sentimientos, nacidos esa misma noche bajo la impresión de su belleza, y mi resolución de marcharme para siempre.—Ella me dijo:—«Quédese Ud.»... Lo demás.... fué obra de la fatalidad, favorecida por las sugestiones de una muchacha demasiado casquivana. Penoso es para mí entrar en ciertos detalles repugnantes, pero Ud. me pone en el duro caso de referirlos. Ambas señoritas iban casi todas las noches a pasear solas por la acera de mi casa y se detenían enfrente de la ventana del billar, donde jugábamos el novio de Luisa y yo.... Salíamos entonces a conversar con ellas.... las invité a entrar....

—No agrave Ud. su falta—dijo fuera de sí Fernando—insultando a su víctima.

—Supongamos por un momento invertidos los papeles — continuó Mr. Ward sin hacer caso de la observación; que yo me acerqué primero a esa señorita y que recibí de ella pruebas de su amor; supongamos también que Ud. la conoció después y advirtió que aceptaba enseguida sus obsequios.... Dígame Ud.. con toda franqueza ¿la habría elegido Ud. para esposa, viendo con cuánta facilidad olvidaba en pocos días y sin motivo alguno al hombre a quien adoraba?

—Por salvarla de la deshonra, sí.

—Pues yo no—repuso con flema Mr. Ward. Una mujer por salvar su reputación puede aceptar la mano de un hombre que ya no la ama ni la estima; pero faltando el cariño y el aprecio, la existencia sería un verdadero infierno para ambos, y acaso más para ella.

—Lo cual quiere decir — replicó con la misma calma Fernando—que negándose Ud. a casarse, por-

que desgraciadamente en mi país no se castiga como aquí a los seductores, acepta Ud. la segunda de mis soluciones.

—Tampoco. El duelo es aquí una cosa absurda y penada severamente por las leyes. Además, la muerte de Ud. o la mía, lejos de poner a la señorita al abrigo de la maledicencia, sólo serviría para hacer público lo que ahora es un secreto bien guardado entre nosotros.

Comprendo que Ud.—añadió al ver que Fernando sonreía desdeñosamente,— va a pensar que rehuso por miedo. Por miedo del ridículo, podría ser; nunca por temor a otro hombre. Hace seis años hice en Méjico la apuesta de aventurarme solo por un camino infestado de bandoleros. Tres me asaltaron con escopetas.... Tuve la desgracia de matar a dos y herir al tercero.... Puede Ud. ver eso en los periódicos de aquella época. Si quiere Ud. vengarse, atáqueme aquí o en la calle, o mejor en un lugar solitario; pero, repito, con la muerte de uno de los dos o de ambos no se remediaría nada.

—Si todos sus compatriotas opinan como Ud.—dijo sarcásticamente el abogado—no se atreverán en adelante a predicarnos moralidad a los latinos.

—En cuanto al duelo, estoy seguro; en cuanto a lo otro, no podría afirmarlo, pues depende del temperamento de cada uno y de las circunstancias. De todos modos, el que fraguó el plan de fuga, el raptor de la señorita Valdés, no fué un paisano mío.

Fernando recibió la estocada en pleno pecho. Por un momento vió delante de sí una nube roja y le acometieron vivos deseos de dar muerte allí mismo al cínico seductor; pero comprendiendo que cualquier violencia no haría más que empeorar la situación de todos, dominó el primer impulso y acercándose al escritorio dijo pausadamente:

—Cuando arregle las cosas de manera que pueda

castigar a Ud. sin perjudicar la reputación de la familia que Ud. ha sumido en el dolor, vendré expresamente a matarle como a un perro. Es Ud. un miserable.

Y diciendo esto salió lentamente del despacho, mientras Mr. Ward, encogiéndose de hombros y sin mirarle siquiera, alargó la mano para tomar del escritorio otra carta y reanudar la interrumpida lectura de su correspondencia.

Tan fuerte fué la conmoción que en el cerebro de Fernando produjo la anterior escena, que anduvo vagando por las calles de Nueva York sin pensar en acostarse hasta la una de la madrugada, hora en que regresó al Hotel Astoria, al mismo cuarto que ocupara durante su destierro.

No obstante el odio y el desprecio que sentía por Mr. Ward, no dejaba de comprender que éste no carecía de razón en cuanto a la inutilidad de emplear medios violentos. Si el yanqui se negaba a casarse ¿qué recurso quedaba al joven abogado? Matarle? Fuera de la satisfacción de la venganza ¿qué provecho resultaría de aquel asesinato? El presidio o acaso la silla eléctrica para él, y la deshonra para la familia a quien defendía.

Por otra parte ¿era en realidad Mr. Ward tan culpable como él se lo había imaginado? ¿No lo era quizás en mayor grado la joven que con su imprudente conducta había autorizado la falta?

Hacía tiempo que esta reflexión torturaba a Fernando como una flecha envenenada que en vano trataba de arrancarse del corazón. ¿Cómo concebir tal doblez, tan inaudita perfidia en la mujer que pocos meses antes le diera tantas pruebas de amor apasionado? Al pensar cuán injusta y vilmente había sido burlado, amargo resentimiento le corroía el alma y se preguntaba si no era casi ridículo constituirse en paladín de quien no había tenido para él consi-

deración alguna; pero luego al ver con los ojos del pensamiento la imagen llorosa de la joven, víctima de su inexperiencia de huérfana voluntariosa y de las malas artes de un aventurero sin escrúpulos, se sentía inclinado a perdonarla, como se perdona a la inconsciente Elena del poema homérico.

Aquel sentimiento de justicia arraigado en él desde la infancia, le gritaba que la negativa de Mr. Ward, aunque cruel y nada caballeresca, no carecía de fundamento; pero también le decía que Margarita no merecía tan riguroso castigo, puesto que su caída fué hija más bien de la irreflexión que de la perversidad.

Recostado en un sillón, en aquel suntuoso Hotel Astoria en donde algunas semanas atrás había recibido de doña Virginia el primer anuncio de su infortunio, pasó Fernando el resto de la noche sin poder conciliar el sueño, como quien no atina con la solución de un arduo problema. Apenas amaneció se dirigió a los muelles para embarcarse en el vapor *Pastores* que zarpaba a las ocho en viaje directo para Costa Rica.

Cuando el barco levó anclas, se reclinó Fernando en la borda y por largo tiempo contempló sombríamente aquella tierra aborrecida de la cual se alejaba con propósito de no volver nunca.

XIV

Corazón latino

Dirigiendo y vigilando la operación del ordeño, que cuatro robustos mocetones practicaban desde que aclaraba el día hasta cerca de las nueve, el bueno de Fermín recorría aquella mañana los esta-

blos, ya pasando la mano por el lomo a las mansas vacas holandesas, ya haciendo cosquillas en el testuz a los robustos terneros, ya riñendo a los muchachos porque no aseaban debidamente los grandes envases de estaño en que se despachaba la leche a la capital.

Varias semanas hacía que andaba malhumorado y gruñón, él tan decidor y jovial de ordinario; y era que el fiel mandador no acertaba a explicarse los misterios que últimamente ocurrían en aquella casa que él miraba como la suya, y su alma ingenua y cariñosa se había contagiado de la tristeza de sus amos. Natural era que la enfermedad del patrón, aquella repentina parálisis que no le permitía moverse sin ajena ayuda, hubiese contristado a toda la familia: pero ¿por qué la señorita vivía recluída en su cuarto y las contadas veces que se asomaba a la galería o al jardín aparecía tan demacrada y melancólica? ¿Por qué su novio, aquel joven tan noble y simpático, había hecho apenas una corta visita al volver del destierro y al día siguiente se había marchado de nuevo para allá *abajo*? Sería él el causante de todo aquel desconcierto?

El rudo caletre del mandador se perdía en un laberinto de conjeturas a cual más extravagante; pero se guardaba muy bien, por cariño a los señores, de comunicar sus aprensiones a la servidumbre.

La mañana estaba fría y lluviosa; negros nubarrones que parecían brotar del cráter del Irazú cubrieron poco a poco todo el cielo, empujados por un vientecillo glacial que traspasaba la piel con alfileres de hielo.

—*Carachas!* qué viento tan *jelao!*—dijo uno de los ordeñadores abotonándose hasta el cuello el chaquetón de jerga: *el ubre* de esta condenada parece un tarro de granizos.

Fermín, luego que hubo inspeccionado los pese-

bres y remojado el afrecho para las vacas, se detuvo en el extremo del cobertizo, desde donde se descubría buena parte del camino de San Isidro, y recostándose en un horcón paseó una mirada distraída por el paisaje lejano. De pronto se llevó la mano a la altura de los ojos, extendida horizontalmente para ver mejor. En la cuesta acababa de divisar un punto negro que se movía en dirección de la finca, agrandándose a medida que subía; y a poco pudo Fermín distinguir lo que era y entonces no pudo reprimir una exclamación de sorpresa y de alegría. ¿Cómo confundir con otro aquel corcel negro y reluciente como el ébano que trepaba la escarpada pendiente manoteando con tanta elegancia y brío?

El mandador atravesó a la carrera los potreros y llegó a la verja casi al mismo tiempo que se detenía delante de ella un jinete.

—Don Fernando! Dichosos ojos que lo ven! Está bueno? Cómo le *jué* por allá abajo?

—Bien, Fermín—contestó sonriendo el joven; y tú?

—Alentao, quiere Dios. Él lo ha echao por acá a ver si se alegra esta casa.

—Oye, Fermín, supongo que doña Virginia está levantada ya?

—*Dende* las cinco anda trasteando por toda la casa y cuidando sus animalitos. El patrón es el que está en cama dende antier.

—Adelántate y díle a ella, pero sólo a ella, entiendes? que estoy aquí y que deseo hablarle en la galería sin que nadie se entere.

El mandador le miró sorprendido, pero se apresuró a cumplir sin replicar. Fernando desmontó en la cuadra, ató a *Menelik* al pesebre después de quitarle el freno se encaminó paso a paso hacia la casa.

En lo alto de la escalinata le aguardaba ya doña Virginia, en cuyo semblante se trasparentaba

ese íntimo gozo que produce la vista de una persona querida.

La simpática viejecita estaba muy cambiada: el rostro más enjuto, el cabello más blanco; el cuerpo antes erguido y ágil a pesar de los años, se encorvaba ahora como agobiado por enorme peso; los ojos habían perdido la expresión maliciosa de antaño y los párpados enrojecidos delataban largas vigilias y no pocas lágrimas.

Fernando la abrazó con cariño y le dijo sin preámbulos:

—Doña Virginia, necesito ver ahora mismo a Margarita, antes de hablar con don Rafael. Un momento nada más. Se trata de decidir la suerte de todos.

Era tan apremiante el tono del abogado que la anciana no se atrevió a preguntar nada ni a poner objeciones, y rogándole que esperase allí un momento se dirigió a la habitación de su sobrina.

Transcurrió largo rato. Fernando solo en la galería, se puso a recorrer con mirada pensativa aquel lugar y aquellos objetos que evocaban en su memoria dulces recuerdos muertos para siempre. Los muebles de junco, las mesitas de laca, las canastas con parásitas, el delicioso jardín que se veía al través de la vidriera como alfombra de vivos colores, el árbol gigantesco vinculado tan estrechamente con la vida de la familia.... Todo ¡ay! yacía ahora envuelto en una nube de tristeza, y las gotitas que la niebla colgaba de los rosales se le figuraban a Fernando diminutas lágrimas vertidas por las cosas.

Volvió al fin doña Virginia, diciéndole:

—Puedes pasar—Te espera en su cuarto. Por Dios, no vayas a decirle nada que la haga sufrir más de lo que sufre.

Fernando siguió por el pasillo a doña Virginia,

la cual después de dar unos golpecitos en la puerta, la abrió y se retiró discretamente.

—Al principio nada vió Fernando, pues la habitación con las ventanas entornadas estaba casi en tinieblas; poco a poco fueron surgiendo ante su vista las formas de los muebles y al fin distinguió a Margarita, echada sobre el lecho, vestida de negro, con la cara oculta entre las almohadas para ahogar los sollozos.

Inmóvil en el centro del cuarto, dijo Fernando con voz apagada y trémula:

—Margarita, no vengo a hacer a Ud. recriminaciones por lo pasado ni a abrir la tumba en que nuestros corazones sepultaron el recuerdo de aquellos días. Vengo únicamente para decirle que hice cuanto estuvo en mi mano para devolver la tranquilidad a Ud. y a su familia. Pero mi viaje fué infructuoso: pensé encontrarme con un caballero y tropecé con un canalla. Sin embargo, todavía se puede reparar el daño. Hay un medio.... aunque quizá demasiado duro para Ud.: que Ud.... consienta en ser mi esposa.

Margarita se incorporó espantada, muda por la emoción, y por primera vez clavó en él sus hermosos ojos humedecidos por el llanto.

—No me he explicado bien—continuó él con amargura: nuestra unión será de pura fórmula. Nos casaremos civilmente, tendremos habitaciones aparte: luego partiré yo para Europa y más adelante no faltará pretexto para que Ud. solicite el divorcio, quede libre y pueda elegir un hombre que la haga feliz.

Margarita seguía mirándole como si no diese crédito a lo que oía. Una palidez cadavérica cubrió sus mejillas, luego se puso encendida y bajó los ojos murmurando entre sollozos:

—Fernando! Fernando!

—Acepta Ud.?... repitió él con tono casi suplicante.

la cual después de dar unos golpecitos en la puerta, la abrió y se retiró discretamente.

—Al principio nada vió Fernando, pues la habitación con las ventanas entornadas estaba casi en tinieblas; poco a poco fueron surgiendo ante su vista las formas de los muebles y al fin distinguió a Margarita, echada sobre el lecho, vestida de negro, con la cara oculta entre las almohadas para ahogar los sollozos.

Inmóvil en el centro del cuarto, dijo Fernando con voz apagada y trémula:

—Margarita, no vengo a hacer a Ud. recriminaciones por lo pasado ni a abrir la tumba en que nuestros corazones sepultaron el recuerdo de aquellos días. Vengo únicamente para decirle que hice cuanto estuvo en mi mano para devolver la tranquilidad a Ud. y a su familia. Pero mi viaje fué infructuoso; pensé encontrarme con un caballero y tropecé con un canalla. Sin embargo, todavía se puede reparar el daño. Hay un medio.... aunque quizá demasiado duro para Ud.: que Ud.... consienta en ser mi esposa.

Margarita se incorporó espantada, muda por la emoción, y por primera vez clavó en él sus hermosos ojos humedecidos por el llanto.

—No me he explicado bien—continuó él con amargura: nuestra unión será de pura fórmula. Nos casaremos civilmente, tendremos habitaciones aparte: luego partiré yo para Europa y más adelante no faltará pretexto para que Ud. solicite el divorcio, quede libre y pueda elegir un hombre que la haga feliz.

Margarita seguía mirándole como si no diese crédito a lo que oía. Una palidez cadavérica cubrió sus mejillas, luego se puso encendida y bajó los ojos murmurando entre sollozos:

—Fernando! Fernando!

—Acepta Ud.?... repitió él con tono casi suplicante.

Entonces Margarita se levantó sacudida por una emoción indescriptible y acercándose a él exclamó trastornada y con desgarrador acento:

—No, yo no merezco tanta generosidad!.... No tengo derecho de aceptar tu sacrificio! Déjame abandonada a mi desgracia. Ah! por qué no me matas en lugar de perdonarme? Soy una infame, la más infame de las mujeres!

—Cálmese Ud. y piense que debemos afrontar la situación presente. ¿Me autoriza Ud. para proponer mi idea a su papá?

Por toda respuesta estrechó ella la mano de Fernando entre las dos suyas, y enseguida recostó la cabeza en la pared, se llevó el pañuelo a los ojos y se puso a llorar en silencio.

Hallábase todavía en la cama el señor Montalvo cuando le anunció doña Virginia el regreso del abogado. Un rayo de alegría iluminó su marchito rostro al recibir la noticia, pues sospechando el objeto del viaje de su joven amigo a Nueva York, esperaba que fuese portador de buenas nuevas. Ordenó que le hiciesen entrar inmediatamente y al verle exclamó:

—Ahora es cuando siento más que nunca esta maldita parálisis, porque no me deja darte un fuerte abrazo.

—No importa, lo doy por recibido—contestó Fernando, abrazándole a su vez con filial cariño.

Después sin hacer caso de las interrogativas miradas del anciano ni referirle los pormenores de su viaje, dijo con voz grave y pausada:

—Don Rafael, vengo solamente a una cosa: a pedirle la mano de Margarita.

Si en aquel momento hubiese caído sobre la finca una erupción del Irazú, no habría sido mayor la estupefacción del pobre viejo. Se incorporó como pudo sobre el brazo izquierdo, y mirando con los

ojos extremadamente abiertos al joven, tartamudeó:

—Cómo!—Qué dices?—Tú!

—Hace diez meses que debiera haberlo hecho, dijo Fernando; y acaso por culpa mia.... Pero no hablemos de eso.

Relató entonces su entrevista con Margarita y expuso el plan que pensaba poner en efecto. Era preciso salvar la honra de la joven, disponiéndolo todo con habilidad para no dar pábulo a la murmuración. A fin de disculpar lo precipitado de la boda se valdría de la treta siguiente: unos días antes de participar su enlace como es costumbre, publicaría un fuerte artículo contra el Gobierno, apropósito de un proyecto de ley que se iba a discutir en el Congreso; y como el mismo día que Fernando regresó del destierro le había hecho saber el Ministro de Gobernación, por medio de uno de sus agentes, que «estaba resuelto a extrañarle del territorio costarricense si volvía a inmiscuirse en política», y como el abogado sabía que su Excelencia nunca prometía en vano tales cosas, estaba seguro de recibir la orden de salir del país el mismo día que saliese de la imprenta su artículo. No le sería difícil obtener, sin embargo, una prórroga de dos o tres días para celebrar sus bodas, y con tal motivo la ceremonia se haría en familia, evitando así la enojosa curiosidad de los extraños.

Cuando concluyó de hablar Fernando, don Rafael conmovido y con los ojos húmedos le apretó fuertemente el brazo con su mano izquierda y dijo:

—No me había equivocado en el juicio que hice de tu carácter desde el día en que te ví. ¡Bendito sea Dios que ha permitido que no se extinga la antigua estirpe de los caballeros castellanos y que su nobleza resalte aún más enmedio de tanta infamia! Qué orgulloso me habría sentido de haberte llamado

hijo mío! Pero ni mi hija ni yo podremos aceptar tu generoso sacrificio, pues....

—Sacrificio! ¿Y qué tengo yo que sacrificar? dijo melancólicamente Fernando: ilusiones, porvenir, felicidad, todo lo perdí ya para siempre. Soy un eslabón inútil de la cadena humana y mi postrer satisfacción será la de contribuir en algo a la felicidad de una familia que tanto estimo.

Trabajo y no poco le costó vencer la resistencia del hidalgo anciano, y acaso no lo consiguiera sin la eficaz intervención de doña Virginia, cuyas oportunas reflexiones y persuasiva elocuencia hicieron gran peso en el ánimo de su hermano.

Por fin se convino en confiar la dirección de aquel delicado asunto al inteligente joven, el cual partió para la ciudad pocos minutos después, prometiendo volver el próximo domingo.

La aurora del día siguiente anunció la terminación del temporal, pues los rayos del sol naciente no tropezaron en el cielo con la más leve nubecilla y la naturaleza antes aletargada despertó risueña como una joven desposada al beso de su marido.

En los potreros los becerrillos demostraban su alegría corriendo con la cola levantada y dando corcovos mientras sus madres los llamaban con sonoros bramidos. Los árboles, tan silenciosos la víspera, se poblaban ahora de centenares de pajarillos a cuyos gorjeos hacía coro, allá en el corral, el estrepitoso cacarear de las gallinas.

Fermín, a quien el mal tiempo hacía temblar por la salud del ganado, no cabía en sí de gozo; pero su regocijo no tuvo límites cuando se dió cuenta de que otro sol no menos esplendoroso parecía haberse introducido en la casa, porque ese día la señorita pasó por primera vez toda la mañana en el jardín, don Rafael almorzó con buen apetito al pie

del higuerón y doña Virginia había recobrado el aire jovial de otros tiempos....

¿Quién podría pintar el entusiasmo del leal servidor cuando a la noche supo por boca de la cocinera que la niña Margarita se iba a casar con don Fernando? Malicioso como todos los aldeanos, al observar pocos meses antes las repetidas visitas de Mr. Ward, había sospechado que pretendía a la hija del patrón; pero sin dejar de reconocer la inteligencia, pericia y energía del *machito*, le desagradaba altamente la dureza y falta de consideración con que trataba a los peones. Don Fernando era otra cosa: mandaba sin lastimar a los subalternos, sin hacerles sentir la inferioridad de su condición, y era tan campechano y tan noble que todos le respetaban y querían, en particular él, Fermín, que habría dado gustoso dos dedos de la mano y aún sus dos perros y su vieja escopeta por ver aquel joven convertido en yerno de don Rafael.

¿No había sido él quien le socorrió con un billete de diez colones cuando tuvo grave a uno de sus *chacalines*? No le había regalado su propio cuchillo de caza el día que tiraron las pavas?

Para celebrar el feliz acontecimiento fué el mandador a su casita a traer una botella de *contrabando*, regalo de un compadre suyo, y convidó con ella a la maritornes. Así se explica que aquella noche resultara mezclado con café el chocolate de doña Virginia y requemada la tortilla de queso con que acostumbraba tomarlo.

Ya en la capital, no perdió un instante Fernando en poner por obra su abnegado proyecto. Comenzó por reducir a metálico casi toda su fortuna y situar el dinero en un Banco de España, pues tenía la firme intención de pasar en Madrid o en Barcelona el resto de su vida. Poco después hizo circular las esquelas

de participación que causaron no poca sorpresa entre sus relaciones, y en la misma semana un folleto en el cual atacaba acerbamente los proyectos sometidos por el ejecutivo al Congreso. Todo resultó como se lo había figurado: el día de la publicación del folleto se le comunicó extraoficialmente la orden de abandonar el país en término de veinticuatro horas: pero escribió al Ministro pidiendo un plazo de tres días para realizar su enlace y arreglar sus asuntos, manifestándole a la vez que hacía tiempo tenía decidido ausentarse para siempre del país, razón por la cual su Excelencia no tuvo inconveniente en acceder a lo solicitado.

Celebróse en *El Higuerón* el casamiento civil y don Rafael tuvo buen cuidado de hacer saber a sus amigos que Margarita no acompañaría por entonces a su esposo en su viaje por fuerza, porque estaba aún muy delicada y no podría soportar el frío del invierno europeo.

XV

La catástrofe

Quien no posea exquisita sensibilidad, refinada por una cultura superior, será incapaz de concebir la intensa tristeza de un hombre que ya en el ocaso de la existencia se encuentra solo en el mundo, maltratado por la suerte, arrojado de improviso en el seno de una ciudad populosa endonde se considera aún más aislado que en el corazón de las selvas o en los arenales del desierto. A ese triste le queda al menos la estéril satisfacción de haber realizado bien o mal su misión sobre la tierra, y la de morir

arrullado por el recuerdo de épocas más felices; pero ¿quién podrá medir el dolor, el infinito dolor del que en edad lozana ve derrumbarse como castillo de naipes el soñado palacio de un porvenir que nunca volverá a reconstruirse: la desesperación del joven herido mortalmente por los desengaños, condenado a arrastrar una existencia sin objeto, como un presidario que arrastrara un cadáver al extremo de su cadena.?

El hormiguero humano que en las Ramblas de Barcelona se codeaba diariamente con Fernando, no sospechaba siquiera que aquel cuerpo juvenil y arrogante fuese el ataúd de una alma cuyos resortes habían saltado en mil pedazos. Ilusiones, amor, gloria, felicidad! Todo lo había arruinado, pulverizado en un instante el cruel destino!

Para disipar su tedio el pobre desterrado subía casi todas las mañanas en el tranvía funicular hasta la cima del Tibidabo para absorberse desde allí en la contemplación del azul Mediterráneo.

El mar atrae siempre al soñador y al desgraciado, porque en su llanura monótona y sin límites pueden volar sin trabas ni freno esos dos corceles indómitos que se llaman la Fantasía y el Dolor.

Cada vez que Fernando divisaba entre las blancas y diminutas velas de las barcas pescadoras la mancha oscura de un transatlántico, la corriente de sus pensamientos le arrebataba al través del océano hasta las playas de su patria, de aquella madre patria que le había arrojado de su seno por el crimen de amarla mucho, aquella cruel y desagradecida madrastra a cuyos pies había sacrificado su tranquilidad, su porvenir y hasta su amor.

¡No, jamás volvería a pisar sus inhospitalarias playas!

Había luchado abnegadamente por ver algún día a su pueblo regenerado, libre y feliz; había de-

nunciado valientemente los abusos y los vicios; había combatido el servilismo, la apatía y la falta de valor cívico; había abierto campaña contra los ambiciosos que convertían la república en escandaloso mercado, contra la falsa orientación que se da a la juventud; había dado la voz de alarma para atajar a la nación en la fatal pendiente por la cual se iba precipitando en la ruina o en los brazos del extranjero.....

Y todo ¿para qué? Para verse insultado por la prensa asalariada, abandonado de sus amigos; perseguido por la venganza de los de arriba y el resentimiento de los de abajo que no podían perdonarle su brutal franqueza.

Cuando pensaba el expatriado en sus antiguos copartidarios, en aquellos declamadores que andaban de plaza en plaza y de club en club predicando virilidad e independencia y que ahora besaban humildes la mano que les azotó el rostro, un asco invencible se apoderaba de él y se juraba no volver a su patria hasta que otra mano sana y firme amputase los miembros podridos y limpiase al país de toda aquella inmundicia.

Uno de dichos tránsfugas, le escribió confidencialmente invitándole a regresar, siempre que se comprometiera a no mezclarse más en la política.

Ni siquiera contestó la carta. Estaba resuelto: no volvería allá jamás, Para qué? Luchar era inútil; resignarse a vegetar esclavizado, imposible. No tenía siquiera hogar!

La mujer que se adueñó para siempre de su corazón le había traicionado villanamente; y por una sangrienta ironía del destino esa mujer llevaba su nombre y era su esposa ante la ley y ante los hombres. No la amaba ya, no podía amarla. Pero entonces ¿por qué le había hecho el sacrificio de su libertad? ¿Por qué no había pensado hasta entonces

en buscar un pretexto para romper la cadena que se forjó voluntariamente? Por qué se torturaba discurriendo sofismas para disculparla a *ella* y arrojar toda la responsabilidad sobre el seductor? ¿Por qué le atosigaba sin tregua la idea de que muy pronto vendría al mundo el fruto de la maldad, el ser inocente que había de levantarse como barrera infranqueable entre él y Margarita?

De la escasa correspondencia que de Costa Rica recibía, sólo leía con avidez las cartas de doña Virginia y las que don Rafael le escribía por mano de su hija. Jamás dejaba aquélla de contarle por menudo la melancólica vida que hacían en *El Higuerón* y los remordimientos y vergüenza que martirizaban a su sobrina al recordar su locura. Don Rafael por su parte le hablaba tristemente de los progresos de su enfermedad y de la decadencia de sus negocios confiados ahora a las honradas pero inexpertas manos de Fermín.

A principios de la primavera, cuando se cubrieron de renuevos los plátanos de la Rambla, recibió Fernando, con dos semanas de intervalo, dos cartas cuya lectura produjo hondo trastorno en su espíritu.

La primera era de doña Virginia, quien en discretas frases le daba cuenta de que al fin había ocurrido el temido acontecimiento; pero agregaba este párrafo:

> «Dios quiso librar a la pobrecita de tener siempre delante de ella un testigo de su falta y dispuso que no viniera al mundo con vida el inocente».

La otra carta fechada quince días después, estaba firmada por Margarita y decía así:

> «Fernando: Me atrevo a escribirte, porque necesito desahogar mi pena y abrirte mi corazón. No temas que vuelva a importunarte: esta carta es la primera y será la última. Compren-

do cuánto me aborreces, cuánto me desprecias. Es muy justo: yo no merezco ni siquiera servirte de rodillas. Has sido tan noble y generoso con esta desgraciada, que tu bondad y tu perdón han sido mi mayor castigo. ¿Cómo pude ser tan mala, tan infame? Estaba loca, te lo juro; yo te amaba con toda el alma, sólo a tí; pero aquel miserable se valió no sé de qué artificios infernales para trastornarme. Nunca sentí amor por ese hombre, nunca: te lo juro por la memoria de mi madre! He oído hablar de magnetismo, sugestión... qué se yó! Y pienso que estuve bajo una influencia semejante... Perdóname los disparates que escribo. Quería únicamente decirte que yo no tengo derecho para seguir arruinando tu porvenir ni tu dicha, que no puedo consentir por más tiempo en tu sacrificio. Eres joven y mereces ser muy feliz. Arroja la carga que te parece insoportable, busca algún pretexto, inventa algún medio para romper el lazo con que te ataste por salvarme. A mí no se me ocurre ninguno, más que quitarme la vida; y bien sabe Dios que si no lo he hecho todavía es porque me da lástima de papá... Se quedaría tan sólo y enfermo el pobrecito! Si soy yo el único obstáculo que se opone a tu felicidad ¿por qué no te libras de mí de cualquier modo? Ordena y obedeceré; haré cualquier cosa con tal de pagarte lo mucho que te debo y de merecer tu perdón.

Margarita»

Después de leer esta carta anduvo Fernando sin rumbo por las calles de Barcelona, como un sonámbulo, como anduvo por Nueva York al salir de su entrevista con Mr. Ward, impulsado por esa necesidad de moverse que experimenta el que se halla bajo el peso de una emoción profunda, movi-

la ruina y el dolor a esta casa? Ahora estoy sola, sí, porque mamá ya no me quiere. Ni ella ni nadie en el mundo!.

Margarita»

Durante algunos minutos permaneció Fernando de codos en el escritorio con el puño cerrado entre las cejas. Cosa extraña! cuando alzó la frente no se advertía en su hermoso rostro señal de abatimiento, sino esa luz de la mirada y esa contracción de las facciones que en las grandes crisis revelan una resolución inquebrantable, dispuesta a atropellar todos los obstáculos y desafiar todos los peligros. Era que ante los ojos de su pensamiento acababa de pasar enlutada y llorosa la imagen de aquella mujer en quien tan ferozmente se había ensañado la suerte, de aquella pecadora más inconsciente de su falta que la heroína de la epopeya griega, de aquella adorable criatura, víctima de neurosis hereditaria y de un ambiente sensual y malsano, flor purísima hollada por la planta de un extranjero insolente. Era que en pos de esa triste visión había desfilado otra no menos triste, la imagen de la patria que él había deseado ver feliz, próspera y libre, y que ahora contemplaba empobrecida, ultrajada, roída por la concusión y por los vicios, empujada a pesar suyo por la precipitada pendiente que conduce a la disolución y a la ruina. Se representó a su patria como un bello jardín abandonado de sus dueños y expuesto a ser pisoteado por gentes extrañas, y comprendió entonces que su puesto estaba allá, entre los suyos, y que permanecer alejado de ellos equivalía a una cobarde deserción.

Por primera vez echó de ver el egoísmo de su conducta al querer eludir con su ausencia definitiva la parte que le cabía en el sufrimiento general y las obligaciones que le imponía su deber de ciudadano y de caballero: recordó que al otro lado del

océano reclamaban su presencia una joven desamparada de cuya desgracia era también él responsable, y un pueblo necesitado del concurso de todos sus buenos hijos para redimirse. Y al pensar en todo esto sintió en su alma renacer la fe, a la vez que un rayo de esperanza, rasgando el velo del porvenir, le mostró en lontananza el risueño cuadro de un hogar reconstruído a la sombra de un árbol sano y vigoroso, en el centro de un país feliz, regenerado por la libertad, la virtud y el trabajo.

Cuando la visión se desvaneció, Fernando tomó nerviosamente la pluma, puso cuatro líneas al propietario de la casa para proponerle la rescisión del contrato, escribió un largo telegrama para Margarita, y llamando luego por teléfono a las oficinas de la Trasatlántica Española, ordenó que le reservasen un camarote en el vapor *Monserrat*, que salía para Costa Rica a principios de la semana siguiente.

BIBLIOTECA NACIONAL
AMERICA CENTRAL
SAN JOSE, COSTA

El Erizo

(Novelita Histórica)

I

No recordaban los sencillos y laboriosos moradores de Alajuela animación semejante a la que turbaba el habitual silencio de su vetusta ciudad en la mañana del 4 de marzo de 1856.

Por las calles empedradas con desiguales guijarros, discurría el más heterogéneo y abigarrado gentío, hablando a gritos, gesticulando, riendo o cantando; y hasta los perros, excitados por la algarabía de sus amos y los toques de corneta, tomaban parte en el concierto con sonoros ladridos.

Por todas partes se veían las faldas chillonas y las níveas chambras guarnecidas de lentejuelas de las mujeres del pueblo que vendían café, biscocho y frutas, detenían a los soldados para prenderles al pecho el escapulario que había de librarlos de las balas, o comadreaban con las vecinas que en el portal de sus casas arreglaban la maleta del hijo o del esposo que iban a partir para la guerra; los chiquillos se colaban por todas partes a trueque de recibir uno que otro pescozón de las personas mayores; los aguadores pasaban a duras penas con sus carretas, gritando: «¡agua de la Maravilla!»; en el corredor del cuartel algunos soldados limpiaban sus armas, mientras otros enseñaban a los campesinos recién alistados el manejo del fusil de chispa, máqui-

na que tocaban con supersticioso temor; pero el principal torrente humano se dirigía a la calle del Arroyo, que — hasta el lugar en donde empalma con la carretera de San José — estaba de trecho en trecho adornada con arcos de *uruca*, tallos de plátano y flores de *pastora*.

¿Qué acontecimiento sacaba así de sus casas y de sus casillas a los honrados alajuelenses? ¿Quién iba a pasar debajo de aquellos arcos triunfales, erigidos espontáneamente por el entusiasmo popular?

—¡Capitán! — gritó, dirigiéndose a un oficial que se paseaba por la acera de la plaza, un viejo y robusto labriego cuyo traje empolvado y las espuelas que aún lucía en sus talones descalzos revelaban que venía de muy lejos: — ¿es verdá que ya los yanques pasaron la frontera?

—No se sabe de seguro, contestó el interpelado; pero es probable que a estas horas hayan invadido la provincia de Guanacaste.

—¿Y don Juanito qué ha hecho?

—¡Qué! ¿No ha leído usted la hermosa proclama que publicó hace cuatro días?

—¿Qué voy a leer, si estaba metido en mi finquita de San Carlos a veinte leguas de aquí?

—Pues sí — prosiguió el oficial — el señor Presidente ha llamado a todos los costarricenses a las armas y hoy pasarán por aquí al mando de su hermano el general don José Joaquín Mora, los dos mil quinientos hombres que forman la vanguardia y van a embarcarse en Puntarenas. Después partirá don Juanito con el grueso del ejército.

—*Pos* yo a la primera bulla que llegó a San Carlos, monté a caballo y me vine pa *presentame* al cuartel. ¡Qué demontres, *tuavia* puede uno servir pa algo, cuantimás que yo estoy acostumbrao a manijar el chopo; y venao al que yo le pongo el ojo es venao muerto.

—Bueno, vaya a presentarse al comandante — aña-

dió el capitán, volviéndole la espalda para librarse de su importuna charla.

El viejo se alejó dando *vivas* a Costa Rica y a su Presidente don Juan Rafael Mora, y atronando las calles con el estentóreo *¡huipipia!*, grito peculiar del montañés costarricense.

En una esquina de la plaza, en un tenducho improvisado con una mesa paticoja y un tejadillo de estera sustentado por cuatro estacas, una mujer cincuentona, de robustos y blancos molledos, servía a varios soldados un desayuno consistente en un regular jarro de café, media docena de empanadas y rosquetes y una rebanada de queso de Bagaces, alternando esta operación con la de lavotear las vasijas en un barreño de agua no muy limpia y la de ir echando en una mochila de piel sin curtir los reales que sucesivamente le iban pagando los hijos de Marte.

Distinguíase entre éstos un mocetón como de veintisiete años, moreno y musculoso, de nariz gruesa, y algo remangada, ojos pequeños y vivos y ensortijados y negrísimos cabellos. A su lado, en el cajón de pino que le servía de asiento, tomaba a grandes sorbos su pocillo de café otro mozo, de fisonomía bonachona y risueña, blanco y narigudo, que entre trago y trago miraba de reojo a su silencioso compañero con expresión mixta de cariño y de respeto.

—¿Vos también salís hoy con la tropa, *Erizo?* —preguntó uno de los soldados al joven moreno.

—Sí, y también Blas—contestó el mozo señalando a su narigudo camarada; pero nuestra compañía se quedará en Liberia con la retaguardia que manda el general Cañas.

—¡Quién sabe, Juan! — replicó Blas melancólicamente. Ayer le rogué al comandante que me deje aquí en la guarnición, porque yo no sé cargar un fusil ni en mi vida he disparao un tiro.

—*Pos* que te enseñe tu amigo Santamaría: Juan

ha servío en el cuartel y ha *blanqueao* muchas veces.

—¿Pa qué querés fusil, Blas? Cuando asomés esa nariz van a salir *juyendo* todos los yanques — dijo otro soldado.

Después de dirigir algunas pullas al recluta, los soldados se alejaron. Los dos amigos quedaron solos y precisamente cuando terminado su frugal desayuno iban a pagar a la tendera, resonaron alegres toques de clarín, repicaron las campanas de la Parroquia y el prolongado clamor de la muchedumbre contestó al estallido de los cohetes. Las tropas de la capital estaban entrando ya en Alajuela.

II

Por entre dos vallas humanas de las cuales surgían millares de brazos que agitaban sombreros y pañuelos; bajo la lluvia de flores que les arrojaban las mujeres; envueltos en una nube de polvo calcinado por el ardiente sol de Marzo, avanzaban los valientes defensores de la patria, con el pesado fusil al hombro, al cinto el largo cuchillo que parece formar parte integrante de la indumentaria campesina, el morral a la espalda, uniformes azules de mezclilla, sombrero de palma con ancha cinta roja, y por calzado sandalias o *caites* de vaqueta cuyo chasquido resonaba en el empedrado como una interminable lluvia de nueces. Desfilaban por cuartas, gallardos, risueños, precedidos de una banda de tambores y cornetas, detrás de la cual se erguía la arrogante figura del general don José Joaquín Mora, montado en fogoso corcel blanco y rodeado de su Estado Mayor.

Allá van desfilando compañía tras compañía los aldeanos de ayer, los improvisados guerreros de hoy, a morir por defender su independencia, su religión y suelo: allá va ese puñado de oscuros montañeses a librar de la dominación extranjera su tierruca,

sin sospechar que el Destino les reserva quizás una misión más alta, la de salvar la libertad de todo un continente y el porvenir de una raza. Porque una vez dueños los norteamericanos de la América Central ¿no les habría sido posible absorber una tras otra las demás repúblicas de habla castellana?

El diminuto y bisoño ejército que el 4 de marzo desfiló por las calles de Alajuela ¿no fué el grano de arena que la Providencia colocó bajo las ruedas del carro del conquistador para volcarlo?

Las tropas se encaminaron a la plaza y en el atrio de la Parroquia celebró el cura la misa de campaña y dió su bendición al ejército. Concedióse luego una hora de asueto a los soldados para que tomasen algún refrigerio y paseasen por la ciudad y los oficiales fueron agasajados en el cuartel por sus compañeros de armas.

Juan Santamaría y su inseparable amigo Blas departieron buen rato con sus conocidos de la capital y para descansar del bullicio y trajín tomaron por la calle de la Agonía en donde eran raros los transeuntes. Otro deseo más vehemente guiaba a Juan hacia aquel barrio: el de despedirse otra vez de su anciana madre que habitaba por aquel lado, en las afueras de la ciudad.

Cuando se acercaron al extremo de la calle vieron que delante de ellos caminaba un soldado a quien observaron con extrañeza. Lo que llamaba su atención no era la particularidad de llevar a la cintura, en vez del cuchillo que usaba todo el ejército, la bayoneta triangular; ni tampoco la pequeñez de su pie bien calzado ni las elegantes proporciones de su cuerpo, sino cierto andar, ciertos movimientos parecidos a los de una persona aprisionada en un traje que no ha sido cortado para ella.

El desconocido se detuvo en la esquina como para orientarse y al ruido de las pisadas volvió el rostro hacia los dos amigos.

Juan palideció, retrocedió algunos pasos como quien topa con un fantasma; y su compañero se quedó como alelado, con la boca y los ojos muy abiertos. El soldado se llevó un dedo a los labios y con la imperiosa mirada más que con el gesto les ordenó que callasen; luego prosiguió su marcha, seguido de los dos amigos, que no volvían en sí de su estupefacción.

Era un joven realmente hermoso, imberbe y sonrosado, boca breve y ojos pardos resplandecientes. Había en su porte esa distinción que a primera vista denuncia a la persona que «se ha criado entre la «gente», como dice gráficamente el pueblo.

Al llegar a la ruinosa casita de Juan Santamaría penetró en su sala sin llamar. Una anciana que dormitaba y rezaba en un rincón levantó la cabeza al oír pronunciar su nombre; pero al fijarse en el rostro del intruso se puso de pies y dejando caer el rosario que tenía entre los dedos, exclamó jubilosa y asombrada: «¡María!»

III

En aquel silencioso barrio de Alajuela había nacido y criádose Juan Santamaría. Su madre, desamparada y achacosa, trabajaba como podía para mantenerle y mantenerse, ya fabricando rosquetes de los famosos de aquella ciudad, ya lavando la ropa de algunas familias conocidas o yendo en el verano a «coger café» en las haciendas del Llano.

Ayudábala Juan en todos estos menesteres y así desde muy niño se acostumbró al trabajo de tal suerte que a los catorce años era él quien afanaba casi todas las pesetas que entraban por aquella desvencijada puerta. Adoraba á su madre: si enferma, no se separaba de su lecho; si triste, la acariciaba y consolaba; para ella eran las golosinas que le regalaba el coronel don Juan Alfaro Ruiz cuando

iba a su casa a dejar la ropa limpia, y las mejores frutas que le permitían coger en las haciendas en donde trabajaba. Había, sin embargo, otra personita que compartía con la buena mujer el cariño del muchacho.

Pared enmedio habitaba don Pedro Monterroso, en otro tiempo dueño de un cafetal que por reveses de fortuna tuvo que vender, quedándole por único haber la casita de la Agonía, en donde luchaba a brazo partido con la pobreza. Había el señor Monterroso hecho algunos estudios en Guatemala, sin coronar ninguna carrera; y habiéndose casado a su regreso cuando parecía sonreirle la fortuna, tuvo la desgracia de perder dos años después su esposa, que murió al dar a luz dos preciosos gemelos, precisamente en los días en que sobrevino la ruina.

¡Encantadoras criaturas! El triste viudo, padre y madre a la vez, pasó indecibles penas para alimentar, vestir y cuidar aquellos angelitos. ¿Cómo dejarlos solos para salir él a proporcionarse algunos reales trabajando? No tuvo más recurso que solicitar la cooperación de su vecina. De este modo Juan, que contaba siete años más que los huerfanitos, creció en su compañía, considerándolos casi como hermanos menores.

Llamábanse Antonio y María. *El*, de carácter algo duro, violento y no muy expansivo: *ella* traviesa, jovial, inteligente y sensible; pero físicamente tan parecidos, que sólo era fácil distinguirlos por el traje.

Desde que María cumplió dos años, Juan mostró hacia ella marcada predilección: él la paseaba en brazos o en una carreta que le había improvisado con la tapa de un baúl viejo: era él quien le daba el alimento, quien acallaba su llanto, quien la enseñaba a balbucear palabras nuevas; y una inefable satisfacción inundaba la cara del muchacho cuando

la chiquilla le tendía los bracitos, haciendo pucheros si tardaba en alzarla.

Cuando ya tuvieron edad para comenzar los estudios, resolvió don Pedro encargarse él mismo de los tres niños, pues Juan estaba en punto de letras a la misma altura que los gemelos. Comenzaron las lecciones por las tardes y en pocas semanas la despierta chiquilla leía con alguna soltura y dibujaba casi todos los caracteres del alfabeto, en tanto que el pobre Juan se desesperaba ante el ejército de sílabas que no acertaba a pronunciar correctamente y ante la torpeza de sus dedos que rasgaban con la pluma el papel al trazar los palotes.

Aunque en trances apurados se había deshecho don Pedro de la mayor parte de sus libros, logró salvar algunos del naufragio, particularmente varias obras de historia, dos o tres tomos de poesías y media docena de novelas selectas. Esta exigua biblioteca, que María leyó y releyó hasta aprenderse de memoria muchas páginas, fué la única fuente de su ciencia, en la cual no bebieron sus dos condiscípulos; el uno porque prefería pasar las horas soñando bajo el naranjo del patio, y el otro porque a pesar de su empeño no conseguía desenmarañar los pensamientos de aquellos endiablados autores.

A los trece años era María Monterroso una señorita hecha y derecha, tan bella como hacendosa y discreta.

Ocurrió entonces un fenómeno extraño. Juan, que era un zagalón de veinte, se sintió de pronto sobrecogido en presencia de aquella garrida moza a quien él había servido de niñera: dejó de tutearla, reemplazando el familiar *vos* con un tímido *usté*, y no se atrevía a bromear con ella como antaño, aunque María continuaba tratándole con la confianza y cariño de siempre. Sólo en una ocasión en que después de largo silencio sorprendió ella a Juan contemplándola en actitud extática, se puso colora-

da y salió del cuarto con un pretexto cualquiera. Aquella noche Juan no pegó los ojos; al amanecer, cuando salió a su trabajo, se golpeó la cabeza con los puños, se enjugó con la manga de la chaqueta una lágrima y murmuró: «¡Sí! estoy loco!»

Una súbita claridad había penetrado en aquel rudo cerebro. Estaba perdidamente enamorado. Durante dos años más continuó la intimidad de ambas familias, aunque la cortedad de Juan iba en aumento, cohibido sin duda por la superioridad intelectual de la joven: su corazón padecía indecible tortura con la idea de que María jamás podría amarle ni mucho menos concederle su mano. ¿Sospechaba ella la pasión de que era objeto? Tales secretos nunca se escapan a la perspicacia femenina ¿Le amaba? Difícil sería asegurarlo, pues el alma de la mujer es un libro indescifrable.

Una espantosa catástrofe sobrevino de improviso cuando los gemelos frisaban ya en los quince. Don Pedro Monterroso murió después de corta enfermedad y su última disposición fué que sus hijos vendiesen la casuca y se trasladasen a la capital, endonde se encargaría de ellos su padrino el excelente caballero don Manuel Gutiérrez, pariente cercano del Presidente de la República.

¡Pobre Juan! Su encantadora vecina se llevó consigo toda la luz, toda la alegría, toda la felicidad del enamorado mozo. Para él no hubo ya trabajo, ni alimento, ni sueño: un cansancio invencible hacía caer las herramientas de sus manos, se levantaba de la mesa sin probar bocado y de noche no conseguía pegar los ojos, preñados de lágrimas. Su única ilusión era ir cada domingo a San José a visitar a Antonio y María, quienes le acogían siempre con cordial afecto; pero este consuelo que le confortó por espacio de cinco años, se convirtió poco a poco en tormento, porque cada semana que pasaba parecía ahondar el abismo que le separaba de su

amada. En efecto, María se había adaptado en poco tiempo a las costumbres de la capital y afinádose con el trato de la gente educada: se había convertido en una señorita, mientras él, el trabajador Santamaría, continuaba siendo un palurdo.

Había adquirido la casa del señor Monterroso un viejo campesino, cuyo hijo mayor, Blas Ramírez, joven honradote e ingenuo, trabó estrecha amistad con Juan, a quien respetaba y quería entrañablemente, dejándose dirigir y aconsejar por él. El *Erizo* le confió su secreto y aún le llevó varias veces a visitar a su dulcinea. Un mes antes de estallar la guerra no pudo Santamaría realizar sus excursiones dominicales, retenido por el servicio militar como la mayor parte de los jóvenes alajuelenses.

¿Cuál no sería, pues, su sorpresa, su emoción, su pasmo, al cerciorarse de que aquel recluta que estaba abrazando a su madre era nada menos que la señora de sus pensamientos y de su vida?

IV

Juan y su amigo, con la lengua pegada al paladar, estrecharon la mano que les tendía la joven ruborizada y sonriente.

—¡Pero qué es eso, muchacha! ¿Te *habís* vuelto loca?—dijo la anciana, aún no repuesta de su asombro.

—¿Quién sabe, mamita?—replicó jovialmente María. Luego formalizándose y con un dejo de tristeza en la voz, añadió:

—Como ustedes son mi única familia, voy a contarles lo que pasa, en la seguridad de que aprobarán mi conducta. Hace un mes que mi hermano Antonio partió para Panamá sin avisar a nadie, dejándome un papel en que me decía que iba a probar fortuna y que no volvería sino rico. Don Manuel y su señora no pueden ser mejores conmigo; mas no por eso dejo de ser una carga para ellos desde

que se concluyó el poco dinero de la venta de la casita. Este pensamiento y el de que mi hermano había desertado en el momento en que todos los costarricenses deben acudir a defender la patria, me sugirieron la idea de hacerme pasar por Antonio—a quien habían ido a buscar del cuartel—y ayer tomé sus papeles y su vestido y me enganché como soldado. En San José nadie me conoce, pues casi, nunca salgo; aquí hace cinco años que no vengo, de manera que no corro peligro de ser descubierta. Dejé a mi padrino una carta en que le decía que iba a Panamá a reunirme con mi hermano. ¡Cuánto he sentido tener que engañar a una familia tan buena!

—¡Pero eso no puede ser, María!—exclamó Juan con vehemencia. ¡Usté ir a pie hasta la frontera!

—Soy fuerte ¿no ves que hoy he andado cuatro leguas a pie y estoy dispuesta a caminar esta tarde otras cuatro?

—Y las penalidades que pasa el soldado, y los peligros! Exponerse usté a que la hiera una bala!... ¡Oh! no, no!—dijo horrorizado al pensar que su amada pudiese ser herida, acaso muerta.

—¡Trabajos! Los he pasado desde que nací. En cuanto a morir, tanto riesgo corre uno en su casita como en el campo de batalla.

—Mirá, Juan—dijo la anciana medio en broma, medio en serio: andá al cuartel y decile al coronel Alfaro lo que pasa pa que no deje ir a esta loquilla.

—Juan no hará eso, estoy segura; si me impidiera ir a la guerra, no volvería a hablarle en mi vida.

Santamaría palideció al escuchar la amenaza y movió negativamente la cabeza. Una especie de luz celeste había inundado su alma. ¿No le estaba brindando la Providencia con la felicidad soñada durante tantos años? Aquella hermosa niña de quien se creía ya separado por un abismo insalvable, estaba allí a su lado, en su casa, dispuesta a compartir

con él las fatigas y peligros de una larga campaña. El sería su único amigo, su protector y... ¿quién sabe? Una idea, una deliciosa sospecha daba vueltas hacia rato en su cerebro, cosquilleándole las más delicadas fibras de su corazón. ¿Qué movía a aquella delicada virgencita a tomar tan extraña resolución, puesto que en su apacible existencia no había experimentado ninguno de esos desesperantes dolores que trastornan por completo su curso? A esa edad únicamente una fuerza es capaz de producir tales cataclismos: el amor.

¿Acaso María...? Juan no se atrevió a formularse la pregunta. ¿A él? Sería demasiada felicidad. ¿A otro? Temblaba de rabia sólo al pensarlo.

De pronto se levantó con el rostro iluminado por súbita inspiración y dijo:

—María, como Antonio nació en Alajuela, voy a hablar con el coronel pa que usté sea agregada a mi compañía. Así iremos los tres juntos: digo si usté quiere.

—¡Ya lo creo! ¿Qué más podría yo desear que tener a mi lado tan buenos amigos?

Pero ya nos llaman—añadió María, oyendo los toques de corneta. Vamos.

La despedida fué cariñosa; la anciana con valor espartano, no derramó una lágrima al abrazar por última vez a su hijo y pronunció con firmeza estas palabras:

—Portate como hombre: si sos cobarde no volverés a verme, porque me moriré de vergüenza.

V

Todo salió a pedir de boca. El coronel Alfaro Ruiz, accediendo a la solicitud de su protegido, hizo que el supuesto Antonio ingresase en el batallón de Alajuela que iba a ponerse en Liberia a las órdenes del general Cañas, jefe de la retaguardia.

Para colmo de ventura la compañía de que formaban parte los tres amigos fué encargada de custodiar un convoy de más de doscientas carretas cargadas de pertrechos y provisiones, feliz circunstancia que permitió a los soldados subir por turnos sobre los vehículos, librándose así del cansancio de la marcha, aunque no del polvo, que en esa época forma en los caminos una capa de varias pulgadas de espesor.

Ingenióse Juan de modo que María pudo hacer casi todo el viaje cómodamente sentada sobre los fardos, mientras él marchaba a pie detrás de la carreta, sin separarse de ella un momento, como temeroso de que le robasen su tesoro.

Y Juan soñaba, soñaba. En alas de la imaginación se remontaba a los años de la niñez y se veía paseando en brazos o en una carretilla improvisada con la tapa de un baúl viejo a una preciosa chiquitina que tendía hacia él sus manecitas. Recordaba uno por uno los sucesos de la infancia, los juegos y excursiones, sus estudios, la súbita transformación de la niña en mujer, la separación.... Ahora aquel tesoro que creía haber perdido para siempre, estaba allí a su lado, puesto bajo su custodia; y el enamorado Santamaría rogaba a Dios desde lo más hondo de su corazón que aquel viaje no se acabase nunca, que aquella campaña durase eternamente.

En los pueblos de Atenas, San Mateo y Esparza, en donde pernoctaron sucesivamente, fueron recibidas las tropas con palmas y vítores, y con algo más sustancioso: con verdaderos banquetes ofrecidos por el vecindario.

En el Estero de Puntarenas aguardaba al ejército una flotilla de veleros y lanchones para transportarlo a los puertos del Tempisque, desde donde debía continuar a pie hasta la ciudad de Liberia, capital de la provincia de Guanacaste.

No tiene una madre más cuidados para su pe-

queñuelo que los que prodigó Juan a su linda compañera durante todo el viaje. Apenas anochecía la obligaba a abrigarse con su manta y por la mañana le llevaba él mismo el jarro de café, acompañado de alguna golosina de las que había puesto en su morral su buena madre o de las que compraba en los ventorrillos del camino.

María se mostraba muy agradecida a sus obsequios y a los del narigudo Blas; mas a ratos parecía abstraída en profundas meditaciones que desatinaban al enamorado Juan, quien habría dado gustoso dos dedos de la mano por adivinar la causa que las motivaba.

En las charlas con que distraían la monotonía del camino, la joven les refirió su vida en casa de don Manuel Gutiérrez. Al amanecer iba diariamente a oir misa con la familia; ayudaba luego en los quehaceres domésticos; después cosía, leía, bordaba o aprendía a hacer otros primores de aguja y de cocina; por la tarde corto paseo y nueva visita a la Catedral para rezar el rosario, y por las noches un rato de tertulia en la sala cuando la familia estaba sola, porque si llegaban visitas las muchachas debían retirarse a sus habitaciones. Como la de María daba a la sala, al través de la puerta entornada pudo conocer sin ser vista a muchas de las personas más conspicuas de la capital, porque en aquella casa se reunían las más noches a jugar a los naipes el Presidente don Juanito, su hermano don José Joaquín, don José Antonio Chamorro y el general Cañas. ¡Con qué entusiasmo hablaba de éste último María! Cañas tenía de los héroes de la antigüedad el valor sereno, el corazón magnánimo y la mirada que subyuga: era el ídolo del pueblo costarricense y cuando cuatro años más tarde cayó fulminado por las balas de los mismos a quienes ayudó a libertar del filibustero, los soldados lloraban al cumplir la inicua sentencia. Repetíanse de boca en boca

sus rasgos generosos, sus chispeantes ocurrencias y más discretamente sus aventuras amorosas; porque el famoso guerrero tenía cierto «gancho» para las mujeres, y más de una perdió el seso por él, sin preocuparse de su condición de hombre casado.

Como María no conocía el mar, la vista del océano provocó en ella una emoción indescriptible; pero su entusiasmo subió de punto cuando sentada en el banco de una goleta comenzó a navegar por el golfo de Nicoya, sembrado de pintorescas islas que se van escorzando a los ojos del viajero, con sus crestas coronadas de bosques y sus rocas matizadas de tonos amarillos y rojizos.

Luego el anchuroso Tempisque, cuyas orillas desaparecen bajo el ramaje de los árboles que sobre ellas se inclinan; los islotes en cuya arena se asolean, inmóviles como troncos secos, centenares de caimanes enormes: y por último el puerto, desde donde debían las tropas proseguir a pie su jornada hasta la ciudad de Liberia.

¡Cuán dura pareció esta segunda parte de la marcha a la delicada María! No había allí carretas en que poder subir, porque no habiendo llegado todavía la impedimenta, todos los transportes se habían quedado en el puerto para recibirla.

Una carretera interminable, blanquizca, cuyo reflejo abrasaba las pupilas; una polvareda finísima que penetraba hasta los pulmones, dificultando la respiración; caudalosos ríos que vadear; pendientes que subir; todo lo sufrió valerosamente al principio María; mas al fin de la primera jornada se sintió tan desfallecida—no obstante que sus amigos la habían aliviado del peso del morral y de las armas—que acaso no habría podido seguir adelante si Juan no hubiese alquilado a un campesino un caballo, dando por él los últimos reales de su no muy bien provisto bolsillo.

A la entrada de la ciudad aguardaba al ejército

el general Cañas, a caballo, acompañado únicamente de sus edecanes, saludando con el sombrero a los soldados que le aclamaban frenéticamente.

Cuando pasaban enfrente de él observó Juan que María estaba trémula y densamente pálida.

—¿Se siente usté mal?—le preguntó solícito.

—Sí, respondió ella; pero ya vamos a llegar al alojamiento. Allí descansaré.

Los acontecimientos se precipitaban. El 11 de Marzo el Gobierno de Nicaragua declaró la guerra a Costa Rica. El 12 se embarcó en Puntarenas con su Estado Mayor el Presidente Mora para reunirse en Liberia con el grueso del ejército; y el 20 se puso en marcha la vanguardia, para rechazar al invasor que se acercaba, dejando en la ciudad el batallón de Alajuela que iba a formar parte de la retaguardia.

Había empezado el primer acto del drama.

VI

Santa Rosa es el nombre de una estancia o hacienda de ganado mayor, situada a unas seis leguas de Liberia, en una cañada que circundan cerros escarpados y colinas de poca altura. Por todo el frente de la casa corre de una colina a otra una tapia de piedras sin labrar, unidas con arcilla y recubiertas de musgo y helechos; y detrás otras cercas del mismo material protegen los patios y corrales, dando al lugar la apariencia de un campo fortificado con excelentes trincheras. Por tal debieron reputar aquella finca los filibusteros, porque el 19 de Marzo se apoderaron de ella para convertirla en base de futuras operaciones militares.

Cuando al día siguiente se supo en Liberia lo ocurrido, el general don José Joaquín Mora se puso en marcha inmediatamente con la vanguardia y al atardecer logró llegar a una milla de la hacienda

sin ser visto por el enemigo. Combinado el plan de ataque de manera que no pudiese escaparse ni uno solo de los invasores, las cornetas tocaron a degüello y las tropas, saliendo de los bosques que las ocultaban, se lanzaron al asalto por el callejón descubierto que conduce a la entrada de la finca.

Sorprendidos los yanquis se parapetaron en las cercas de piedra y aspilleraron las paredes de la casa y los establos, desde donde dirigían sobre los costarricenses un fuego tan nutrido como certero, pues además de poseer superior armamento, eran en su mayoría admirables tiradores. Los dos únicos cañones que llevaba la vanguardia fueron asestados contra la fortaleza; pero sin esperar sus efectos, los soldados del general Mora, exasperados por la muerte de algunos de sus jefes más queridos, abandonaron los fusiles que no sabían manejar, y empuñando sus temibles cuchillos, asaltaron por todas partes la posición y se adueñaron de ella en pocos minutos. Por desgracia se había dejado desguarnecida una loma y por ella pudo escaparse el resto de la columna enemiga, dejando el campo sembrado de cadáveres.

Indescriptible fué en Liberia la alegría al recibir el parte del combate. El Presidente Mora felicitó al ejército por medio de una patriótica proclama, ordenando al mismo tiempo la marcha hacia la frontera, que el enemigo pasó en desordenada fuga para ir a refugiarse en la ciudad nicaragüense de Rivas. Las tropas costarricenses acantonadas en la capital del Guanacaste partieron enseguida, cerrando la retaguardia el general Cañas.

Los días de descanso pasados en Liberia habían repuesto a los soldados de las penalidades sufridas en las primeras jornadas.

María, Juan y Blas se hallaban ahora con ánimos bastantes para emprender la fatigosa caminata que les aguardaba: los dos mozos siempre de excelente

humor, tomaban parte en los jolgorios del campamento y más de una vez bailaron el *punto* y otras danzas de la tierra, al són de las guitarras de los sabaneros o gauchos costarricenses; no así María, que temerosa de ser reconocida, huía siempre de los lugares de más bullicio. Una observación que hizo Santamaría le preocupó bastante: advirtió que su amada evitaba pasar por el cuartel general y cuando por casualidad se encontraba con el general Cañas, palidecía y se calaba el sombrero hasta las cejas. Como le hiciera algunas alusiones a este respecto, la muchacha le contestó que pues el general iba a menudo a casa de su padrino don Manuel Gutiérrez, temía ella que alguna vez la hubiese visto allá y no era raro que pudiese recordar su fisonomía.

Cuando las últimas columnas del ejército libertador salieron de Liberia, cargadas con los regalos que los vecinos les hicieron, acompañándolas hasta las afueras de la ciudad, recomendó el *Erizo* a su camarada Blas que ni un momento se separara de María, pues ahora más que nunca iba a necesitar la atrevida niña del auxilio de sus amigos.

Se acabaron las poblaciones en donde eran recibidos en triunfo y agasajados como príncipes: a su paso iban a encontrar únicamente una que otra hacienda apartada y con escaso ganado, porque los dueños habían huido a los montes por temor al saqueo. Vastas planicies uniformes, monótonas y blanquecinas, arenales recalentados por el sol de Marzo, en donde no había ni una gota de agua para humedecer las resecas fauces ni un árbol para refrescar las ardorosas frentes.

Juan no apartaba durante la marcha los ojos de su linda compañera, temeroso de verla caer de un momento a otro, debilitada por el calor y el cansancio; pero la arrogante joven caminaba gallarda y animosa como siempre. y al llegar a la hacienda de Santa Rosa, en donde la retaguardia iba a pernoctar, su

buen humor, devolvió la tranquilidad a sus acongojados amigos. Cada día que pasaba venía a añadir nuevo combustible a la hoguera que abrasaba el corazón del pobre *Erizo:* aquel amor platónico que desde su adolescencia había absorbido todas las potencias de su alma le había impedido consagrar su atención a otras mujeres, de suerte que en punto de psicología femenil era poco menos que un niño. Siu embargo, en achaques amorosos posee cada cual una ciencia intuitiva que le permite adivinar a veces los más recónditos sentimientos de los corazones.

Juan había comprendido que María no le amaba; agradecía sus atenciones y desvelos, eso sí, pero en sus ojos no brillaba esa luz intensa, de indescriptible expresión, que revela al más torpe que su amor es correspondido. ¡Y esa luz nunca brilló en los ojos de María! ¿Amaba, pues, a otro? ¿A alguno de la capital? ¿A un militar del ejército expedicionario? En vano Juan espió los movimientos, miradas y palabras de María y la correspondencia que periódicamente distribuía el sargento: ni ella escribía a nadie ni para ella llegaba carta alguna.

. . . . . .

¡Qué deliciosa noche! La luna llena, suspendida en una bóveda de azul purísimo, tachonado de parpadeantes estrellas, permitía percibir a larga distancia los objetos hasta en sus menores detalles como a la luz del día. Sobre la hacienda de Santa Rosa extendía sus alas el Silencio y nadie habría pensado que pocos días antes aquel sitio había sido teatro de cruenta lucha.

De cuando en cuando lanzaba un toro su ronco mugido al que respondían balando los terneros encerrados en los corrales: de improviso dejaba oir el *guaco* su sonoro graznido, al que hacían concierto los *pijijes* desvelados y los distantes aullidos de los *congos* y *coyotes*. La casa y los establos proyectaban sobre el suelo sombras de tinta china; y al re-

dedor de las construcciones se alineaban las tiendas del ejército como garzas posadas en los bordes de un estanque.

Mantenían en torno de la finca estricta vigilancia, pues en los bosques circundantes habían quedado filibusteros extraviados. A cosa de las tres de la madrugada tocó al narigudo Blas hacer centinela en la cerca de piedra que circunda la casa en donde descansaba el general Cañas.

El infeliz recluta, que no conocía más campos que los de su provincia, se encontraba ahora en medio de una naturaleza del todo diferente, en un país en el cual abundaban los caimanes, los insectos venenosos y las mortíferas serpientes. Las mil anécdotas de tigres y culebras de cascabel que había oído contar a sus camaradas, le tenían no menos nervioso que la noticia de haber aparecido en las inmediaciones algunas partidas de yanquis desesperados que de un momento a otro podían asaltar de nuevo la estancia que perdieron cobardemente.

Blas se encomendaba a todos los santos y mientras con la izquierda repasaba las cuentas de su rosario, con la diestra oprimía el guardamonte de su fusil cargado, que aún no había tenido ocasión de disparar.

De repente, a no muchos pasos, en un matorral, percibió un ruido de ramas secas quebradas que le hizo estremecer. Iba a dar el *¡quién vive!* cuando vió aparecer frente a frente un hombre gigantesco, con sombrero de fieltro, botas altas, y sable y pistola al cinto. No había como equivocarse.

¡Era un filibustero!

Blas soltó el fusil e iba a arrodillarse para pedir al foragido que no le matase, cuando vió que éste caía de hinojos, dejando en el suelo sus armas, levantando los brazos y gritando en inglés:

«*¡I surrender! ¡Grace!*»

Por el gesto, más que por las palabras, el recluta se dió cuenta de la situación y recogiendo el chopo

lo disparó como pudo y desenvainando el cuchillo se precipitó sobre el extranjero, que no cesaba de repetir:

¡Mercy, mercy!

Al disparo acudieron el sargento de guardia y varios soldados, quienes reconociendo al prisionero que Blas tenía sujeto de los hombros iban a fusilarle sin preámbulos, cuando apareció en la escena el general Cañas, quien después de cruzar algunas frases en inglés con el atribulado filibustero, ordenó que le llevasen al campamento y le diesen de comer, porque el fugitivo hacía dos días que no probaba bocado.

El valiente Blas recibió las felicitaciones de sus jefes y compañeros por la captura del yanqui, y a poco vino a relevar a Blas su amigo Santamaría.

El general Cañas, a quien el calor no dejaba dormir, se tendió en una hamaca que había en el corredor de la casa.

El *Erizo*, a diez varas de distancia, se paseaba con el fusil al brazo, mirando de rato en rato al héroe que dormía tranquilamente, confiado en su vigilancia.

Apuntaban ya los primeros albores del día cuando se recostó Juan en la cerca de piedra para descansar un rato; más cuando sus ojos comenzaban a cerrarse, oyó crujir la arena del sendero que conducía al corredor de la casa.

Creyendo que era otro filibustero extraviado iba a dar el ¡quién vive!; pero al reconocer al furtivo visitante se le pegó la lengua al paladar y en su semblante se reflejó la mayor sorpresa. ¡Era María!

La joven se acercó a la hamaca, se cruzó de brazos y por largo rato permaneció en extática contemplación, como si el perfil romano del héroe dormido ejerciese sobre ella una fascinación irresistible.

Ruido de pasos la sacó de su abstracción: al ver

acercarse al *Erizo* con el rostro contraído, palideció primero y luego se sonrojó como una colegiala sorprendida en una falta.

—María—dijo Juan con voz trémula—quiero hablar con usté dos palabras, —allí — añadió señalando la tapia de piedra.

Ella le siguió en silencio y cuando se hallaron solos, comenzó él a hablar con tono grave y reposado:

—Desde que era usté pequeña la he querido con toda mi alma: ninguna mujer me ha llamao la atención, sólo usté. Usté es mi vida, es todo pa mí. Pero cuando la ví de soldao, se me puso que por algo había venío a la campaña. Ora ya lo sé: usté vino por el general.

María bajó la cabeza y con expresión dolorosa replicó:

—Juan, desde niña te he considerado como mi mejor amigo, casi mi hermano. ¿Cómo agradecerte lo que has hecho por mí? Daría cualquier cosa por evitarte una pesadumbre; pero el cariño que te profeso me obliga a ser franca contigo. Sin duda la lectura de los libros de mi padre, las historias de grandes hombres como Napoleón me llenaron la cabeza de absurdas imaginaciones. Me juré no amar sino a un hombre capaz de grandes cosas: la fatalidad me hizo conocer en casa de mi padrino al general Cañas, y las leyendas que sobre su valor y generosidad me contaban contribuyeron a cegarme más.

—Pero el general es hombre casao y ya mayor, María.

—¿Y qué importa? No pretendo que me ame, ni jamás sabrá que le amo: vine a la guerra para que me mataran, para que una bala ponga fin a mi desventura.

—¡Conque es él, el que me roba tu cariño!.... ¡El!.. Oh!

El infeliz *Erizo* se golpeó con los puños la ca-

beza, desesperado, loco, y llevó la diestra al puño de su cuchillo.

—¿Qué vas a hacer?—gritó María espantada.

—¡Voy a matarlo!—aulló Juan, luchando con María que le había asido del brazo.

A las voces que ambos daban despertó el general y levantándose de la hamaca salió al patio, diciendo serenamente:

—¿Qué ocurre?

María sollozaba y Juan, dominado por la mirada aquilina del general, dejó caer el cuchillo, murmurando con ronco acento:

—Mi general.. perdón. Yo iba a matarlo.. a usté.. porque ella me ha confesao.. que está loca por usté.. y yo la quiero.. la quiero más que a mi madre.

—¡Ella! Una mujer!—exclamó el general, contemplando con curiosidad a María, que había ocultado la cara entre las manos.

—Sí, es María Monterroso, la hija de don Pedro Monterroso, de Alajuela.

El general Cañas se acercó, y tomando entre las suyas las manos de la joven, dijo con el tono jovial y cariñoso que le era peculiar:

—¿Qué locura es ésa, hija mía? Este buen muchacho te adora, por lo visto. Cásate con él, y yo seré el padrino. Deja ese uniforme y sigue con nosotros como cantinera: si no aceptas, te mandaré a tu casa. Y tú—añadió dirigiéndose a Santamaría—mereces ser pasado por las armas por tus malas intenciones.

—Sí, general; que me fusilen.. Es justo.

El guerrero se llevó a los labios un silbato, mientras María, anegada en lágrimas, murmuraba:

—Perdónele usted, general, se lo ruego por Dios.

Al llamamiento acudió un oficial seguido de varios soldados. Juan, con la cabeza inclinada sobre el pecho, esperó resignado su sentencia de muerte.

María, anhelante y en actitud deprecativa, clavaba su mirada en el gesto del héroe, el cual, impasible, reservado y frío, dijo sencillamente al oficial:

—Releve usted a este centinela y haga que le sirvan a él y a su compañero un buen desayuno en el campamento.

VI

El 29 de marzo todo el ejército costarricense se encontraba en la frontera de Nicaragua, en marcha para la ciudad de Rivas, que había sido abandonada por los filibusteros.

¡Cuántas penalidades padecieron aquellos reclutas en los últimos días! Escasez de víveres, a veces falta absoluta de agua y de sombra en aquellas áridas llanuras en las cuales no se oía más ruido que los lejanos aullidos de los *congos* y los coyotes: todo lo sobrellevaron sin desaliento, movidos por uno de los resortes más potentes del corazón humano: el amor de la patria.

El narigudo Blas, que no cabía en su pellejo desde la captura del yanqui,—hazaña que adornaba con detalles dramáticos,—había abandonado su aire tímido y encogido para adoptar actitudes marciales y gestos de matón.

La constante melancolía de su amigo Juan le preocupaba mucho, sin lograr hacerle sonreir nunca, con sus bromas y ocurrencias.

La frente del *Erizo* parecía despejarse únicamente cuando María se acercaba a él solícita. Un gran cambio se había operado en la hermosa muchacha: desengañada sin duda por las frases que en Santa Rosa le dirigió el guerrero de quien se había prendado, parecía haber recobrado el juicio y como avergonzada de sus ridículas fantasías.

¿Habíase arrepentido de su dureza para aquel excelente mozo que no había cometido más pecado

que adorarla, o era que en el fondo de su pecho renacía el amor que por él sintió en su adolescencia, cuando aún no se le habían subido a la cabeza los humos de las batallas y aventuras de los libros de su padre? Sea lo que fuere, era visible que un cambio favorable ocurría, y que otro hombre más experto en lides amorosas o menos preocupado por su pena no habría desperdiciado tan propicia coyuntura para estrechar el cerco y rendir la plaza.

Consiguió María que el general Cañas la dejase continuar con su disfraz, tanto porque de ese modo iba más segura, como por no separarse de sus dos camaradas; y así en la última etapa del fatigoso viaje pudo devolver al pobre *Erizo* las atenciones de que él la había colmado anteriormente.

En la primera semana de Abril ocuparon las huestes costarricenses la ciudad de Rivas. El caudillo filibustero Walker había concentrado sus fuerzas en Granada y desde allí fraguó un hábil plan para sorprender la plaza ocupada por el enemigo: si todo salía tal como lo calculaba, caerían en su poder el Presidente Mora, su Estado Mayor y los almacenes de guerra.

En la mañana del 11 de Abril de 1856, cuando el ejército costarricense descansaba tranquilamente en Rivas, la plaza fué acometida de improviso por varios puntos a la vez. El audaz golpe de mano habría tenido el más completo éxito, a no mediar la feliz coincidencia de que el teniente Rojas al ver avanzar a la carrera una columna enemiga sobre el cuartel general, arrebató el fusil a un soldado y dió muerte al jefe filibustero Machado, cuyos soldados se desbandaron.

Rehechas de su sorpresa, las tropas costarricenses tomaron la ofensiva y lograron hacer retroceder al enemigo hasta la iglesia y las casas contiguas a ella, en donde se fortificó inmediatamente. Había en la esquina de la plaza un gran edificio denominado

el Mesón de Guerra, desde cuyas troneras y ventanas dirigían los norteamericanos incesante tiroteo contra los soldados de Mora y Cañas, causándoles numerosas bajas, sin que éstos pudiesen devolver el daño que recibían.

La situación se hizo intolerable. Era preciso desalojar a todo trance a los yanquis y para ello no había más medio que incendiar el Mesón. Cuando el general Cañas propuso esta idea a sus tropas, acercóse Juan Santamaría a su amada y con expresión radiante y los ojos encendidos por el entusiasmo le dijo en voz baja:

—Usté me dijo el otro día que sólo podría querer a uno que hiciera algo notable. Si yo lo hago ¿se acordará de mí?

—¿Qué vas a hacer? exclamó ella inquieta.

En vez de contestar, él, en un arranque de pasión irresistible, la estrechó fuertemente entre sus brazos, y corriendo al encuentro de su jefe, gritó:

—Mi general, yo voy a pegar fuego al Mesón. Le encargo a mi madre.... y también a ella,—añadió por lo bajo, señalando a María, que intensamente pálida parecía próxima a desmayarse.

Cañas le estrechó la mano y el *Erizo*, tomando la tea que sus camaradas habían preparado, cruzó a la carrera las calles bajo un diluvio de balas, llegó a la esquina del Mesón, aplicó la tea al alero y por un minuto permaneció inmóvil, impasible .. De pronto dejó caer el mechón y su brazo derecho quedó inerte a lo largo del costado. Se lo habían destrozado de un balazo. Recogió con la mano izquierda la tea y continuó su obra salvadora. Las llamas empezaron a aparecer por entre las tejas. Los filibusteros espantados comenzaron a huir y en el momento en que las tropas costarricenses volaban a ocupar el edificio, vieron al intrépido soldado vacilar y caer sobre la acera, acribillado por el plomo enemigo. Ocurrió entonces una escena conmove-

dora. María, bañada en lágrimas, arrodillada al lado de Juan, levantó la cabeza del héroe expirante y depositó en su frente un largo beso que él pagó con su postrer sonrisa.

. . . . . .

El 11 de Abril de 1891, cuando se inauguró en Alajuela el monumento destinado a perpetuar la memoria del oscuro soldado que con su sublime sacrificio evitó la destrucción de un ejército y quizás la futura absorción de las repúblicas latinas por una raza extranjera; cuando hubieron pasado los discursos oficiales y terminado los festejos: alejado ya el gentío, una anciana vestida de luto se detuvo delante de la estatua que contempló con los ojos humedecidos, y arrodillándose luego en las gradas del pedestal estuvo en oración hasta que la envolvieron las sombras de la noche. Antes de levantarse acercó sus labios al mármol y como postrer homenaje a la memoria del hombre que tanto la amó, depositó en la piedra un beso no menos apasionado que el otro con que treinta y cinco años antes selló en Rivas la frente del héroe moribundo.

Latino

(Fantasía)

Desde las bellas márgenes del Plata el triste peregrino partió con rumbo al Norte. Su adorada, una niña gentil, perteneciente a una rica familia de Mendoza, embarcóse en el yate de un millonario neoyorquino. El yanqui, prendado de la niña, la pidió en matrimonio; mas la hermosa y angelical María que había sido alumna de Latino, del inspirado artista que tañía como ninguno el arpa e improvisaba amorosas canciones y esgrimía a la vez los pinceles con el arte de un Rafael americano — amaba al pobre trovador.

Eran los tiempos de la colonia: el siglo décimo-octavo agonizaba; España, olvidando a sus hijas del Nuevo Mundo, sus joyas más preciadas, las recordaba solamente cuando llegaban los bajeles repletos de oro y plata de México y Perú. La tiranía de los virreyes superaba entonces a la de los Felipes: oprimidos los pueblos anhelaban respirar un ambiente de libertad; por eso don Antonio, el padre de María, resolvió desprenderse de sus vastas y ricas propiedades de la Argentina en busca de otra tierra, de una joven república que allá en el Septentrión brindaba asilo a todos los que ansiaban vivir independientes.

Bien sabía que su hija no amaba al opulento americano, que ella adoraba al simpático artista que en mala hora fué su maestro; más como hombre práctico esperaba que el tiempo y la distancia bo-

rrarían las huellas de aquel absurdo amor. ¡Vana esperanza! A bordo de la nave la afligida María soñaba con el hombre que allá en la patria orilla quedaba suspirando con su dolor a solas. No sabía que en las venas del vate circulaba la noble sangre de una raza heroica, señora en otro tiempo de ambos mundos; que Latino, en vez de consumirse en honda pena, iría a buscarla.

Y así fué. El poeta, echándose a la espalda el arpa cuyas notas embriagaban de amor los corazones, dejó la tierra en que rodó su cuna, y guiado por la estrella de su fe, su ideal y su esperanza, emprendió un largo viaje al través del inmenso Continente que a los pies de los reyes de Castilla depositó Colón.

¡Oh! cuántas noches pasó bajo el *ombú*, tañendo el arpa, compitiendo con gauchos payadores que admirados llenaban la escarcela del joven peregrino de mugrientas monedas! ¡Cuántos días, cuántas semanas, cuántos largos meses pasados en las costas brasileñas, en medio de las selvas milenarias, endonde contestaban a los dulces acordes de su instrumento los feroces gritos de manchados jaguares, los silbidos de las enormes boas, los lamentos de las tribus salvajes, espantadas por la nocturna oscuridad!

Y luego la hermosa Venezuela con sus sierras y sus ríos como brazos de mar. Después Colombia, con sus entrañas de esmeralda y oro, sus bosques y llanuras, endonde un pueblo altivo se yergue ante cualquiera extraña imposición.

Y Centro América, cuajada de volcanes y de lagos, bullentes cual la sangre de sus hijos, la América Central, broche de flores que une dos Continentes. Después México, la patria del apache indómito y viril que no conoce ni el miedo ni el dolor ni la ternura, la gran tiera de Anáhuac que el divino Quezálcoatl protegía, vivienda de cien pueblos cuyas huellas se ven aún grabadas desde el sagrado Gila hasta las márgenes del Magdalena bogotano.

Todo lo recorrió en dos años el soñador sintiendo en todas partes palpitar corazone jantes al suyo. ¡Eran hermanos! ¡Era su misn En todas partes a sus tiernas canciones res suspiros y sollozos, dulces lágrimas que llora pena del caballero andante cuya dama le ro forastero cargado de millones.

Halagos tentadores no bastaron a detener su cha: aquí cien bellas, cautivas en las redes de divinos versos, le brindaban ósculos de sus labi bermejos y entreabiertos cual maduras granadas o botones de encendido clavel; allí un artista, opulento empresario, le ofrecía hacerle ganar tanto, que pudiera, saciando la codicia del padre de su amada, vencer en un momento a su rival. Con la mirada fija en el mágico ensueño de un platónico amor, el joven bardo, desdeñando el placer y las riquezas, la gloria y los honores, pasó por los países endonde resonaban los melifluos acentos de su lengua materna, en busca de otro suelo en que tan solamente se escuchan resoplidos de máquinas, martilleo de fraguas y de picos que taladran las minas...

¡Y llegó al fin con la escarcela llena de brillantes monedas!

Bien sabía que aquella gente extraña de músculos de acero escucharía su música y sus versos sin entenderlos; pero ¿qué importaba? Aquellos hombres rudos apegados al oro y al trabajo ¿no tenían también un corazón? ¡Ah! si supieran su increíble odisea de un extremo al otro del Continente! Mas Latino no pensaba en tal cosa: sólo ansiaba hallar a su María para pulsar al pie de su ventana aquella arpa divina cuyas cuerdas guardaban todavía el suave perfume de los dedos de rosa que allá en tiempos mejores las hicieron vibrar, mientras la alumna clavaba sus pupilas con intensa pasión en su maestro.

*
* *

espaciosa y regia sala del teatro neoyorquino ba de selecta concurrencia. El empresario, cho y sonriente contemplaba la compacta mu- mbre que acudía al reclamo de un programa variado como exótico: un combate de feroces es Rojas, danzas persas, pugilato de dos célebres npeones irlandeses; y por postre, las canciones gentinas entonadas por un gaucho de las márgenes del Plata, andarín que en veinte meses recorrió toda la América. Los flemáticos sajones se entusias- man con aquello que revela noble esfuerzo y energía, con proezas en que muestra el individuo lo que vale: y por eso aquella noche el auditorio deseaba que llegase el postrer número del programa. Don Antonio con su hija, desde el fondo de su palco bostezaba. El argentino, presa ya de la nostalgia, renegando de aquel pueblo de hombres máquinas, ansiaba ver de nuevo los paisajes de su tierra, ver sus pampas y sus bosques, sus *estancias* y sus gauchos payadores que improvisan, rasgueando melancólicas guitarras.

Y María, enflaquecida, siempre triste, indiferente al cortejo del asiduo millonario, repasaba en su memoria los recuerdos de otros tiempos más dichosos, suspirando por su amado. Y por eso aquella noche fueron ambos al teatro, deseando oír de nuevo los acentos de la patria.

*
* *

Se alzó la cortina. Silencio profundo reinaba en sala. La escena era un bosque; en el centro una fuente y al lado la choza de un gaucho. Aparece de pronto en la puerta un joven moreno y hermoso, llevando en la mano una arpa dorada. Sus ágiles dedos recorren las cuerdas y dulces arpegios inundan la sala. Cantó luego el bardo: su voz impregnada de amor y tristeza, describe en sonoras estrofas los

bellos paisajes del Plata, refiere la historia de aquellos amores más firmes que el mundo que a pie recorriera en pos de su amada. Los graves sajones oían conmovidos las suaves canciones en lengua extranjera y las entendían, porque previamente muy bien traducidas se distribuyeron en hojas impresas.

De pronto, en el fondo de un palco resuena un grito estridente: «¡Latino, Latino!» El vate interrumpe su canto, volviendo a aquel sitio los ojos, y mira un anciano que llora, cubriéndose el rostro con entreambas manos, y al lado una niña, de pie, temblorosa, que tiende a la escena los brazos....

El arpa se agita cual lámina de oro y cae en las tablas lanzando un gemido, un postrer acorde, tan triste, que eriza la piel de los graves sajones....

Y luego cual árbol tronchado, el dulce poeta se desploma inerte, y sobre las cuerdas del arpa su pálida frente semeja albo lirio en áureo florero.

La historia circula por el auditorio, y todos aclaman a los dos amantes, pidiendo que el padre consienta en la boda. No hubo más remedio: el buen don Antonio sube al escenario con la bella niña y pone su mano en la del artista, enmedio de ¡hurras! y vivos aplausos.

***

Tendido a los vientos el blanco velamen, el buque se aleja con rumbo hacia el Sur. El puerto—cuajado de gente que con los pañuelos despide al poeta y a su prometida— en breve se esfuma en la lontananza.

Sentados a popa los tres argentinos ven cómo se pierde en la bruma la tierra del oro y del hierro, país de hombres libres, audaces y fuertes; y piensan que acaso algún día se adueñe esa raza de toda la América. ¿Quién sabe? Es posible! Pero su dominio será el de la tierra, nunca el de las almas, que está reservado sólo a los artistas, al genio, al poeta *Latino!*

INDICE

	Página
I.—La Finca	3
II.—El Arbol	10
III.—El Estreno	19
IV.—Palique	25
V.—De Caza	32
VI.—En la Sabana	42
VII.—Política	49
VIII.—De Lejos	55
IX.—Expansionismo yanki	61
X.—Al pie del Arbol	69
XI.—Sub umbra	77
XII.—El Regreso	85
XIII.—Frente a frente	92
XIV.—Corazón latino	98
XV.—La Catástrofe	107
El Erizo	117
Latino	145